
HARLEQUIN
Deseo
Cautiva de tu amor
Maureen Child

Cautiva de tu amor

Aunque Rick Hawkins había sido una pesadilla para Eileen Ryan, de pronto se vio obligada a pasar mucho tiempo con el guapísimo asesor financiero y se dio cuenta de que la estaba cautivando con sus encantos. Prometió mantener con él una relación puramente profesional, no sería más que su secretaria… pero era obvio que él también la deseaba y no tardaron mucho en compartir un beso que desató toda la pasión contenida… y que finalmente dio lugar a un embarazo.

Siempre había tenido miedo al compromiso, pero había decidido hacer lo correcto por su hijo.Así que le pidió a Eileen que se casara con él, le ofreció su nombre, su hogar, todo… excepto su corazón.

Quizá no pudiera ofrecerle amor, pero seguía queriendo tenerla en su cama…

1

Eileen Ryan se encaró a su abuela para librar la batalla, sabiendo que al final perdería la guerra. Su abuela seguía invicta. Si quería algo, Margaret Mary Ryan, Maggie para sus amigas, solía encontrar la forma de conseguirlo. Pero Eileen estaba empeñada en defenderse.

-Abuela, ya no soy secretaria.

La luz del sol bailoteaba en la pequeña sala de estar. La diminuta casita de playa que Maggie Ryan había considerado su hogar más de cuarenta años, estaba llena de recuerdos, pero siempre muy ordenada. La abuela estaba sentada al sol, con el cabello gris perfectamente peinado, un vestido color melocotón, medias y cómodos zapatos negros. Su rostro, surcado de arrugas, esbozó una sonrisa paciente y apoyó las manos en los brazos de su sillón favorito. Tenía un aspecto majestuoso; esa era una de las razones por las que nadie conseguía ganarle en una discusión.

-Ya, pero es como montar en bicicleta -contraatacó la abuela-. Nunca se olvida.

-Se puede, si uno se esfuerza lo suficiente -replicó Eileen con testarudez. Ella había hecho lo posible por olvidarlo. Habían pasado tres años desde que trabajó en una oficina por última vez, y no lo echaba de menos.

Siempre había odiado el trabajo de oficina. En primer lugar, estaba la sensación de estar atrapada detrás de una mesa y tener que aguantar a un jefe que espiaba lo que una hacía desde atrás. Para Eileen, lo peor de ser secretaria era ser más lista que el jefe y tener que soportar que la tratara como a una idiota. Reprimió un pinchazo de dolor. Su último jefe, Joshua Payton, había dicho que la quería, que la necesitaba; eso sólo duró hasta que, tras un fulminante ascenso, se sintió tan importante que la devolvió a la agencia de secretarias temporales.

No estaba dispuesta a que volvieran a utilizarla y desecharla. Había conseguido escapar y no regresaría, ni siquiera temporalmente.

-Paparruchas.

-¿Paparruchas? -repitió Eileen riendo.

-No es como si te estuviera pidiendo que te lanzaras al fondo de un abismo.

-Se parece mucho.

-Sólo te pido que ayudes a Rick durante dos semanas. Su secretaria está de baja por maternidad y...

-De ninguna manera, abuela -negó con la cabeza y dio un paso

hacia atrás. Volver a una oficina sería un retroceso, una visita a un pasado que prefería olvidar.

Maggie ni siquiera parpadeó. Simplemente miró a Eileen con sus ojos verde esmeralda y esperó. Y siguió esperando. Eileen plegó velas; nunca había sido capaz de resistir ese truco del silencio.

-Vamos, abuela. Son mis vacaciones.

-Tus vacaciones están canceladas.

Era cierto. Tina, su mejor amiga, y ella habían pensado pasar dos semanas en México. Pero Tina había desaparecido de repente con su novio de toda la vida, dejándole un mensaje telefónico pidiendo disculpas. Eileen se encontraba con el pasaporte en la mano y ninguna gana de ir a una fantástica playa ella sola.

Se sentía frustrada, porque había pasado mucho tiempo organizándolo todo para que su floristería siguiera funcionando en su ausencia. Había adiestrado y dado todo tipo de indicaciones a su personal para permitirse dos merecidas semanas de vacaciones. Octubre era el mejor momento para ella. Era una época de poco trabajo para las floristerías; más adelante, no tendría un momento libre hasta después del día de los enamorados.

-El viaje está cancelado. Sigo teniendo mis dos semanas -dijo Eileen con angustia; casi sentía cómo el tiempo se escurría entre sus manos.

-Y nada que hacer -apuntó su abuela.

Volvía a tener razón, su abuela la conocía demasiado bien. Probablemente se volvería loca sin nada en lo que ocupar el tiempo, pero estaba dispuesta a arriesgarse.

-Oye, nunca se sabe. Quizá aprenda a disfrutar de no hacer nada.

-No, tú no, cariño -Maggie soltó una risita-. Nunca has sabido quedarte sentada sin echar a correr.

-Entonces quizá sea hora de que me tranquilice un poco -Eileen comenzó a pasear nerviosamente por la habitación-. Podría leer. O ir al cine. O sentarme en la playa a ver las olas.

-No aguantarías ni veinticuatro horas -Maggie hizo un gesto de rechazo con la mano.

-Rick Hawkins es un pesado, abuela, y lo sabes -dijo Eileen, tratando de aplacar a su abuela pero sin rendirse.

-Sólo lo dices porque solía tomarte el pelo. -No lo dudes -Eileen asintió con la cabeza-. Siempre que venía a recoger a Bridie para salir, me atormentaba. Solía enfurecerme.

-Eras una niña pequeña y él era el novio de tu hermana mayor. Se suponía que debía tomarte el pelo. Era su función.

-Ya, ya.

-Su abuela es una vieja amiga, a la que quiero mucho -Maggie entrecerró los agudos ojos verdes. -Fantástico -interrumpió Eileen-. Entonces iré a ayudarla a ella.

-Buen intento, pero Loretta no necesita una secretaria. Quien la necesita es su nieto.

-¿A qué se dedica? -Eileen se dejó caer en un sillón-. Con lo malvado que era conmigo, supongo que debe ser el cerebro de algún grupo criminal.

-Asesor financiero -Maggie alzó la mano y se colocó un rizo-. Y, según Loretta, le va muy bien.

-Es su abuela, la pobre se engaña -replicó Eileen sin inmutarse.

-Eileen...

-Bueno. Así que es rico. ¿Va por la quinta esposa?

-Eres muy curiosa, ¿no? -Es un defecto trágico.

-Una ex esposa, sin hijos -Maggie se esforzó por no reír-. Por lo visto la mujer era una barracuda.

-Ni siquiera una barracuda puede enfrentarse a un gran tiburón blanco -Eileen odiaba admitir que sentía cierta compasión por un tipo al que no había visto en años, pero los divorcios nunca eran agradables. Aunque no lo sabía por experiencia propia: para divorciarse había que casarse antes. Su único compromiso había terminado, a Dios gracias, antes de llegar al altar.

-De verdad, Eileen -recriminó su abuela-, haces que el hombre suene odioso -frunció el ceño-. Es el nieto de una amiga muy querida.

El sólido cepo de acero del remordimiento empezaba a cerrarse. Eileen sentía las frías y afiladas garras clavarse en su piel. Intentó resistirse.

-Yo tampoco le caía bien a Rick, ya lo sabes.

-No seas tonta.

-Seguramente no le gustaría que lo ayudara.

-Loretta dice que está muy agradecido por tu oferta.

-¿Ya lo sabe? -a Eileen casi se le salieron los ojos de las órbitas. El libre albedrío de los demás no existía para su abuela.

-Bueno, algo tenía que decirle, ¿no crees?

-¿Y lo primero que se te ocurrió fue ofrecerme como voluntaria? -su única familia se había revuelto contra ella como una serpiente.

-Eres una buena chica, Eileen. No creía que te importase.

-Rick Hawkins -mascculló ella, sacudiendo la cabeza. Hacía seis años que no lo veía, desde el funeral de su abuelo. Seis años era mucho tiempo, pero no el suficiente. Verlo con un traje de negocios no había borrado sus verdaderos recuerdos de él. Lo recordaba como un bravucón que se había burlado de una niña de once años que, en

cierto modo, estaba medio enamorada de él. De ninguna manera iba a trabajar para él. En absoluto-. No pienso hacerlo.

Maggie Ryan apoyó los codos en los brazos del sillón tapizado con tela de flores y curvó los dedos. Inclinó la cabeza hacia un lado y miró a su nieta.

-Cuando tenías diez años, rompiste la taza de porcelana de la tatarabuela O'Hara.

-Oh, Dios... -Eileen se dijo «corre, corre y no dejes de correr».

-Creo recordar que dijiste algo del estilo de «Lo siento mucho, abuela. Haré cualquier cosa para compensarte. Lo que sea».

-Tenía diez años -protestó Eileen, buscando desesperadamente un escape-. Eso fue hace diecisiete años.

Maggie soltó un suspiro dramático y se puso una mano sobre el corazón, como si le doliera. -Ya, así que las promesas que se hacen en esta casa tienen un límite de tiempo, ¿no?

-No, pero... -el cepo se cerró un poco más. A Eileen empezaba a costarle respirar.

-Era la última taza del juego que mi abuela trajo consigo del viejo continente.

-Abuela... -el frío acerado del remordimiento la rodeó, las garras del cepo estaban a punto de cerrarse.

-Su abuela le regaló ese juego como regalo de bodas -la anciana puso los ojos en blanco-. Para que pudiera traerlo desde County Mayo, un pedazo del viejo mundo. Y lo aceptó con amor, sabiendo que no volverían a verse en esta vida.

-Lo sé, pero... -si su abuela empezaba a contarle lo de la bodega del barco, otra vez, todo estaba perdido.

-Mantuvo esas tazas a salvo en el barco. No fue fácil. Viajaba en la bodega, sabes y...

-Me rindo -Eileen alzó las manos. Por mucho que quisiera evitar trabajar para Rick, la había atrapado y lo sabía-. Lo haré. Trabajaré para él, pero sólo dos semanas. Ni un día más.

-Fantástico, cariño -Maggie llevó la mano a la taza de té que tenía al lado-. Preséntate mañana a las ocho. Le dije a Rick que te esperase a esa hora.

-Sabías desde el principio que lo haría, ¿no?

La abuela sonrió.

2

-Para que lo sepas, aún no te he perdonado por lo de la muñeca Barbie.

Rick Hawkins se limitó a observar a la pelirroja alta y elegante que había en la puerta de su despacho. Su expresión de desagrado no conseguía disimular su belleza. Los verdes ojos irlandeses estaban entrecerrados, pero no lo suficiente para ocultar su brillo. Tenía la boca carnosa y sensual, y las cejas finas y arqueadas. Ondas de cabello oro rojizo caían sobre sus hombros. Llevaba una camisa blanca remetida en unos pantalones negros y estrechos, bajo los que asomaban unas relucientes botas negras. Llevaba aretes de plata en las orejas y un reloj de pulsera en la muñeca izquierda. Tenía un aspecto muy profesional, digno y demasiado atractivo.

No debería haber escuchado a su abuela. Iban a ser dos semanas muy largas.

-Tenías once años -le recordó, por fin.

-Y tú casi dieciséis -contraatacó ella.

-Eras un incordio -al mirarla supo que no le molestaría nada tenerla cerca, y eso lo preocupó. Ya se había dejado engañar por una cara bonita antes. Había confiado en ella, la había creído. Y ella se había marchado. Como todas las mujeres de su vida, excepto la abuela que lo había criado cuando su madre decidió que prefería ser un espíritu libre a sentirse atada a un niño.

-Cierto -admitió ella-. Pero no tenías por qué decapitara la Barbie.

Él sonrió levemente.

-Puede que no, pero después me dejaste en paz.

-Bueno, sí -ella cruzó los brazos sobre el pecho y golpeó con el pie la alfombra azul acerado-. Comprendí que terminarías siendo un asesino en serie.

-Siento desilusionarte. No tengo un historial espeluznante. Sólo soy un hombre de negocios. Viene a ser lo mismo.

Rick movió la cabeza. Seguía teniendo el mismo temperamento que cuando era niña. Siempre lista para la batalla. Debía ser culpa de ese pelo rojo. Pero una personalidad así podía serle muy útil.

-¿Va a convertirse la oficina en un campo de batalla durante las dos semanas siguientes? Porque si es así...

-No -Eileen tiró el bolso de cuero negro sobre el escritorio que ocuparía mientras estuviese allí-. Sólo te estoy tomando el pelo. Ni siquiera es culpa tuya.

-Eso me alivia.

-Muy gracioso.

-Paz, ¿de acuerdo? Te agradezco mucho que me ayudes, Eileen -lo decía en serio. Necesitaba ayuda, lo que no necesitaba era el tipo de distracción que ella iba a suponer.

-¡Eh! -ella alzó las cejas y sonrió-. Eso es gran mejora. No me has llamado Ranita.

-No -dijo él, mirándola de arriba abajo con aprobación. La escuálida niña con trenzas y costras en las rodillas había desaparecido. Esa mujer estaba a un mundo de distancia de la niña a la que había apodado Ranita-. No hay duda de que ahora eres una «Eileen».

Ella inclinó la cabeza en silencio y él pensó que parecía haber aceptado la tregua.

-Ha pasado mucho tiempo -dijo ella.

-Sí -de hecho, habían pasado seis años desde la última vez que la había visto. Cuando estaban creciendo, las hermanas Ryan y él habían pasado mucho tiempo juntos, debido a la amistad de sus abuelas. Pero después del instituto, desde que Bridget y él rompieron, dejó de ir a su casa.

Entretanto, Eileen Ryan había crecido, y muy bien. Maldijo entre dientes.

-¿Cómo está tu abuela? -preguntó.

-Igual de dinámica y manipuladora que siempre -dijo Eileen con una rápida sonrisa que lo dejó deslumbrado-. Que yo esté aquí lo prueba. Es la única mujer del mundo capaz de convencerme para aceptar un trabajo cuando debería estar de vacaciones.

-Es muy buena.

-Lo es -Eileen alzó la mano y se puso el cabello tras las orejas. Los aros de plata brillaron al sol-. Y te echa de menos. Deberías pasar a verla algún día.

-Lo haré -replicó él con sinceridad. Maggie Ryan había sido como una segunda abuela para él. Se avergonzaba de no haber mantenido el contacto.

-¿Y tu abuela?

-En Florida -sonrió él-. Ha ido para ver el despegue de la lanzadera espacial la semana que viene. -Siempre andaba haciendo cosas emocionantes, por lo que recuerdo -Eileen apoyó una cadera en el borde del escritorio. Rick se sonrió; su abuela siempre había sido una aventurera.

-No es normal. Tengo la impresión de que nació en una familia de gitanos y se la vendieron a la mía cuando era un bebé.

-¿Qué es normal? -Eileen encogió los hombros y su fabulosa cabellera destelló luz y color.

-No tengo ni idea -admitió él. Antes había creído saber qué era

normal. Era todo lo que a él le faltaba. Una familia corriente, con padre y madre. Una casa con valla de madera y un perro grande con el que jugar. Sueños y planes y todo lo que él había luchado por conseguir. Pero ya no estaba seguro.

Para alguna gente, lo «normal» no funcionaba. Y no le importaba desde que comprendió que él mismo formaba parte de ese grupo. Había probado esa normalidad. Se había casado con una mujer que creía que lo quería tanto como él a ella. Para cuando comprendió que no era así, ella se había ido, llevándose la mitad de su negocio. Y llevándose también su capacidad de confiar.

-Bueno -la voz de Eileen interrumpió sus pensamientos y la miró agradecido-. ¿Qué es exactamente lo que quieres que haga?

-Eso -él se dijo que era buena idea centrarse en el negocio. Que sus familias tuvieran amistad no era razón para que ellos no se comportaran de forma estrictamente profesional. Pensó que sería mucho mejor así, cuando la echó una ojeada y notó que se le espesaba la sangre. Iban a ser dos semanas muy largas.

-Sobre todo, necesito que te ocupes del teléfono, tomes mensajes y mecanografíes informes. -Básicamente, que tape el agujero e impida que esto se hunda mientras consigues a alguien permanente.

-Bueno, sí, esa es una forma de expresarlo -Rick echó la americana azul marino hacia atrás y metió las manos en los bolsillos del pantalón-. Desde que Margo tuvo que irse de baja de maternidad prematuramente, esto es un caos, y la agencia de secretarias temporales no puede enviarme a nadie durante al menos dos semanas.

-Ehhh... -Eileen alzó una mano y lo miró. Tenía que admitir, al menos para sí misma, que Rick Hawkins era algo más de lo que esperaba. Por alguna razón, había seguido pensando en él como un adolescente de dieciséis años: alto, desgarbado, con el pelo alborotado y sonrisa traviesa. La sonrisa seguía ahí, pero ya no era desgarbado. Tenía el cuerpo de un hombre que sabía bien lo que era un gimnasio.

Su voz era dulce como chocolate derretido. Ella era una mujer que podía distraerse por eso. Y mucho. Hasta que había oído las palabras «al menos». No pensaba darle ni un segundo más que el tiempo pactado.

-¿Al menos? -repitió-. Sólo puedo hacerlo dos semanas, Rick. Después me convierto en calabaza y vuelvo a Larkspur.

-¿Larkspur?

-Mi tienda -su orgullo y su alegría, el lugar que tanto había trabajado para poner en pie.

-Ah, es cierto. La abuela me dijo que trabajabas en una floristería.

-Soy dueña de una floristería. Pequeña, exclusiva y centrada en el

diseño -llevó la mano hacia su bolso, removió en su interior unos segundos y sacó un tarjetero de latón. Lo abrió y le dio una tarjeta. Era de grueso papel de lino azul claro, con el texto en relieve. En el lado izquierdo se veía un tallo con flores de aspecto delicado que rodeaba el nombre Larkspur. El nombre de Eileen y su teléfono aparecían, discretamente, en la parte inferior.

-Muy bonita -dijo Rick, alzó la vista hacia ella y, automáticamente, se guardó la tarjeta en el bolsillo de la americana.

-Gracias. Trabajamos muy bien. Pruébanos. -Lo haré -pasaron unos segundos y el silencio de la habitación se hizo más espeso, más cálido. Algo indefinible chisporroteaba entre ellos y Rick se dijo que debía detenerlo.

Nunca había tenido relaciones con una empleada y ese no era el momento de empezar. Si Eileen se quejaba, tendría a dos abuelas dispuestas a cortarle la cabeza.

-En cualquier caso -dijo, con voz más alta de lo que pretendía-, dos semanas estará muy bien. Estoy seguro de que la agencia encontrará a alguien.

-Hay montones de agencias de empleo temporal. ¿Por qué no pruebas otra?

-He probado muchas -negó con la cabeza-. Esta siempre me envía a buena gente, la mayoría no. Prefiero esperar.

-¿Por qué no buscaste a alguien antes de que Margo se marchara?

-Buena pregunta -rezongó él-. Debería haberlo hecho, pero estaba tan ocupado intentando dejarlo todo en orden antes de que se fuera, que se me pasó el tiempo. Además, en el último mes, Margo no fue tan organizada como suele ser.

-Seguramente tenía cosas más importantes en la cabeza.

-Eso supongo -su leal y fiable secretaria lo había dejado en la estacada mucho antes de dejar el trabajo. El habitualmente lúcido cerebro de Margo se había disuelto en un mar de hormonas y sueños de piececitos corriendo por el suelo. Estaba deseando que diera a luz para que las cosas volvieran a la normalidad-. Me alegro un montón de que quiera volver a trabajar después de tener al bebé.

-Es una pena -dijo Eileen.

-¿Eh? -la miró fijamente-. ¿Por qué?

-Si yo tuviera un bebé, me gustaría quedarme en casa y cuidarlo yo misma -Eileen dejó el bolso en la mesa otra vez, la rodeó y fue hacia la silla de cuero azul-. Es decir, conozco a muchas mujeres que tienen que trabajar, pero si no hace falta...

-Margo se volvería loca si no tuviera algo que hacer -discutió él, recordando la vitalidad de su secretaria-. Le gusta mantenerse

ocupada.

-Dicen que los bebés consiguen eso sin problemas.

-Ni lo menciones -Rick se estremeció al pensar que Margo decidiera quedarse en casa-. Tiene que volver al trabajo. Dirige este lugar.

-Entonces, probablemente vuelva -Eileen abrió el cajón superior del escritorio y lo inspeccionó, intentando familiarizarse con el entorno-. Sólo decía que...

-No lo repitas. Me traerás gafe.

-Eso es muy maduro -cerró el cajón y abrió otro, removiendo libretas, cajas de lápices e incluso una bolsa de bombones que Margo había dejado. Sacó uno, le quitó el envoltorio plateado y se lo metió en la boca-. ¿Hay cafetera?

-Está allí -Rick señaló y apartó la vista para no fijarse en cómo la punta de su lengua recorría el labio inferior para limpiar el chocolate.

-Gracias a Dios -masculló ella, poniéndose en pie. Cruzó la habitación y lo miró por encima del hombro-. Como es mi primer día, incluso te haré una taza a ti. Después de eso, tú mismo. No soy camarera, sino secretaria. Temporalmente.

«Temporalmente», se recordó él, clavando los ojos en la curva de un trasero que se movía con tanta gracia que elevaría la temperatura corporal de cualquier hombre. Pensó que todas las relaciones acababan siendo temporales; al menos esa llevaba la etiqueta correcta desde el primer momento.

Sabía que sólo iba a darle problemas y se preguntó cómo diablos sobreviviría durante dos semanas con Eileen de nuevo en su vida.

Al tercer día, Eileen recordaba exactamente por qué había dejado el mundo de los negocios para dedicarse al de las flores. Las flores no daban dolores de cabeza, ni esperaban que una tuviera respuestas para todo. Las flores no estaban monumentales con traje y chaleco.

Admitió que la última no había sido una de sus razones originales para dejar la profesión, pero empezaba a ocupar un lugar muy alto en la lista.

El trabajo no era difícil. De hecho era bastante interesante, aunque nunca lo habría admitido delante de Rick. Después de llevar dos años poniéndose vaqueros y una amplia selección de camisetas, era agradable volver a arreglarse. Era una suerte no haberse desprendido de su vestuario de trabajo: pantalones, blusas, zapatos discretos o botas. Además, se maquillaba un poco y se arreglaba el pelo todos los días. Un gran cambio con respecto a su cola de caballo y un leve toque de carmín. Pero nada de eso compensaba el hecho de que pasaba demasiado tiempo observando a Rick.

De pequeña había estado encaprichada de él, por supuesto. Al menos hasta el desafortunado incidente de la Barbie. Bridie y él la ignoraban la mayor parte del tiempo, y cuando estaban obligados a estar con ella, Rick le hacía rabiar hasta que deseaba pegarle. Pero…, volvió la cabeza lo suficiente para vislumbrar el despacho por la puerta entrecerrada.

Con la corbata floja, el cuello de la camisa abierto y el pelo alborotado porque enredaba los dedos en él cada vez que se sentía frustrado, tenía un aspecto… Sí, la palabra era deseable. Sí.

Era una complicación que no quería ni necesitaba.

No podía fantasear sobre Rick Hawkins. En primer lugar, cuando pasaran las dos semanas, ella regresaría a su mundo habitual y no volverían a verse. Además… no era en absoluto de su estilo. Le gustaban los tipos artísticos con aire bohemio que se encontraba en la playa. Hombres bronceados y relajados, con la actitud de «¿Por qué hacer hoy lo que puede posponerse indefinidamente?» Esos eran tipos seguros. Sabía que una relación con ellos no tenía ningún futuro; sólo pensaban en la siguiente ola que rompía, o en su siguiente salario. No tenían planes.

Diablos, la mayoría ni siquiera tenían un par de zapatos con los que hubiera que ponerse calcetines.

Se preguntó por qué estaba, de repente, dedicando tanto tiempo a pensar en, y soñar con, el Empresario Millonario.

3

Rick se recostó en la silla y miró a Eileen detenerse en el umbral de la puerta. Llevaba tres días haciendo lo mismo. Cumplía con su trabajo, era eficiente, lista y organizada. Pero lo mantenía a distancia. Siempre procuraba mantenerse alejada de él. Y, si fuera inteligente, debería agradecérselo; en cambio, lo frustraba.

No había contado con sentirse tan atraído por ella. Cuando su abuela había sugerido a Eileen como secretaría temporal, Rick no había sido capaz de imaginárselo. La Eileen que recordaba distaba mucho de su idea de una asistente eficaz. Pero estaba desesperado y dispuesto a probarlo todo. Desde que estaba allí, no podía pensar en otra cosa.

Probablemente eso no era buena señal.

-¿Hola? Tierra llamando a Rick.

-¿Qué? -él parpadeó y disipó sus pensamientos, como un hombre que despertara de un coma.

-No lo sé. Me has pedido que viniera, ¿recuerdas? -Eileen seguía en el umbral, pero ahora lo miraba como si le faltara un tornillo.

Rick se maldijo, pensando que quizá tuviera razón. Apartó la silla y se levantó. Siempre había pensado mejor de pie.

-Sí, es cierto. Necesitaré que te quedes algo más tarde hoy... -calló cuando empezó a sonar el teléfono del despacho exterior.

-Espera un momento -Eileen giró y fue hacia su mesa mientras Rick se obligaba a no observar el bamboleo de sus caderas; no le resultó fácil.

-Financiera Hawkins -dijo ella en el auricular. Rick observó cómo se estiraba sobre la mesa para alcanzar un bolígrafo. El bajo de su falda subió seductoramente por sus muslos. Rick intentó no mirar, pero era un hombre, y estaba vivo. No mirar era imposible.

-¿Vanessa Taylor? -Eileen con una pregunta en los ojos.

Maldición. «No», esbozó él con los labios, negando con la cabeza y moviendo las manos. Lo último que necesitaba era oír a Vanessa parlotear sobre los cócteles a los que quería que la llevase. Daba igual que no la hubiera llamado en semanas. Vanessa sencillamente suponía que todos los hombres que se cruzaban en su camino iban a ser sus amorosos esclavos. Rick Hawkins, en cambio, no creía en el amor ni en la esclavitud.

-Dile cualquier cosa -dijo con la boca, sin hablar, con la esperanza de que Eileen fuera buena leyendo los labios. No se arriesgaba ni a un susurro. Vanessa tenía oídos de murciélago. Si se enteraba de que

estaba allí, insistiría en hablar con él, y no tenía ningún interés.

Ni siquiera lo había tenido cuando salían juntos.

-¿Cualquier cosa? -gesticuló Eileen, con un brillo decidido en los ojos. Cuando él asintió, sonrió con perversidad se volvió a mirarlo, y dijo-. Lo siento, señorita Taylor, pero Rick no puede ponerse al teléfono ahora.

Los médicos le han aconsejado que no hable hasta que le quiten los puntos.

«¿Qué?» Rick dio un paso adelante.

-Oh, ¿no se había enterado? Un pequeño accidente -Eileen retrocedió un paso, sus ojos chispearon de risa y simuló un tono compasivo-. Estoy segura de que no quedará desfigurado para siempre -un segundo después, se apartó el auricular del oído con un gesto de dolor-. Uff. Ha colgado con tanta fuerza que temo haberme quedado sorda.

-¿Desfigurado? ¿Estoy desfigurado? -Rick la miró fijamente-. ¿Por qué has hecho eso?

-¿Eh? -ella se puso una mano alrededor de la oreja y ladeó la cabeza.

-Muy gracioso, Ryan -Rick hizo una mueca, se echó la chaqueta hacia atrás y metió las manos en los bolsillos del pantalón-. ¿Qué es esto?

-Dijiste que podía decirle cualquier cosa. -Hasta un límite.

-No has dicho nada de límites -ella alzó un dedo y lo movió de lado a lado. Rick sacó las manos de los bolsillos y se cruzó de brazos. Eileen no hacía más que sorprenderlo. Eso lo intrigaba y preocupaba también.

-No se me ocurrió que tuviera que pedirlos. La próxima vez estaré preparado.

Ella soltó una risa.

-Has disfrutado haciéndolo -rezongó él.

-Sí -admitió ella, apoyándose en el borde de la mesa-. Por cierto, ¿Vanessa? -movió la cabeza con tristeza-. No parece muy profunda. La palabra «desfigurado» tuvo un efecto fulminante -lo escrutó con ojos divertidos-. Te dedicas a lo superficial, ¿no?

Superficial era una buena descripción de Vanessa y de todas sus amigas. Pero a él no lo interesaba lo profundo. Cuando la conoció lo único que quería era compañía para cenar y alguien que le calentara la cama. Vanessa no había sido muy buena en ninguna de las dos categorías, pero eso no venía al caso.

-¿Eres así de descarada con todos tus jefes?

-No tengo jefes -Eileen se apartó de la mesa.- Ya no, ahora soy mi

propia jefa.

-Probablemente, una decisión muy sabia.

-¿Qué se supone que significa eso?

-No se te da bien tratar con los demás, ¿verdad?

-Creo que aquí estoy haciendo un buen trabajo, ¿no?

-Claro que sí -Rick se acercó un poco. Percibió el aroma de su perfume e inhaló con fuerza, como un estúpido-. Si no tenemos en cuenta tus quejas, tu rechazo a aceptar órdenes y...

-No necesito aceptar órdenes. Sé cómo llevar una oficina...

Rick sonrió al comprender que era tan fácil picarla como cuando era niña. Su temperamento irlandés siempre estaba a flor de piel. Ver la ira destellar en sus ojos era casi hipnótico. Sus profundidades verde esmeralda ardían y se oscurecían amenazando peligro, Rick estaba fascinado.

-Pero esta es mi oficina -contraatacó para irritarla. Ella se sonrojó, se le agitó la respiración y adquirió el aspecto de un muelle a punto de saltar. A Rick se le hizo la boca agua, iba a tener problemas serios. No había deseado a una mujer tanto en... nunca.

-Ya sé que es tu oficina -aseveró ella, inclinándose hacia delante-. Tiene tu sello aburrido y poco original. Cualquier otra persona habría añadido un poco de color, excepto el gran Rick Hawkins. No, no. El se dedica al juego empresarial. Gris de barco de batalla, eso es lo tuyo, ¿no? Un imitador sin ápice de originalidad.

-¿Originalidad? -repitió él. Eileen podía decir lo que le viniera en gana sobre la decoración, porque a él le importaba un bledo el aspecto del lugar, mientras diera imagen de dignidad y de éxito. Se preguntó si lo consideraba uno de esos tipos que andaba por ahí eligiendo tapicerías.

A pesar de todo, no estaba dispuesto a permitir que lo acusara de mediocridad. Había conseguido más cuentas en el último año que cualquiera de la competencia. En los últimos tres años su empresa había sido la de crecimiento más rápido de la costa este; eso no se lograba siguiendo ciegamente a los demás.

-Mira a tu alrededor -exclamó ella-. Todo el edificio es como una madriguera de conejos. Cada conejito está encerrado en su pequeño mundo gris -agitó las manos a su alrededor, señalando las paredes gris claro, la moqueta azul acerado y las acuarelas indistintas que salpicaban la pared-. Apuesto lo que quieras a que el mismo decorador se encargó de todas las oficinas. Seguro todos tenéis los mismos horribles cuadros en el mismo sitio, sobre idénticas paredes grises.

-¿Soy poco original simplemente porque trabajo en un edificio de oficinas?

-Es difícil ser un espíritu libre cuando se trabaja en Conformidad, S. L. -declaró ella.

-¿Qué? -tuvo que reírse a pesar de su tono insultante. Eileen hablaba disparatadamente, como si fuera una hippy. Casi esperaba que se pusiera a cantar y a pedirle a la Hermana Luna que lo ayudara a liberar su alma. Lo peor era que hacía mucho que no se divertía tanto.

-Lo que necesitas es... -Eileen se llevó una mano al ojo izquierdo y gritó-. ¡Quieto!

-¿Qué? -instintivamente, Rick dio un paso adelante.

-No te muevas -lo miró con furia-. ¿No sabes lo que significa «quieto»?

-¿De qué diablos estás hablando?

-Mi lentilla -se agachó lentamente-. He perdido una lentilla.

-Bromeas.

-¿Acaso parece broma? -alzó la cabeza y lo miró.

-¿Llevas lentillas? -Rick miró el suelo y se arrodilló con cuidado-. Sabía que el verde de tus ojos no podía ser natural.

-¡Cuidado con dónde te apoyas! -gritó ella, mirándolo con el ojo que tenía abierto-. Para que lo sepas, no son lentillas con color.

-Pruébalo.

Eileen abrió el ojo izquierdo. Era exactamente igual de verde que el derecho. Profundo y claro, del color de la hierba en primavera, o como una esmeralda iluminada desde atrás. Rick se perdió por un momento en sus profundidades y tuvo la sensación de que podía ahogarse allí dentro. Controló de inmediato sus pensamientos, no pensaba ahogarse en los ojos de ninguna mujer. Nunca más.

-Bueno -Eileen tragó saliva e inspiró con fuerza-. Pasa los dedos suavemente por la moqueta. -¿Esto te ocurre con frecuencia?

-Sólo ocurre cuando me irrito.

-Es decir, con frecuencia.

-Muy gracioso -le dio un codazo en las costillas.

-Eso me dicen.

-¿Vanessa? -preguntó ella.

-Vanessa era una cliente –explicó él-. Cenamos juntos un par de veces, eso es todo.

-Pues parece que sigue con hambre.

-Peor para ella -mascculló Rick, recordando lo aburrida que era Vanessa-, porque yo ya me harté.

-Oh, oh -Eileen volvió la cabeza para mirarlo-. Parece que ahí hay historia.

Él la miró. Ella se echó el pelo a un lado y sonrió. Sus dedos se

rozaron mientras buscaban y sintió que una punzada de calor lo atravesaba. Eso nunca le había ocurrido con Vanessa. Ni con su ex mujer. Ni con nadie, a decir verdad.

Estaba atrapándolo y no podía permitirlo. Tenía que recordarse que Eileen no era más que una vieja, no amiga, ni enemiga. Además, no era vieja. Se preguntó qué era, además de, por supuesto, tina tentación de primera.

-¿Hola? -farfulló ella, pasando una ante sus ojos.

-Sí. Historia. No hay historia. Vanessa no fue más que... -lo pensó un momento. No le debía ninguna explicación, pero era obvio que ella no iba a dejar el tema-... temporal.

-Hay mucho de eso por ahí -Eileen arqueó las cejas.

-Nada dura para siempre -replicó él, con voz tensa y dura.

-Eso es tomárselo con filosofía. -Sencillamente, es realista -Rick lo sabía mejor que nadie. Amor, amistad, relaciones: todo acababa. Normalmente cuando menos lo esperaba uno. Hacía mucho tiempo que Rick había decidido tomar las riendas de su vida; ahora era él quien terminaba las cosas antes de que se complicaran. Era él quien se marchaba. No volvería a ser el que se quedara solo con el corazón roto. Avanzó a gatas por la moqueta, acercándose a ella.

-¿Cómo de lejos pueden rodar estas cosas?

-Bastante -dijo ella-. ¿Por qué llamas ser realista a lo que es puro cinismo?

Él la miró. Estaba demasiado cerca de él, tanto que podía contar las pecas de su nariz. Eran seis. Pero eso no le importaba.

-¿Por qué te interesa tanto?

-Curiosidad -se encogió de hombros-. Síguele la corriente a una mujer medio ciega.

Rick soltó una carcajada. Ella le hacía reír. Llevaba ocurriendo desde el primer día, y no era algo frecuente en su vida. Había estado demasiado ocupado construyendo su mundo para disfrutar de lo que había creado. Demasiado ocupado probándole a todo el mundo, incluido él mismo, que podía llegar a la cima y disfrutar del viaje. Pero Eileen lo revitalizaba todo, incluso cuando discutía con él.

Era imposible ignorarla y demasiado peligroso prestarle atención. Una combinación fatal.

-No hay ninguna explicación oscura y profunda -dijo, negándose a entrar en la historia de sus relaciones del pasado. No sólo no era asunto de Eileen, había decidido olvidarlas-. Vanessa y yo sólo fuimos dos barcos que chocaron brevemente en la noche y después siguieron su camino. Eso es realista, no cínico. Pretender que fue otra cosa sería una pérdida de tiempo.

Eileen consideró brevemente su metáfora. Si los barcos habían chocado, seguramente habían dormido juntos. Eso quería decir que Vanessa había visto a Rick desnudo. Inmediatamente, una imagen asaltó su mente. La misma imagen que llevaba días provocándola.

Se imaginaba a Rick mojado. Saliendo de la ducha con una toalla anudada a la cintura y gotas de agua en el vello de su pecho. Después, se lo imaginaba sacudiendo la cabeza; veía diminutas gotas salir disparadas de su pelo, como diamantes. El dejaba caer la toalla y daba un paso adelante, para tomarla en brazos. La visión era tan clara, tan tentadora, que sentía la piel húmeda junto a la suya. Él inclinaba la cabeza, su boca se acercaba y...

-¡La encontré!

-¿Qué? -Eileen tragó una bocanada de aire.

-Tu lentilla -Rick se la mostró-. La encontré.

-Perfecto -Eileen intentó controlarse. Se preguntó por qué hacía tanto calor en la habitación. Tenía la sensación de estar ardiendo. Lo miró a sus ojos y sus profundidades marrones parecieron absorberla. Su sonrisa victoriosa provocó una serie de explosiones en todo su cuerpo y se le aceleró la sangre como estuviera corriendo un maratón.

Nunca había reaccionado así ante un hombre. Los atractivos la ponían nerviosa, y de vez en cuando una boca fabulosa le hacía reaccionar. Pero nunca había tenido una fantasía que provocara un cosquilleo de calor y deseo en cada poro de su piel.

Ni si siquiera con su ex prometido. Ni con su último jefe, el experto en hacerle promesas y olvidarlas. No. Rick removía cosas que nadie había removido.

-Gracias -dijo, tomando la lentilla que le ofrecía en la palma de la mano. El roce de los dedos con su piel hizo que otro dardo recorriera su cuerpo, pero Eileen luchó contra él. Si no lo hacía, se vería obligada a tumbarse boca arriba y gritar: «¡Tómame, chico grande!»

¡Horror! Se puso en pie de un salto.

-Bueno, será mejor que vaya a ponérmela. No me gusta mirar el mundo como un cíclope -fue hacia la puerta y, aunque Rick la seguía, no se volvió. Tenía la sensación de que se convertiría en estatua de sal.

-¿Puedo ayudarte?

-No, gracias -negó con la mano-. Llevo años haciéndolo.

-No sabía que usabas lentillas.

-No tenías por qué, hace seis años que no nos vemos.

El pasillo parecía increíblemente largo. La pared de la derecha estaba pintada de gris, pero la de la derecha era de cristal. El sol de la tarde atravesaba el ventanal y, cinco pisos más abajo, se reflejaba en

las capotas de los coches que atascaban la autovía 405. La idea de unirse a ese caos hizo que Eileen agradeciese que Rick le hubiera pedido quedarse un rato más.

-Vaya -dijo Rick a sus espaldas, como si leyera su mente-, la autovía está colapsada.

-Ya lo he visto -giró a la derecha y entró en el aseo de señoras.

-Habrá menos tráfico después. Podemos pedir que nos traigan la cena, mientras trabajamos. Cena. Eileen no estaba segura de ser capaz de tragar. Se miró en el espejo y vio el reflejo de Rick. Estaba allí, justo a sus espaldas. En el aseo de señoras, ¡por Dios! Había dos sillas de vinilo a ambos lados de una mesa baja, decorada con un cuenco de flores.

-¿Cena? -repitió, mirándolo fijamente por el espejo.

-¿Qué pasa? ¿Es que tú no comes?

-Claro que como. Es sólo que no estoy acostumbrada a que los hombres me sigan al aseo de señoras para invitarme a cenar.

Él desvió la vista y miró a su alrededor, como si lo sorprendiera descubrir dónde estaba. Después volvió a mirar el espejo y, al encontrar sus ojos, esbozó una mueca contrita.

-¡Huy!

Eileen sintió que algo botaba en su interior al ver esa sonrisa. Por lo visto, en el fondo de su corazón, seguía siendo esa niña de once años encandilada de él. ¡Que Dios la librara!

-Yo..., te veré fuera -dijo él señalando la puerta con el pulgar.

-Buena idea.

Cuando se marchó, Eileen dejó escapar el aire, que no había sido consciente de estar reteniendo. Se inclinó hacia delante, apoyó las manos en la encimera color azul pizarra y miró su reflejo.

-Este trabajo temporal fue una mala idea, Eileen. Muy mala.

4

Rick no había tomado comida mexicana en demasiado tiempo. No recordaba que los tacos y los nachos supieran tan bien. Tampoco había pensado nunca en celebrar una cena improvisada en el suelo de su despacho. Quizá no fuera la comida, sino compartirla con Eileen lo que lo cambiaba todo. Era protestona, irritante y mucho más divertida de lo que había esperado. Vio cómo sus ojos chispeaban de humor mientras comentaba a algunos de sus clientes.

-Este tipo es cliente habitual -estaba diciendo. Se detuvo para mordisquear su taco. Tragó y siguió hablando-. Tiene contratada una docena de rosas una vez a la semana.

-¿Un buen marido? -aventuró Rick.

-Difícilmente -Eileen negó con la cabeza-. Es para la chica de la semana. Siempre una distinta, siempre rosas de un color diferente, adecuado a su personalidad, según dice él. Pero una semana cambió las rosas por un cactus.

-Eso da qué pensar, ¿no? -ironizó Rick.

-Yo me pregunto cómo encuentra tantas mujeres dispuestas a salir con él -suspiró y se echó hacia atrás, apoyando las manos en el suelo-. Su dormitorio debe ser como una línea de montaje en cadena.

-¿Y me llamas cínico a mí? -Rick levantó una rodilla y apoyó el antebrazo en ella.

-Tocada -Eileen inclinó la cabeza, otorgándole un triunfo.

-Dime, ¿cómo le va a Bridie? -preguntó Rick tras un minuto de silencio.

-Mi hermana mayor está muy bien -Eileen sonrió, pensando en Bridget y su creciente familia-. Tres hijos y medio, y un marido al que adora. Es asquerosamente feliz.

-¿Tres y medio?

-Está embarazada otra vez -dijo ella moviendo levemente la cabeza-. Es difícil de creer, pero a Bridie la encanta estar embarazada, y Jefferson, su marido, está tan loco por los críos como ella -Eileen clavó los ojos en Rick-. Si vosotros dos no hubierais roto, ahora podrías ser un papá muy ocupado.

-No, gracias -Rick arrugó la frente y dio un largo trago de su refresco. Después dejó el vaso en la alfombra-. Ya probé lo de ser marido. No funcionó. Además, no tengo madera de padre.

-Otra vez esa visión soleada del mundo que tan bien empiezo a conocer -rezongó Eileen.

-Tocado -le tocó a él inclinar la cabeza otorgando la victoria. Después preguntó-. ¿Qué me dices de ti?

-¿Qué quieres saber?

-¿Tienes relaciones con alguien? -Rick se preguntó qué diablos le importaba eso a él. Se dijo que no le importaba en realidad, sólo era una pregunta de cortesía.

-últimamente no -ella se incorporó, se frotó las manos, recogió los restos de su comida y los metió en una bolsa de plástico.

Rick se alegró internamente, aunque sabía que hubiera sido preferible que estuviera comprometida. O casada. O que fuera monja.

-Es difícil de creer.

-¿Por qué? -Eileen lo miró curiosa.

-Es sólo que... -la señaló con la mano-. Es decir...

-¿Estás a punto de hacerme un cumplido? -sonrió ella. Rick frunció el ceño, le quitó la bolsa y empezó a meter los restos de su cena dentro. -Cosas más raras se han visto -rezongó. -En películas de ciencia ficción.

-No eres una persona nada fácil, ¿verdad, Ranita?

-La abuela siempre ha dicho que nada bueno es fácil -le tiró una bola de papel, que rebotó en su frente.

-Ya, pero no creo que se refiera a ti.

Se hizo el silencio entre ellos. Afuera, el sol se estaba poniendo y las nubes tenían sombras moradas y rojizas. El silencio siguió creciendo hasta convertirse en una presencia viva.

Rick la miró y se descubrió preguntándose cómo sería su sabor. Y se preguntó si después de probarlo podría pararse sin más. Pero no podía ocurrir; no podía involucrarse con Eileen Ryan. Aparte de que le provocaba demasiadas emociones, era la nieta de la mejor amiga de su abuela.

No era mujer de aventuras. Era de las de chimenea, hogar y cenas familiares. Definitivamente, imposible. Era casi como si llevara una señal de prohibido en la frente. Si era listo, no se la saltaría.

-Será mejor que acabemos con ese contrato -sugirió ella, mirándolo a los ojos.

-De acuerdo -Rick asintió y se puso en pie-. Si no, podríamos pasarnos aquí toda la noche. -Probablemente no sería buena idea -murmuró Eileen. Se humedeció los labios con la lengua.

-No -dijo él haciendo una mueca al notar la reacción de su cuerpo al gesto-. No sería buena idea para nada.

Cuando llegó el jueves por la tarde, Eileen no podía dejar de

arrepentirse de haber aceptado el trabajo. Se sentía como si estuviera andando en la cuerda floja, sobre un foso lleno de leones hambrientos. Un paso en falso y se convertiría en un aperitivo rápido.

Necesitaba el fin de semana. Tiempo para pasarlo en la playa, en su casita. Pintando la cabaña de porcelana que había comprado en el mercadillo hacía un mes. O decorando las paredes de la cocina, llevaba meses retrasándolo. Nunca tenía suficiente tiempo para dedicarlo a las tareas manuales que tanto le gustaban. Solía estar demasiado ocupada con la tienda.

Por eso había estado deseando las dos semanas de vacaciones. Con Paula, su nueva gerente, al frente de Larkspur, Eileen podía relajarse; la tienda estaba en buenas manos.

Sus vacaciones habían pasado a la historia, así que tenía intención de aprovechar los fines de semana. Además necesitaba aire, estar lejos de Rick Hawkins para poder respirar. Mantenerse ocupada para dejar de soñar despierta con lo que le gustaría hacer con Rick. Eileen gimió para sí. Sólo tenía que soportar lo que quedaba de tarde y el día siguiente; después tendría dos días enteros para relajarse.

-¿Eileen?

-Sí, señor, ¿jefe? -volvió la cabeza y lo vio salir de su despacho. Él frunció el ceño al verla levantarse y agarrar su bolso y las llaves del coche.

-¿Te vas ya?

-No es «ya» -replicó ella, agarrando la rebeca negra que había en el respaldo de la silla-. Son más de las cinco y me voy a casa -en realidad, escapaba a casa, pero no pensaba decírselo. En su casa no tendría que mirar los ojos marrones de Rick. No tendría que recordarse que no estaba interesada en una relación con nadie, y menos aún con quien fue la pesadilla de su infancia.

Se puso la rebeca, y señaló un sobre marrón que había sobre el escritorio.

-Las últimas cartas que me pediste están ahí. Fírmalas y saldrán con el correo de la mañana.

-Muy bien, pero...

-Hasta luego.

-Eileen.

Su voz la detuvo cuando estaba a tres pasos de la puerta. Miró el umbral cono añoranza, inspiró con fuerza y se dio la vuelta. Él tenía el pelo revuelto, la corbata floja y el cuello de la camisa desabrochado. Estaba demasiado atractivo. Si sugería que se quedara otra vez y volver a pedir cena, tendría que aceptar. Se pasaría toda la cena embobada con él y volvería a marcharse a casa sola y frustrada. Y si

no se lo pedía, sentiría una gran desilusión, por no poder mirarlo embobada. Era obvio que los problemas psicológicos empezaban a aflorar.

-¿Qué? -espetó, con más dureza de la que pretendía.

-¿Estás libre este fin de semana?

Eileen se tambaleó levemente y se preguntó si estaba preguntándole lo que ella pensaba. Una cita, en vez de una cena improvisada en mitad del trabajo. Quizá quería llevarla al cine, o cualquier otra cosa, que sería totalmente inapropiada para dos personas que trabajaban juntas. Sobre todo teniendo en cuenta que habían sido las abuelas de ambos las que lo habían organizado todo. Y considerando que ella no estaba de humor para incluir a un hombre en su vida. Los nervios le atenazaron el estómago.

-¿Por qué?

-Tengo unas reuniones.

Eileen comprendió que no hablaba de una cita, sino de trabajo.

-Es una pena -dijo acercándose a la puerta. -Necesitaré una secretaria.

De ninguna manera pensaba aceptar, ya había renunciado a dos semanas de vacaciones y no pensaba hacer lo mismo con sus fines de semana.

-Rick...

-Una reunión es mañana por la mañana a última hora, luego tengo el sábado entero y quizá una el domingo por la mañana.

-Pero yo no...

-Te pagaré horas extra.

-No se trata de eso -curvó los dedos alrededor de la correa del bolso.

-¿De qué se trata? -Rick cruzó los brazos sobre ese pecho que ella no podía dejar de imaginarse desnudo-. ¿Te da miedo irte conmigo?

-Sí -lanzó una breve carcajada y esperó que sonara convincente-. Eso debe ser... ¿irme contigo? ¿Ir dónde?

-A Temecula.

-¿En el condado de Riverside?

-¿Es que hay otra?

-No, pero...

Rick cruzó la habitación, miró por la ventana un instante y se volvió de nuevo hacia ella.

-Edward Harrington fue mi primer cliente cuando inicié mi negocio -Rick encogió los hombros-. Se arriesgó conmigo. Dos veces al año voy a Riverside, estudio su cartera de acciones y comentamos posibles cambios e inversiones.

-¿Vas tú a verlo?

-La mayoría de los agentes independientes visitan a sus clientes -Rick sonrió.

-Aun así. ¿Vas a dedicarle todo el fin de semana a un cliente?

-No, Edward me recomendó a algunos de sus amigos y los veo a todos cuando voy. Mañana veré a Edward y el sábado a los demás.

-Así que trabajas toda la semana y aún más el fin de semana.

-Pssí -la estudió detenidamente, descruzó los brazos y agitó las manos-. ¿Sabes qué? No importa, tienes razón.

-Tengo razón sobre qué -Eileen lo miró inquieta; no solía cambiar de táctica tan súbitamente.

-No puedo pedirte que vengas.

-Ya lo has hecho -señaló ella.

-Lo retiro.

-¿Qué? -exclamó ella. Rick se dio la vuelta y entró a su despacho; ella lo siguió. Él se sonrió al oír sus pasos apresurados-. ¿Lo retiras? ¿Qué se supone que eres, un crío de primaria?

-No -rodeó el escritorio y se sentó. Sin mirarla, empezó a remover los montones de informes financieros. En cuanto le pidió que lo acompañara, supo que se negaría. Quizá debería dejarlo así, sería un millón de veces más seguro. Pero quería que fuera con él.

Quería verla lejos de la oficina, en un terreno neutral. Demonios, la quería a ella. La deseaba.

-Sólo estoy siendo lógico -explicó-. Puedo hacer el trabajo sin tu ayuda. Tú lo odiarías, y no te culpo por ello. Te aburrirías.

-¿Aburrirme?

-Seguro -miró sus ojos: chispeaban de ira. Su estrategia estaba funcionando, no había cambiado nada. Durante un segundo deseó haberse equivocado y oírla decir «Vale, de acuerdo. Nos vemos», pero se le pasó enseguida-. Además, como he dicho, puedo hacerlo solo. Me llevaré un ordenador portátil. Tomaré mis propias notas.

Ella resopló y él la miró de reojo.

-No necesitaré secretaria -siguió, animándose con el tema. Eileen estaba reaccionando justo como había esperado, como cuando era niña. Si se le decía que no podía hacer algo, se empeñaba en conseguirlo. Como la vez que, a los diez años, su abuela le dijo que no podía agarrarse del parachoques de un coche cuando iba en patinete. Naturalmente, lo hizo; el coche giró bruscamente y Eileen se estrelló contra los cubos de basura de la vecina y se rompió la muñeca.

Quizá fuera un error pincharla hasta que aceptara acompañarlo el fin de semana, pero no podía resistirse a la tentación. Nunca se había sentido tan atraído por una mujer; era imposible negarlo.

Tenía los ojos verdes tormentosos, y podía ver el torbellino de pensamientos y emociones que ocupaban su mente. Era increíblemente fácil de leer. Le encantaba, después de años de mirar a una mujer y preguntarse qué diablos ocurría tras su educada máscara de interés.

-¿No necesitas una secretaria? -dijo ella-. ¿Tú, que tecleas con dos dedos?

-No hará falta velocidad. Sólo precisión.

Ella hizo una mueca y su deliciosa boca esbozó un mohín que le hizo desear morderla. Sería mucho más seguro que le dijera que no pero, maldita fuera, quería que aceptara.

-Puedo tomar apuntes. Me llevaré una grabadora. Tú podrás transcribirlo todo el lunes.

-Podría ir contigo.

-Bueno, claro que podrías -dijo Rick, contemplando cómo apoyaba las dos manos en la mesa se inclinaba hacia él. El cuello de la camisa se abrió un poco y atisbó el principio de un pecho tentador. Pero esa minucia provocó tal tensión en su entrepierna, que dio gracias al cielo por estar sentado tras una mesa. Se aclaró la garganta-. Sólo digo que no hay razón para que lo hagas. No me gustaría estropear tus planes.

-Trabajo para ti. Entra dentro de mis funciones -contraatacó ella, poniéndose las manos en las caderas.

-No puedo pedirte que vengas conmigo el fin de semana -insistió él, sabiendo que su naturaleza la llevaría a protestar. Era la mujer más contradictoria que había conocido nunca, y eso lo fascinaba-. No sería justo.

-¿Justo? -repitió ella-. ¿Ahora hablamos de justicia?

-Oye -Rick se reclinó en la silla-. Sólo intento ser razonable.

-Ya, ya. ¿Dónde es la reunión? -preguntó ella golpeando rítmicamente la moqueta con el zapato.

Él ocultó la sonrisa que le provocaba su ira. Debería sentirse culpable por manipularla de esa manera, pero no era el caso.

-Eileen, no hace falta que vayas.

-Iré -lo fulminó con la mirada-. Soy tu secretaria y es mi trabajo.

-No me parece buena idea.

-Pues te aguantas -replicó ella-. Es ridículo, primero me pides que haga el trabajo, y cuando acepto me dices que no.

-Intento ser justo.

-Pues deja de intentarlo.

-De acuerdo -alzó las manos con gesto de derrota-. No sabía que esto significara tanto para ti.

-Ahora lo sabes.

-Te lo agradezco.

-No hace falta -inhaló con fuerza y soltó el aire de golpe-. ¿Dónde quieres que reserve las habitaciones?

-En el hotel Hammond. El número está en la agenda.

-Bien -dijo ella y fue hacia la puerta.

-Reserva una suite con dos dormitorios. Podemos utilizar la sala de estar para trabajar.

Eileen se detuvo y lo miró por encima del hombro. Sus ojos marrones parecían suaves, oscuros e increíblemente profundos. Sintió un nudo en el estómago.

-No voy a dormir contigo, espero que lo sepas.

-No recuerdo haberlo sugerido -Rick entrecerró los ojos.

-De acuerdo, entonces -soltó aire y agitó la cabeza-. Quería que estuviese claro.

-Como el cristal.

Ella salió del despacho y cerró la puerta a sus espaldas. Se apoyó en ella y miró ciegamente el techo.

-¿Qué ha ocurrido? -susurró-. Acabas de renunciar a tu fin de semana, ¿en qué estabas pensando? -prácticamente le había suplicado que la llevara. Peor aún, compartiría una suite con el hombre del que pretendía mantenerse alejada-. Vas lista, Eileen, lo estás haciendo de maravilla.

Fue hacia la mesa. Tenía que hacer la reserva antes de marcharse.

-Simplemente de maravilla -masculló.

El hotel Hammond era perfecto para una aventura romántica. A sólo una hora del condado de Orange, era un mundo diferente. La ciudad de Temecula había empezado como parada de diligencias y se había convertido en una interesante mezcla de antiguo y moderno.

Muchos de los edificios originales seguían en pie, pero nuevas zonas residenciales surgían por todos sitios como un virus. Pero seguía habiendo ranchos y elegantes mansiones, y el Hammond era el ejemplo perfecto.

La mansión de estilo victoriano, había sido perfectamente restaurada para recuperar su gloria inicial. El porche que la rodeaba se sostenía sobre pilares de madera tallados a mano, pintados de blanco. La casa era de un color amarillo dorado, con remates en blanco y contraventanas verde oscuro. En el porche había grupos de muebles de mimbre color blanco, que invitaban a mantener conversaciones distendidas. Del techo colgaban tiestos que salpicaban la pared de frondosas hojas verdes. Había tiestos con crisantemos de colores

variados en el suelo, y también bordeando el camino que llevaba a la entrada. Robles y arces, que lucían sus brillantes colores de otoño, rodeaban la casa como soldados vestidos de gala.

Mientras Rick y Eileen recorrían el sendero, un frío viento llegó de las colinas, agitando las hojas y combando los tallos de las flores.

-Es fantástico -dijo ella, girando para captar una panorámica completa. Había árboles salpicando las colinas y, aunque las nuevas residencias se acercaban, aún estaban suficientemente lejos para hacer que el hotel pareciera aislado. Privado.

Eileen miró a Rick de reojo y se dijo que debía controlarse. No estaban allí para tener un romance. El hotel era sólo un lugar de trabajo temporal. Iban a mantener reuniones con los clientes de Rick, y era mucho más sencillo quedarse allí que ir y volver durante tres días. Pero, sin duda, como lugar romántico, era el ideal.

-Me gusta -comentó Rick-. Los dueños no son de los que organizan «actividades» para los clientes. Me dejan en paz para que me dedique a mis negocios.

-Siempre igual de aguafiestas -Eileen movió la cabeza de lado a lado.

Él se detuvo y le dirigió esa mirada a la que empezaba a acostumbrarse; era como si le hablara en un idioma extranjero. Como si pensara que si escuchaba con atención, llegaría a entenderlo.

-¿Aguafiestas?

-Era sarcasmo.

-Eso me pareció.

-De verdad, Rick -le pasó una mano por delante de los ojos-. Mírate. Arrastras ese mundo gris en el que trabajas a donde quiera que vas.

-Este traje es azul -protestó él, tocando una solapa.

-Vaya, ¡todo un exceso!

-Esto es un viaje de negocios -le recordó él, alzando una ceja, como solía hacer.

-¿Nunca has oído hablar de un viernes de ropa informal?

-Es mi empresa, allí no hay viernes informal. -Ese es el problema, que es tu empresa. Podrías tener un viernes informal todos los días, si quisieras.

-No quiero.

-Y, en consecuencia, un mundo gris -comentó ella empezando a andar-. Una vida al estilo convencional.

Rick la alcanzó en dos zancadas. Era mucho más alto que ella. A Eileen le gustaba la diferencia de altura. Y su aspecto serio, incluso cuando sus ojos chispeaban. Le pareció ver un brillo divertido en ellos.

-Sabes, algunas personas se visten para el éxito.

-A mi modo de ver, el éxito implica que uno puede vestirse como quiere.

-Ya, entonces opinas que debería llevar unos vaqueros y una camiseta rota.

-Nadie ha dicho que tenga que estar rota -subió los cinco escalones del porche, se detuvo y se volvió hacia él-. No recuerdo que fueras tan tieso cuando eras niño.

-Yo -declaró él subiendo los escalones y poniéndose a su altura-, crecí. Y tú eres imposible.

-Eso se ha dicho antes.

-No me cuesta creerlo.

Durante unos segundos se miraron. Rick rompió el contacto cuando Eileen seguía en puro trance sexual. Subió el resto de los escalones y cruzó el porche. Abrió la puerta y la sujetó para cederle el paso.

Además, no veo que tú lleves vaqueros -dijo, mirándola de arriba abajo.

-Lo verás después -sonrió ella.

-Me muero de impaciencia.

Eileen alzó la vista y se dijo que debía ignorar el calor que chispeaba en esas profundidades marrones. No necesitaba complicaciones en su vida.

5

La suite era mayor que la que solía ocupar cuando iba allí. Pero también era verdad que Rick no solía llevar a su secretaria con él. Margo no habría ido, prefería pasar el fin de semana en casa, con su marido. En cuanto a Eileen, sabía que no debía haber simulado que la necesitaría en las reuniones.

El viaje por la autopista había sido tortuoso. Sus hormonas estuvieron dando vueltas de campana, como nunca le había ocurrido desde que tuvo sus primeras fantasías eróticas al alcanzar la pubertad. Decidió que debía mantener la palabra fantasía fuera de su mente. Ya tenía estímulos más que suficientes.

Observó a Eileen pasear por el salón, inspeccionándolo todo, desde los libros de las estanterías hasta la chimenea, lista para un fuego romántico. Frente a ella había un mullido sofá de color claro, estampado con flores, y dos sillones de mimbre a cada lado. Había ramos de flores frescas sobre relucientes mesitas de madera y docenas de velas perfumadas por todos sitios.

-Es impresionante.

Él asintió. Ella sí que lo era. Llevaba una falda negra que lo había estado volviendo loco desde que llegó a la oficina. Eileen había dejado el coche en el aparcamiento para poder ir con él. Durante hora y media, él había intentado no mirar demasiado sus piernas desnudas. Llevaba una camisa seria y sencilla, de color rojo oscuro, pero aun así resultaba sensual. Lo que más lo tentaba era su pelo. Deseaba intensamente enredar los dedos en las largas ondas sueltas que acariciaban sus hombros. En el coche había tenido que apretar las manos contra el volante para contener el impulso de comprobar su suavidad.

-¿Quieres que prepare esa mesa?

-¿Mmm? -Rick sacudió la cabeza mentalmente y la miró-. ¿Qué?

-La primera reunión -ella consultó su reloj-. Tu señor Harrington llegará dentro de veinte minutos.

-Sí -aceptó. Edward Harrington. Un cliente. Negocios. Tenía que concentrarse-. Desde luego. Coloca sus archivos allí y llamaré al servicio de habitaciones para que suban cuando llegue.

-Yo puedo ocuparme de eso.

-Bien -Rick agarró su maleta-. ¿Qué dormitorio quieres?

-Me da igual -encogió los hombros-. Sorpréndeme.

Él sintió que el corazón le daba un vuelco. El tipo de sorpresa que

tenía en mente no tenía nada que ver con la elección de un dormitorio, sino con lo que se hacía en su interior.

-Para ti el de la derecha. Yo me quedo con este. Sin esperar respuesta, escapó al dormitorio y cerró la puerta. Dejó la maleta en el suelo, fue hacia la cómoda y se miró en el espejo que había sobre ella. Se mesó el cabello con las dos manos e hizo una mueca.

-Mantén la mente en el negocio, Hawkins. Cualquier otra cosa sólo supondrá problemas.

En la distancia se veía el destello de los relámpagos y, en la sala, los truenos sonaban como rugidos de un tigre enjaulado. Eileen se rodeó el cuerpo con los brazos y salió al estrecho balcón. El viento la abofeteó, levantando su pelo y alborotándolo en una cascada de rizos. Alzó la mano para echárselo hacia atrás e inclinó la cabeza hacia el viento, disfrutando de su caricia. El olor a la lluvia que se avecinaba la rodeó, y tuvo la sensación de que su piel se electrificaba con la tormenta.

No había nadie fuera, y el suyo era el único balcón de ese lado de la casa. Era discreto y privado. A sus espaldas, la lámpara iluminaba con luz dorada la mesa en la que Rick seguía trabajando en el informe de Ed Harrington. Se dio media vuelta para mirarlo y observó cómo se pasaba los dedos por el pelo. Siempre que estaba suficientemente cansado para aflojarse la corbata, se le torcía hacia la derecha. Sus ojos brillaban a la luz de la lámpara y sus hombros parecían más anchos cuando no estaban embutidos en su siempre presente chaqueta.

Le hirvió la sangre sólo con mirarlo y se dio la vuelta, agradeciendo que siguiera inmerso en el trabajo. Era mejor así. Habían trabajado bien todo el día. Lo había escuchado asesorando a Ed con respecto a sus inversiones y, aunque no había entendido una palabra, tenía que admitir que la había impresionado.

Pero con el trabajo acabado, su cerebro estaba libre para pensar en otras cosas. Y ninguna de las que se le ocurrían tenían que ver con el «cerebro» de él.

Un relámpago iluminó los bordes de las nubes y un rayo dibujó líneas blancas y quebradas en el cielo. El trueno resonó mucho más cerca.

-Dentro de un minuto, te vas a mojar.

A ella se le aceleró el pulso cuando Rick salió al balcón y se puso a su lado.

-Me encantan las tormentas -dijo ella-. No vemos muchas.

-Me alegro. He tenido que apagar el ordenador, por si acaso.

-Pobrecito, obligado a dejar de trabajar -sonrió Eileen.

-Siempre puedo utilizar la batería. -Entonces, ¿por qué has salido?

-Como has dicho -replicó él, mirando el cielo-, no vemos muchas -se inclinó hacia delante y apoyó las manos en la barandilla-. Lo has hecho muy bien hoy.

-Gracias -era un cumplido agradable, pero en realidad no había hecho mucho. Teclear mientras ellos hablaban no era tan difícil.

-Edward nunca había hablado tanto como hoy. Es mi cliente desde hace dos años y nunca le había oído hablar de su difunta esposa, -Rick soltó un suspiro y volvió la cabeza hacia ella-. Pero conseguiste que empezara a hablar de sus recuerdos en menos de media hora.

-Opina que eres lo mejor que se ha inventado desde el pan de molde -comentó ella, recordando cómo el hombre había alabado a Rick-. Dice que te ocupaste de su modesta cuenta de ahorros y lo arreglaste de modo que no tenga que preocuparse de nada... -hizo una pausa y sonrió-, ¡y que sus nietos hablarán bien de él porque le dejará mucho dinero!

-Sus nietos lo adoran -Rick sonrió y movió la cabeza-. Los lleva a pescar todos los fines de semana. -Y dice que también has ganado mucho dinero para todos sus amigos -continuó Eileen-. Todas las mañanas le invitan a café, en agradecimiento por haberles dado tu nombre.

-Me alegra oírlo -la recorrió con la mirada. -Dice que eres el hombre más listo que ha conocido.

-Exagera.

-Quizá -pero Eileen tenía que admitir que ese día había visto una faceta completamente distinta de Rick. Aunque eso le llevaba ocurriendo toda la semana. El chico terrible había desaparecido para convertirse en un hombre reflexivo e inteligente, que se preocupaba tanto de los ahorros de sus clientes como se hubiera preocupado de los de su abuela.

Además, con la corbata suelta estaba guapísimo. «Oh, oh», pensó, «¿A qué viene eso?»

-Ed es un encanto -dijo rápidamente-. Dulce, triste y solo, que aún echa de menos a la mujer que amó durante la mayor parte de su vida.

-Ha disfrutado hablando de ella hoy -comentó Rick. Eileen asintió con la cabeza.

-Lo único que hice fue escuchar. Es muy agradable.

-Sí -asintió Rick, mirando sus ojos con tal fijeza que ella se estremeció-. Tú también eres muy agradable.

-¡Guau! -se abanicó la cara con fuerza, como si quisiera apagar un

rubor inexistente-. Mi corazoncito se ha disparado.

-Ya, ya -Rick esbozó una medio sonrisa-. Huele bien aquí fuera -deslizó la mano por la barandilla hasta encontrarse con la de ella.

-Es el olor de la lluvia que trae el viento -dijo ella, con la piel ardiendo y el pulso acelerado. -No -giró la cabeza para mirarla-. Es más como... -se inclinó hacia ella e inhaló-...de flores. Eres tú, Eileen -su mirada recorrió su rostro, su cuello y su pecho, después volvió a subir. -Rick... -dijo ella casi sin aliento. No se había esperado eso. No había esperado que dijera nada sobre la tensión que se acrecentaba entre ellos. Y no estaba segura de qué hacer al respecto.

Su cuerpo, por otro lado, sabía exactamente qué hacer. Los latidos de su corazón resonaban en sus oídos, con más fuerza que los truenos. El calor recorría su cuerpo en una espiral ascendente, nublando su cerebro y doblándole las rodillas.

-Olvídalo -masculló, él, se apartó y giró la cabeza para mirar la tormenta-. No debería haber dicho nada. Déjalo pasar.

Eileen se dijo que eso debería hacer. Si existía un momento para escuchar, para aceptar una orden, era ese. Debería obedecer y olvidar el tema. Pero no lo haría. No podía hacerlo.

-No quiero dejarlo pasar -admitió, aunque sus palabras casi se perdieron en el estallido de un trueno. Él la miró y se enderezó.

-Pero deberíamos hacerlo -le dijo, acercándose a ella y atrayéndola.

-Correcto -puso las manos en sus antebrazos-. Ni siquiera nos gustamos.

-Verdad. Tú eres un bicho raro.

-Y tú eres tan tieso y compacto que dentro de cien años serás un diamante.

-Entonces -dijo él-, mejor lo olvidamos.

-Eso sería lo razonable -replicó ella, deslizando las manos por sus brazos y rodeándole el cuello.

-Te deseo más que al aire que respiro. Al cuerno con la razón -posó su boca en la de ella justo cuando otro rayo, aún mayor, se dibujó en el cielo. Eileen notó el brillo de la luz a través de los párpados cerrados y notó la electricidad del aire. El siguiente trueno sonó encima de ellos, pero a Eileen no le pareció comparable con el sonido desbocado de su corazón.

Rick alzó la cabeza, la miró y soltó el aire de golpe. Tras ellos, la habitación estaba sumida en la oscuridad.

-Se ha ido la luz -murmuró.

Un golpe de viento frío y fuerte los azotó, rodeando sus cuerpos como un abrazo helado, que se disolvió en el calor que emanaban. Los

relámpagos y truenos sólo servían para aumentar su deseo. Eileen se sentía como si la niebla invadiera su cerebro, impidiéndola pensar. Pero no hacía falta pensar cuando la sangre se aceleraba y la excitación se percibía en cada poro de la piel.

Rick debía sentir lo mismo, porque volvió a tomar su boca. Le abrió los labios con la lengua y se perdió en su interior, probando, explorando, una y otra vez. Ella lo aceptó con ganas, su lengua se enzarzó con la de él en un baile hambriento y carnal.

Se arqueó hacia delante, apretándose contra él, frotando sus pezones erectos contra su torso, torturándose al hacerlo. Le temblaban las rodillas y se agarró a sus hombros con más fuerza, para mantener la estabilidad. Él recorrió su espalda de arriba abajo con las manos. Después, le sacó la blusa de la falda e introdujo las manos debajo. Ella sintió un cálido cosquilleo que se convirtió en una llama que recorría su piel.

Él dejó su boca y recorrió su cuello con labios y lengua. Eileen dejó escapar un gemido y echó la cabeza hacia atrás, invitándolo, pidiendo más en silencio. Y él aceptó el reto, la acarició con labios y lengua, sus dientes la mordisquearon suavemente, provocándole escalofríos. Se apretó contra él, clavándole los dedos en los hombros, percibiendo que su almidonada camisa ocultaba unos músculos fuertes y potentes.

-Me encanta tu sabor -murmuró él, acariciándole la piel con su aliento. Deslizó las manos a la cinturilla de su falda; Eileen, sin aliento, oyó el sonido de la cremallera al abrirse. Él empujó el tejido y, un segundo después, la falda caía a sus pies. Rápidamente, Eileen salió del círculo de tela y echó la prenda a un lado de un puntapié.

Sentía el aire frío y húmedo en la piel desnuda, pero tenía demasiado calor para preocuparse por eso. Sólo le importaba el tacto de las manos de Rick en su cuerpo, de su boca en la piel. Necesitaba más, lo necesitaba entero. Movió las manos hacia la parte delantera de la camisa. Con rapidez y destreza desabrochó los botones de la tradicional camisa blanca, cuando la abrió, deslizó las palmas sobre la camiseta blanca que llevaba debajo. A través del cálido tejido de algodón, percibió los bien definidos músculos que él siempre ocultaba. Él inhaló entre dientes, la soltó, se quitó la camisa y después la camiseta.

-Guau -murmuró ella, mirando la amplía extensión de su pecho. Tenía la piel dorada, aún bronceada del verano, y cada músculo parecía definido por un escultor. Pasó las manos por su piel, enredando los dedos en los rizos de vello oscuro. Sonrió al oírlo gemir-. Escondes muchas cosas debajo de esos trajes y corbatas.

-Aún no has visto nada -sonrió él con malicia. A Eileen se le

contrajo el estómago y sintió una llamarada de pasión.

Rick se abalanzó sobre ella y empezó a luchar denodadamente con los botones de su blusa, preguntándose por qué demonios los harían tan pequeños. La impaciencia lo volvía loco, y tuvo que contener el impulso de arrancarle la blusa de un tirón. Finalmente, consiguió quitársela y descubrió una camisola de seda rojo oscuro. El encaje del escote acariciaba la parte superior de sus senos. Los pezones, duros y erectos, se marcaban en el delicado tejido y, al verlos, deseó saborearla. Entera. La deseaba bajo él, y encima de él. La deseaba más de lo que nunca había deseado nada.

Alzó las manos y rodeó sus senos; ella se inclinó hacia él y echó la cabeza hacia atrás. Con un gemido, entreabrió la boca y se pasó la lengua por el labio inferior, enviándole un mensaje claro.

Un relámpago, seguido por un trueno situado justo sobre ellos, electrificó el aire. El olor a lluvia se hizo más intenso, pero aunque hubiera diluviado, Rick no se habría movido. La deseaba allí, en el balcón, en la oscuridad y rodeados por la furia de la naturaleza. En ese momento.

Rodeó sus pezones con pulgares e índices y tironeó, acarició y pellizcó, tirando de la tela y torturándola suavemente. Ella se retorció, acercándose, presionando el abdomen contra su erección, hasta que él no pudo soportarlo más.

-Espera aquí -ordenó, soltándola. Entró en la oscura suite y volvió un momento después. Mientras la tormenta se desataba a su alrededor, se quitó el resto de la ropa y fue hacia ella de nuevo.

-Un momento -gimió ella entrecortadamente. Levantó la camisola y se la quitó, ofreciéndole sus pechos. Su piel era translúcida y cremosa a la luz de la tormenta. Sólo unas diminutas braguitas de encaje cubrían su cuerpo, y él deseó quitárselas.

Eileen avanzó hacia su abrazo; los brazos de Rick la rodearon y la apretó contra sí. Sus cuerpos se juntaron. Blando y duro, suave y áspero. La tormenta entre ellos se hizo insostenible.

-Necesito tomarte -murmuró él contra su boca. Tomó su labio inferior entre los dientes, mordisqueando, exigiendo.

-Oh, sí -gimió ella, tragando saliva y mordiendo su cuello suavemente-. Ahora. Por favor, ahora.

-Ahora -accedió él. Con un rápido giro de muñeca, rompió el elástico de sus braguitas. La roja seda se desprendió de su piel y cayó al suelo de madera del balcón.

La alzó sin esfuerzo y la sentó en la estrecha barandilla de metal. Ella gritó al notar el beso del frío hierro en su cuerpo desnudo y sintió una punzada de pánico al recordar que estaban en el segundo piso.

Pero sus manos eran fuertes y cálidas, y la sostenían con firmeza. Él volvió a besarla, tomando su boca con un asalto de deseo largo y duro. El pánico se disolvió y la llama que ardía entre ellos explotó. Arrancó su boca de la de él y, sin aliento, se agarró con fuerza a sus hombros.

-Ahora, Rick -urgió, abriendo las piernas para él-. Te quiero dentro de mí. Ahora.

Rick, ardiendo, consiguió, a duras penas, ponerse con una mano el preservativo que había ido a buscar al dormitorio. Después, sin otra intención que aliviar el torbellino que se desataba en su interior, la penetró.

Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás, mirando sin ver el cielo tormentoso. Él agarró su cintura con fuerza y seguridad. Sujetándola, se movió en su interior, reclamándola, tomándola, dándole todo y exigiéndole lo mismo. Su cuerpo, ardiente, lo rodeaba con tanta fuerza como el de él a ella.

Sobre ellos, los relámpagos se sucedían. Los truenos apagaban los gemidos de su unión, tan urgentes y salvajes como los de la tormenta.

Cuerpos y respiraciones que se fundían, bocas que exigían todo, manos que aferraban.

Eileen sentía cómo él entraba y salía de su cuerpo, llevándola a una ascensión sin igual. La dominaba, arrastrándola con él, cada vez más rápido. Sólo veía los relámpagos que se reflejaban en sus ojos: llamaradas de luz bailoteando en marrones lagunas de emoción y sensación. Se perdió en ellas, en él...

Se sentía sensual, salvaje, insaciable.

Rodeados por la tormenta, el viento frío y cortante, cargado de lluvia, los rodeaba. La barandilla de metal en la que se apoyaba era fría y estrecha, pero la seguridad de la fuerza de Rick la permitía disfrutar del momento. Podía concentrarse en la fuerza dura y sólida de su cuerpo penetrándola una y otra vez.

Eileen, próxima al orgasmo, rodeó su cintura con las piernas. Se unió a él, balanceándose tanto como podía, tomando todo lo que él podía darle, ofreciéndose y absorbiéndolo más y más, profundamente.

Empezó a llover. Gotas de agua helada bombardearon sus cuerpos. Era como si el cielo hubiera llegado al límite y no pudiera contenerse.

Eileen entendía la sensación. Bajo una cascada de lluvia, agitó la cabeza para apartar el pelo y luchó por recuperar el aliento. Su mente se disolvió en mil pedazos y su cuerpo también.

-Rick..., Rick... -clavó los dedos en sus hombros, sujetándose, presionando mientras él la ayudaba a escalar ese último peldaño hacia la liberación. Abrió los ojos y lo miró mientras la besaba. Él acarició sus labios con la lengua, atrapó su aliento y le dio el suyo. Ella lo

sintió todo, sintió la escalada de la magia. Sintió la súbita disolución de su cuerpo en la pasión. Gimió y se dejó llevar en la cresta de esa ola de éxtasis, unida a él, que apagaba sus gritos con la boca.

Antes de que su cuerpo dejara de estremecerse, él se clavó en su interior, se puso rígido y alcanzó la cima de su placer a tiempo de acompañarla en el largo y dulce descenso de ese paraíso.

6

Rick la alzó de la barandilla y, aún dentro de ella, la llevó al interior de la habitación.

Ella lo rodeó con sus brazos y se aferró a su cintura con las piernas. Enterró la cabeza en la curva de su cuello y se estremeció.

-De acuerdo -susurró-. Eso ha sido impresionante.

-Y húmedo. Funciono mejor cuando estoy seco -soltó una risita y la llevó hacia su dormitorio. Ella alzó la cabeza y lo miró en la penumbra.

-Diablos, entonces dame una toalla

-Ese es el plan -dijo él, dándola un azote en el trasero.

-Me encantan los hombres con planes -sin dejar de mirarlo, movió las caderas y se clavó en él. Rick tragó aire, sujetó su trasero con un brazo y la inmovilizó.

-Me estás matando -admitió.

-Oh -ella agitó la cabeza y gotas de agua salieron despedidas-, aún no.

-Tienes tus propios planes, ¿verdad? -la dejó sobre el colchón, sin separarse de ella.

-Los voy haciendo sobre la marcha -contestó ella, tomando su rostro entre las manos.

-Pues lo haces muy bien -aseguró él-. No pares ahora.

-No te preocupes por eso -ya que habían empezado, rindiéndose a la tensión que se había creado entre ellos a lo largo de la semana, Eileen no quería parar. Quería mucho más. Quería volver a sentir cómo crecía la excitación en su interior, experimentar la explosión de deseo y el latido acelerado de la satisfacción.

No había esperado que llegaran a tanto. No había contado con ello. Pero era lo suficientemente lista como para disfrutarlo, ya que había ocurrido.

El edredón era cálido y blando. El algodón acariciaba su piel y la rodeaba como un capullo. Se sentía rodeada de calor, a pesar de que la lluvia, que golpeaba furiosamente el tejado, la había empapado. La única luz de la habitación provenía de los relámpagos, pero era suficiente para ver el rostro de Rick, leer su expresión y saber que estaba sintiendo lo mismo que ella.

Él se movió en su interior, de nuevo a punto, y se arqueó hacia él como una gata esperando una caricia. Apoyó la cabeza en el colchón, deslió las piernas de sus caderas y apoyó los pies en la cama. Clavó las

caderas en las suyas y se abrió para él, llevándolo tan dentro como pudo. Era tan grande y estaba tan duro que tuvo la sensación de que le llegaba al corazón cada vez que la embestía.

-Más -exigió, arrastrando las uñas por su espalda.

-Más -aceptó él. De repente, se dio la vuelta, sin soltarla, hasta que ella quedó sentada encima y él tumbado de espaldas.

La observó en la penumbra y deseó haber encendido algunas de las velas que había en la habitación. Por lo visto, los fallos eléctricos debían ser habituales. Unas cuantas velas le habrían permitido disfrutar plenamente de la imagen de Eileen sobre él.

Ella, a horcajadas, apoyó las palmas de las manos en su pecho y empezó a juguetear con sus pezones, frotando y acariciando. Se movió sobre él, balanceando las caderas, alzándose, arqueando la espalda como si estuviera montando un caballo salvaje en un rodeo.

Aún húmeda de lluvia, mientras las frías gotas de agua caían de su cabello y se estrellaban contra él, parecía fiera, tierna y libre. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, moviéndose más, apretando. Lo llevó más y más alto, mucho más de lo que él había creído posible. El deseo que provocaba en él, casi lo estrangulaba.

Alzó las manos y las posó en sus pechos, pellizcando sus pezones. Ella se entregó al contacto y él sonrió antes de deslizar una mano hacia el punto en que sus cuerpos se unían. Acarició el pequeño botón de carne que contenía sus secretos, que aumentaba su placer.

-¡Rick! -gimió su nombre y se movió contra él con más fuerza, con un ritmo desenfrenado.

-Siéntelo -ordenó él, observando su rostro, admirando el placer que suavizaba sus rasgos.

-Es demasiado -murmuró, negando con la cabeza y mordiéndose el labio inferior.

-Nunca es demasiado -dijo él, y siguió acariciándola mientras ella se movía sobre él, meciéndose y aceptándolo.

Soltó un gemido y su cuerpo se tensó sobre él. Los primeros temblores la asaltaron y se movió con fiereza, aumentando su placer y exigiendo el de él.

-Nunca es demasiado -aceptó, cuando sintió que él explotaba en su interior y la acunaba suavemente en el descenso.

Minutos, horas, podrían haber sido días, no lo sabía ni quería saberlo, Eileen se derrumbó a su lado como una muñeca de trapo. Se lamió los labios e intentó dominar el zumbido de su cabeza.

-Eso ha sido... increíble.

-Por decirlo en una palabra -dijo él, aunque su voz casi se perdió en el tronar de la tormenta.

-Sabes... -Eileen tomó una larga bocanada de aire y la soltó antes de continuar-. Para ser un tipo con pinta de Don Tenso Inasequible, lo haces de miedo.

-A ti tampoco se te da mal -replicó él. Eileen esbozó una sonrisa en la oscuridad, que empezó a difuminarse cuando volvió de golpe a la realidad.

-Vamos a arrepentirnos de haber hecho esto, ¿verdad?

-Probablemente.

-Eso me parecía -Eileen estudió las sombras y destellos de luz en el techo de vigas artesonadas y escuchó el sonido de la respiración de Rick.

Los pensamientos se sucedían en su mente con tanta velocidad que era incapaz de concentrarse en ellos. Sin duda, era mejor así; si se paraba a pensar en lo que acababa de hacer con Rick, se daría de bofetadas.

-Quiero que sepas -dijo-, que no ando buscando una relación.

-Yo tampoco.

-Eso está bien, entonces.

-Sí, bien.

-De todas formas, esto va a complicar las cosas, ¿no? -preguntó ella.

-¿Quieres decir que cuando te vea sentada en la oficina voy a acordarme de esto? -inquirió él-. Oh, sí.

-Tampoco será fácil para mí -ni siquiera podía imaginarse estar en la oficina con él y no pensar en la alocada escena que había tenido lugar en el balcón. Era un estúpida. No debería haberlo hecho. No debería haberse rendido a sus hormonas como una adolescente sin experiencia. Debería haberse acordado de que los hombres creaban problemas, y de que ella no había tenido mucha suerte con ellos.

-Por eso no deberíamos haberlo hecho.

-Cierto -Eileen lo miró y se dio cuenta de que él también tenía los ojos clavados en el techo. Se preguntó qué estaría pensando realmente. Si estaba buscando la manera de escapar de la cama dignamente, o si se planteaba despedirla para evitarse la incómoda escena que solía tener lugar después del sexo-. Y sólo estaré en tu vida, en tu mundo, temporalmente. Dos semanas. Eso es todo.

-Debería haber sido sencillo -comentó él.

-Ya no lo es.

-No -aceptó Rick.

Eileen suspiró y se puso de lado. Sintió el calor de su cuerpo y no pudo resistirse a volver a tocarlo. Apoyó una mano en su pecho y la deslizó hacia arriba.

-Piénsalo, han sido nuestras abuelas las que nos han metido esto -murmuró.

-No creo que fuera esto lo que tenían en mente -Rick soltó una risa, atrapó su mano y entrelazó los dedos con los suyos-. Lo hecho, hecho está. Somos adultos. No tiene por qué ser difícil. Sólo ha sido sexo.

-Sexo fantástico.

-Eso no hace falta decirlo.

-Pero sería agradable escucharlo.

-Sexo fantástico -dijo él, mirándola.

-Gracias -replicó ella.

-No, gracias a ti.

-Créeme -una sonrisita curvó sus labios-. Ha sido un placer.

-Sí, ya lo sé.

Veo que no tienes problemas de ego.

Él giró, la tumbó de espaldas y se apoyó en un codo para poder mirarla.

-Es una noche. Una noche en toda una vida. Ninguno de los dos busca, ni espera, rosas y angelitos. Lo pasamos bien juntos y mañana volvemos al trabajo como si no hubiera pasado nada.

Eileen estudió sus ojos, su rostro, la curva de su boca. Quería volver a besarlo, saborearlo de nuevo. Sentir su lengua acariciándola. Deseo, nuevo y ansioso recorrió su cuerpo. Nunca se había sentido así.

Había estado con otros hombres, con su prometido y después con Joshua. Pero esas experiencias no habían sido nada en comparación con lo que sentía. Nunca había querido más y más, como esa noche.

Aunque acababa de estar con Rick, lo deseaba de nuevo. Ya. En su interior. Quería sentir su cuerpo moviéndose dentro de ella. Sentirse atrapada entre sus brazos; era una sensación nueva.

Una parte de ella deseaba explorar esas sensaciones. Pero otra parte, la cautelosa, quería escapar mientras aún pudiera pensar con lógica. No había futuro con Rick. Era como los demás hombres que había conocido. Quería que lo ayudara en el trabajo, la quería en su cama pero, igual que los demás, no la quería a ella. Eso no era una relación. Sólo eran dos personas que sentían una... conexión. Se preguntó si eso era razón suficiente para disfrutar el uno del otro y si podrían mantenerlo a ese nivel.

-¿Crees que seremos capaces de, hacerlo?

-Yo sí -dijo Rick, acariciando su mejilla con los dedos y apartándole el pelo. Mirarla hizo que la deseara de nuevo. Pero estaba seguro de que podría decir adiós, porque tenía que hacerlo. No dejaría que se acercara demasiado a él, no podía. Se había arriesgado una vez y había salido trasquilado. No volvería a hacerlo.

Rick había aprendido años atrás que la vida era más sencilla viviéndola a solas. El sexo era una cosa. El amor, una relación, era otra; y no le interesaba.

-La pregunta es, ¿lo eres tú?

Ella se estremeció bajo su caricia, sintió punzadas de calor que pasaban de la yema de sus dedos a su piel. ¿Sería capaz de olvidar lo que había pasado esa noche cuando llegara el día? No estaba segura. Pero sí sabía que no capaz de renunciar a volver a sentir lo que había sentido. Por eso sólo había una respuesta posible.

-Sí, claro que lo soy.

-Bien -afirmó él, apartándose.

-¿Digo que sí y te vas?

Él se levantó de la cama y se volvió para mirarla de nuevo, con una sonrisa en la boca. A ella le dio un vuelco el corazón.

-Sólo voy a encender unas cuantas velas -explicó-. Esta vez quiero verte.

-Oh, vaya.

Estaba preciosa a la luz de las velas.

Las llamas chispeaban por la habitación, dibujando halos de luz en el papel floreado de las paredes. Afuera, la tormenta seguía; la lluvia golpeaba los cristales y los relámpagos y truenos se sucedían. La enorme cama parecía cálida y acogedora, y el cuerpo desnudo de Eileen sobre las sábanas blancas era una tentación a la que ningún hombre podría resistirse.

Y Rick no tenía ninguna intención de resistirse. No recordaba haber sentido un deseo igual antes. El calor que lo asaltaba cada vez que tocaba su cuerpo era irresistible. Eileen no se parecía a las mujeres que había conocido.

Todo en ella era distinto, excepcional. Único. Su actitud, su risa, su aroma. Olía a rosas y a sol, una mezcla irresistible para un hombre acostumbrado a perderse en montañas de trabajo, en edificios cerrados. Ella se reía de su ética de trabajo. Le tomaba el pelo por tomarse demasiado en serio a sí mismo y discutía cuando le daba órdenes. Rick se lo estaba pasando demasiado bien. Sabía que debía preocuparlo, pero su ansia por disfrutar de ella le impedía pensarlo en ese momento.

Cruzó la habitación hacia ella, sintiendo un cosquilleo en la piel al pensar que iba a tocarla de nuevo. Ella se apoyó sobre ambos codos, ladeó la cabeza y sonrió.

-¿Sabes? Se me acaba de ocurrir algo.

La pálida luz de la habitación se iluminaba las puntas de su cabello, aún húmedo, y las gotas de agua destellaban como diamantes.

Ese pensamiento sorprendió a Rick, nunca antes había sido poético.

-¿Sí? ¿Qué es?

Ella levantó una pierna y deslizó la planta del pie por su otra pierna, en una caricia larga y lenta que lo dejó sin aliento.

-¿Siempre llevas preservativos cuando viajas con tu secretaria?

Él se detuvo al borde de la cama y tocó su pantorrilla. Sonrió al ver que ella cerraba los ojos con el contacto. Sus dedos la acariciaron como plumas.

-No. ¿Recuerdas que paramos a echar gasolina?

-Mmm, sí -murmuró ella, mientras la mano subía por encima de su rodilla y llegaba al muslo.

-Hoy en día, las gasolineras venden de todo -Rick sonrió al recordar el impulso que lo había llevado a comprar dos polvorientas cajas de preservativos que descubrió en un estante.

Ella se dejó caer en el colchón y arqueó las caderas cuando los dedos se posaron entre sus muslos. Inhaló con fuerza y lo dejó escapar lentamente.

-Gracias a Dios que eres precavido.

-Es una de mis muchas cualidades -dijo él, observando cómo vibraba bajo su tacto.

-Dime otra -alzó las caderas hacia su mano y jadeó cuando él empezó a frotar.

-Estás a punto de descubrirla -Rick tenía el corazón acelerado y la sangre le hervía en las venas. Se sentía como si estuviera en medio de un fuego. Sin aliento, se rindió a sus impulsos y agarró sus piernas. Rápidamente, tiró de ella hacia sí.

-¡Eh! -Eileen agarró las sábanas como si quisiera impedírselo.

-Cállate, Ryan.

-¿Qué has dicho? -alzó la cabeza para mirarlo. Él la llevó hacia el borde de la cama, abrió sus piernas suavemente y se arrodilló ante ella.

-He dicho que te calles.

-¿Qué diablos...? -lo miró-. Rick...

El la miró encandilado. La luz de las velas bailoteaba en sus ojos y cubría su piel con un suave halo dorado. Estaba preciosa, salvaje y tan sensual que podría robarle el alma a cualquier hombre.

A cualquier hombre que lo permitiera, él no lo haría. Simplemente quería tenerla.

-Confía en mí -su susurro ronco se perdió en el fragor de la tormenta que seguía desatándose fuera de la cálida habitación.

Alzó sus piernas, una tras otra, y se las colocó sobre los hombros; después situó las manos bajo su trasero. Ella tembló y arqueó las

piernas, removiéndose como si quisiera liberarse. Pero no se esforzó demasiado.

-Rick, no tienes que... -estiró una mano hacia él.

-Como he dicho... cállate, Ryan -clavó los ojos en los de ella y posó la boca entre sus piernas. Boquiabierta, Eileen dejó escapar el aire de sus pulmones.

Lo observó tomarla, y su mirada excitó a Rick aún más. Lamió la delicada carne y ella gimió, enredando los dedos en su pelo y sujetándolo, como si temiera que fuese a parar. No tenía por qué preocuparse, Rick no podía parar. La sensación de cómo su cuerpo se derretía bajo él lo encendió y llenó de pasión. Probó su sabor, empujando con la lengua, volviendo loca a Eileen.

Dejó una mano en su trasero y desplazó la otra para introducir primero un dedo, luego dos, en su interior. Ella se estremeció y se alzó hacia su boca.

-Rick, eso es... tan... delicioso. No pares. No pares nunca.

Sus palabras y el sonido roto de su voz hicieron que Rick, instintivamente, acelerara el ritmo. Eileen se movió con él, balanceando las caderas, buscando el paraíso que sabía que la esperaba. No podía dejar de mirarlo, asombrada por la intimidad del contacto. Los ojos de él ardían, y su rostro, entre sombras y luces tenía un aspecto peligroso y atractivo.

Él levantó su trasero de la cama y Eileen se encontró flotando, la boca de Rick era el único punto de estabilidad de su mundo. Su cálido aliento acariciaba la parte más íntima de su ser, y sus dedos y su lengua provocaban en su cuerpo una sensación frenética que giraba como una espiral en su interior. Oía los latidos de su corazón y jadeaba. No podía aguantar mucho más. No podía hacer que durase, a pesar de que deseaba sentir su boca ahí para siempre. Se acercaba el final y se lanzó a su encuentro.

Puso las manos en su cuello y lo abrazó, gritando su nombre. Él siguió besándola hasta que los últimos temblores se detuvieron, después la dejó suavemente en el centro de la cama.

-Estás lleno de sorpresas, ¿no? -comentó ella, mirándolo con los ojos nublados.

-Lo intento.

-Pues, te va muy bien -aseguró ella, diciéndose que no importaba que el ritmo de su corazón estuviera cerca de las trescientas pulsaciones. Si tenía un infarto, se enfrentaría a la muerte con una sonrisa satisfecha.

-Me alegra saberlo -sonrió y se inclinó para buscar otro preservativo en la mesilla. Mientras abría el paquete la miró. Eileen

vio el deseo en sus ojos y una espiral de deseo la recorrió. Sintió sorpresa y placer, deseosa de nuevas experiencias, mientras se preguntaba dónde llevaría todo eso. Afortunadamente, la voz de Rick atravesó su cerebro y nubló sus pensamientos.

-¿Lista para otro viaje? -preguntó él, guiñándole un ojo.

7

A la luz de las velas, su piel brillaba como roble bruñido. Cada uno de sus bien definidos músculos aparecía en relieve, contrastado, y Eileen sólo pensaba en recorrer cada centímetro de su cuerpo con los dedos. Con los labios. Lo deseaba como nunca había deseado a nadie antes. Parecía incapaz de cansarse de él. Ese pensamiento surgió en su mente un segundo y lo apartó, para estudiarlo después.

Tendría mucho tiempo para pensar cuando saliera el sol y su pacto de una noche acabara. En ese momento... lo que existía era Rick. Nada más.

-Dormir -musitó- está sobrevalorado.

-¿Ah, sí?

-Sí -replicó ella, se removió en la cama, acercándose a él, sintiendo la dureza de su cuerpo-. Es bien sabido. Veinte minutos de sueño profundo por la noche, son suficientes para funcionar a pleno rendimiento.

-Es una alivio -comentó él, sacando el preservativo de su envoltorio.

-Espera -dijo ella-. Déjame a mí -le quitó el preservativo y se medio sentó. Colocó sobre su sexo la pálida goma y, lenta y sinuosamente, la desenrolló.

Él tragó aire con un silbido. Eileen lo rodeó con los dedos y presionó suavemente. Rick cerró los ojos y un músculo de su mandíbula tembló.

Ella deslizó los dedos arriba y abajo, recorriendo la sólida dureza, y después lo agarró con fuerza. Él abrió los ojos y la llama que se reflejó en sus oscuras profundidades le dio un aspecto peligroso.

-Ya vale -mascculló, inclinándose sobre ella. Le agarró las dos muñecas con una mano y las sujetó contra la cama, por encima de su cabeza. Ella se retorció y movió bajo él en la cama, acercándose, alzando las caderas, invitándolo.

Rick se rindió a la furia que pulsaba en su interior. El deseo lo quemaba. Sentía un hambre insaciable de ella. Cuando penetró su cuerpo, todo se disparó. Se le aceleró el corazón, que bombeaba la sangre a toda velocidad. Sólo oía los gemidos de Eileen, sólo sentía su aliento. Bajó la cabeza para besarla y ella le mordisqueó los labios y apoyó los pies en el colchón, para balancear su cuerpo contra el de él.

Ella lo era todo. Y por esa noche, era suya. Soltó sus muñecas y gruñó cuando ella arrastró las uñas por su espalda. Después, Eileen

tiró de su cabeza y la llevó a sus pechos. Él la complació, besando, chupando, tirando de sus pezones, primero uno, luego el otro. Su aroma lo volvía loco, su sabor provocaba en él un hambre que nunca había sentido antes.

Se movieron juntos, dos sombras a la luz de la vela. Mientras la tormenta se desataba tras las ventanas, dos almas encontraron algo que ninguna de ellas buscaba.

El amanecer llegó antes de lo que habrían deseado.

-La tormenta pasó -dijo Eileen, sabiendo que Rick estaba a su lado, despierto.

-Sí, eso parece.

El agua goteaba de los aleros del tejado, como un reloj, marcando los últimos segundos de una noche increíble. El primer atisbo de luz suavizaba la habitación, apagando la luz de las velas que quedaban. La mayoría se habían consumido horas antes. Las pocas que quedaban ya eran innecesarias.

Eileen hizo una mueca y cambió de posición, tirando del edredón para taparse el pecho. No sabía por qué se preocupaba de ser modesta a esas alturas. En todo su cuerpo no había un milímetro de piel que Rick no hubiera visto, lamido o explorado. Se tapó los ojos con una mano e intentó no pensar demasiado en todo lo que habían hecho juntos en la oscuridad.

-¿Arrepentida? -susurró él cerca de su oído. Eileen lo pensó un minuto. ¿Se arrepentía de algo? ¿Podía hacerlo? Le había hecho sentir cosas que sólo conocía por leerlas en los libros. Había hecho que su cuerpo cantara. No. No se arrepentía. Lo único que lamentaba era que su pacto hubiera sido de una sola noche, aunque fuera lo más seguro. No quería involucrarse sentimentalmente y sabía de sobra que si seguía durmiendo con él, su corazón se entregaría, lo quisiera o no. Así que, por mero instinto de supervivencia, mantendría el pacto, a pesar del insistente clamor de sus hormonas.

-No. No estoy arrepentida.

-Pero has tenido que pensarlo un rato -se burló él. Ella volvió la cabeza y lo miró. A la luz del amanecer estaba igual de atractivo que a la luz de las velas.

-¿Qué me dices de ti?

Él deslizó una mano por su cuerpo y la posó en uno de sus pechos. Ella gimió.

-No me arrepiento -se acercó lo suficiente para besarla. Después se apartó, se tumbó de espaldas y miró el techo.

-Entonces -dijo Eileen, echando de menos sus manos sobre el cuerpo-, nos duchamos, nos vestimos y seguimos adelante.

-Correcto -afirmó él.

Eso había parecido una buena idea la noche anterior. Sin embargo, en ese momento..., Eileen se sentó y bajó las piernas al suelo, antes de hacer algo ridículo, como sugerir que simularan que no era de día aún.

-La noche se acabó, y nosotros también.

-Exactamente. De vuelta al trabajo.

-Bien -dijo. Le dolía todo el cuero. Músculos que hacía años que no utilizaba, se quejaban a gritos. A pesar de todo, Eileen tuvo que hacer un esfuerzo para no darse la vuelta y saltar sobre él. Se puso en pie y fue hacia la puerta, agarrando el albornoz blanco que había a los pies de la cama. Se lo puso, ató el cinturón y, ya en la puerta, se volvió hacia él.

-Iré a mi habitación y me ducharé. ¿Nos vemos en el salón para desayunar dentro de una hora?

Él se apoyó en un codo. El pelo castaño le caía sobre la frente, dándole un aire de rufián que desaparecería en cuanto se pusiera uno de sus malditos trajes. Eileen deseó volver a deslizar las palmas de las manos por su pecho. Sentir el latido de su corazón. Curvó los dedos y metió las manos en los bolsillos del albornoz.

-En una hora -aceptó él con voz tensa, y la dejó marchar.

Bajo los chorros de agua caliente, Eileen intentó aclarar su mente. Intentó aparcar los recuerdos de la noche en un rincón oscuro, del que no pudieran salir para torturarla. Pero no sirvió de nada.

La ducha de masaje golpeaba su cuerpo con dardos de agua caliente, que le recordaban el tacto de sus dedos sobre ella. De su boca. Del fuego que iniciaba en su interior con sólo mirarla. Y lo deseaba.

Oyó el ruido de la cortina y volvió la cabeza a tiempo de verlo entrar en la ducha, desnudo.

-Rick...

-El sol no ha salido del todo. La noche no ha terminado -la agarró y apoyó su cuerpo húmedo contra el suyo.

-Me parece bien -tragó saliva y miró su rostro. Rick le dio la vuelta, la apoyó contra la pared de la ducha y la alzó en vilo. El vapor de la ducha era como una suave niebla, que los sumía en un mundo privado e íntimo. Ella rodeó su cintura con las piernas y él la penetró con una embestida rápida y certera. Había intentado mantenerse alejado. Pero

oír el ruido del agua, saber que estaba desnuda, húmeda y cálida, había sido una tentación imposible de resistir.

Se movió dentro de ella, buscando el éxtasis al que se había acostumbrado a lo largo de la noche. Enterró el rostro en la curva de su cuello y se entregó a ella, tomando todo lo que podía ofrecerle.

Una hora después estaban en la cama, desayunando. Envueltos en los gruesos albornoces del hotel, compartían fresas, tortitas y café caliente.

-¿Cuándo llega tu primer cliente? -preguntó Eileen, mordiendo una fresa, recién llegada del invernadero del hotel.

-Dentro de una hora.

-Probablemente eso sea lo mejor, ¿eh?

Él la miró y sólo pudo pensar que deseaba probar su boca manchada de fresas. Su cuerpo se tensó, asombrándolo incluso a él. Debería estar agotado, en cambio se sentía más despierto y vivo que nunca en su vida. Ella era como una descarga eléctrica. Hacía que su cuerpo pulsara y su sangre hirviera; no se había cansado aún, ni por asomo.

-Sí -murmuró-. Es lo mejor -sirvió más café en las dos tazas-. Hoy hay tres reuniones y mañana una.

-Entendido.

-Si quieres, después podemos salir. Hay un casino cerca. Quizá haya alguna actuación.

-Suena bien.

Rick dio un respingo al oír la tirantez de su voz. Diablos, incluso la suya sonaba tensa.

-Mira, no tenemos que ser tan educados y formales el uno con el otro -dijo, odiando la distancia que crecía entre ellos, aunque sabía que era mejor así. No tenía sentido seguir adelante cuando sabía que le diría adiós en una semana. Y él diría adiós.

Así actuaba siempre. No se quedaba lo suficiente para dar a una mujer la oportunidad de que lo dejara. Otra vez no. Nunca más.

-Lo hemos pasado bien -dijo-. Ahora se acabó. -De acuerdo -dijo ella, recostándose en la cabecera de la cama-. Somos adultos, ninguno de los dos está comprometido con otra persona. Nada nos impide seguir nuestro propio camino. Podemos hacerlo.

-Es una suerte que no vayamos a pasar otra noche como la de ayer -sonrió él.

-¿Por qué? -preguntó ella, agarrando la taza con ambas manos. Rick sonrió y tomó un sorbo de café, fuerte y caliente.

-Cuando la señora Hammond subió la bandeja del desayuno, me preguntó si había oído algo raro durante la noche.

-¿Raro? -Eileen abrió los ojos de par en par.

-Ajá. Parece que, justo antes de que empezara la lluvia, oyó un aullido.

-Oh, Dios -Eileen se llevó una mano a la boca.

-No te preocupes -rió y movió la cabeza-. Pensó que debía ser un coyote que había atrapado a un animal pequeño.

-¿Un coyote?

-Sí. Por lo visto, tu grito sonó exactamente como el de un conejo a punto de morir.

Ella le tiró una almohada a la cabeza.

-Bueno, esto de que se acabó el sexo no está funcionando.

-Sí, ya me he dado cuenta -Rick se dejó caer a su costado y se tumbó de espaldas, esforzándose por recuperar el aliento.

Desnuda, sobre la alfombra que había ante la chimenea, Eileen hizo una mueca de dolor y rebuscó con una mano. Sacó un bolígrafo de debajo de su trasero.

-Así que eso era.

-¿Eh?

-El bolígrafo que perdió tu último cliente -lo alzó para que lo viera-. Lo he encontrado.

-¿Qué diablos estamos haciendo, Ranita? -preguntó Rick, tras soltar una carcajada.

-Ni idea, Hawkins -dejó caer la mano con el bolígrafo sobre su abdomen-. Pero si no lo averiguamos pronto, acabaremos matándonos el uno al otro.

El último cliente había abandonado el hotel tan sólo una hora antes, y Eileen y Rick ya estaban desnudos y exhaustos. El ardor sexual aún flotaba en el ambiente y Eileen volvió a sentir una oleada de necesidad empezando a crecer en ella. Si seguían así, no tendrían fuerzas para regresar conduciendo a casa.

Habían conseguido sobrellevar el día, aunque la tensión entre ellos casi podía mascarse. Eileen había tomado notas, las había mecanografiado y había ayudado a Rick a redactar los informes necesarios para que dos de sus clientes diversificaran sus inversiones. Había charlado amablemente y evitado la mirada de Rick. Había notado que la observaba mientras los clientes iban y venían. Ella había sonreído y hecho amistad con lo ancianos que, uno tras otro, le habían asegurado que Rick Hawkins era un gran partido. Listo y rico.

Por supuesto, cada vez que la conversación había tomando ese rumbo, había notado que los ojos de Rick se cerraban como persianas.

Como si se distanciara de la conversación, aunque era obvio que los hombres bromeaban. Eileen había sentido la necesidad de decirle que estaba a salvo, no estaba interesada en un «buen partido», ni en ningún otro tipo de partido. Pero no le había parecido apropiado hacerlo delante de sus clientes; cuando se quedaron a solas... el tema no había surgido.

-En fin -dijo él finalmente-. Nuestro pacto de una noche se ha ido al cuerno.

-Está claro -asintió ella.

-¿Hacemos otro pacto de una noche? -Técnicamente, eso sería un pacto de dos noches.

-Bien. Dos noches. Lo que sea.

-¡Ehh! -giró la cabeza hacia él-. ¿La falta de sueño te ha puesto de malhumor?

-No -la miró a los ojos-. No es exactamente dormir lo que me apetece.

-Ni a mí tampoco -admitió ella, sintiendo un cosquilleo en el estómago-. Pero antes de que esto se convierta en El Fin de Semana Perdido, más vale que fijemos algunas reglas.

-Siempre es bueno definir reglas -él se puso de lado y apoyó la cabeza en la mano. Eileen soltó una risita, esa frase definía la personalidad de Rick.

-Imaginaba que dirías algo así -ella también estaba de lado, mirándolo. Las llamas bailoteaban en la chimenea, detrás de él, e iluminaban las puntas de su cabello, casi como si llevara una aureola.

Pensar en Rick Hawkins con una aureola, la decidió. ¡Tenía que fijar reglas inmediatamente! Rick estiró un brazo con indolencia y le acarició un pecho. Eileen inspiró y soltó el aire con un silbido.

-Primera -dijo, más alto de lo que pretendía-, nada de compromisos.

-De acuerdo -aceptó él, mirándola con los ojos entrecerrados-. No busco nada permanente.

-Yo tampoco -captó un chispazo de sorpresa en sus ojos y atacó-. ¿Qué? ¿Acaso crees que todas las mujeres que conoces pretenden cazarte?

El alzó una ceja, expresando todo un de comentarios con ese gesto.

-Puedes estar tranquilo, Don Fantástico -le aseguró-. Estás totalmente a salvo.

-¿Qué significa exactamente «nada de compromisos»? -inquirió él, ignorando su comentario.

-Supongo que significa que disfrutamos de lo que hay mientras dure -Eileen tragó saliva cuando sus dedos le pellizcaron un pezón.

Cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos-. Cuando uno de nosotros se canse, se acabó. ¿Hay trato?

-Trato hecho.

-¿Nos damos la mano para sellar el pacto?

-No, se me ocurren mejores maneras de hacerlo -dijo él, con media sonrisa.

El resto del fin de semana fue un desdibujo. Bueno, pero desdibujo al fin y al cabo.

El domingo por la tarde, Eileen entró en su casa, dejó la maleta en el vestíbulo y se dejó caer en el desgastado y mullido sofá. Los cojines de plumas la rodearon como un abrazo. Apoyó los pies en la mesita de café, se puso las manos en la cara y pensó en las consecuencias de haber aceptado ese trabajo temporal.

Dios sabía que no lo había planeado. Nunca habría adivinado que Rick Hawkins sería el hombre que la encendería como un árbol de Navidad. No había pensado que el favor de dos semanas que le había hecho a su abuela se convertiría en... dejó caer las manos. ¿En qué? ¿Qué había ocurrido exactamente? ¿Un fin de semana caliente?

Si al final no era más que eso, una parte de ella lo lamentaría. No quería tener una relación pero, por otro lado, hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre. Mucho tiempo sin sentirse... cerca de alguien. Y le gustaba. No sólo por el sexo, aunque Rick era todo un experto, era más que eso. Era reírse con él, hablar con él, compartir tentempiés a medianoche y sestear ante la chimenea. Eran los paseos por las colinas y escuchar cómo explicaba los mercados de valores.

Eran demasiadas cosas que no había esperado. No se había sentido así desde que rompió su compromiso con Robert Bates. Eileen frunció el ceño, agarró uno de los cojines de cuadros verdes y lo apretó contra su pecho. Robert había sido su novio en la universidad. Cuando se conocieron, él empezaba Medicina, y habían hecho planes de futuro. Habían hablado de su boda, de su vida en común, e incluso de cuántos hijos tendrían: tres, dos niños y una niña. Cuando ella se graduó, Robert sugirió que esperaran un poco. Prefería que ella empezara a trabajar. Podían vivir juntos y ella lo mantendría mientras él acababa la carrera. Después, si todo iba bien, se casarían.

Eileen echó la cabeza hacia atrás con un suspiro. Recordó la cara de sorpresa de Robert el día que regresó del trabajo antes de tiempo. Por supuesto, la chica sobre la que estaba, también se sorprendió, pero sólo recordaba la expresión de Robert. No era de dolor, derrota o siquiera culpabilidad. Era de ira. Estaba enfadado con ella por no estar en el trabajo, por no ser la vaca obediente que él pretendía que fuese.

Eileen agarró toda la ropa que pudo y salió, dejando a Robert y a su conquista donde los había encontrado. Esa fue la última vez que entregó su corazón; se había jurado no volver a hacerlo.

-Pero esto es distinto -arguyó, en la habitación vacía-. Mi corazón no tiene nada que ver... son sólo mis hormonas.

Sus palabras resonaron en el silencio y ni siquiera ella consiguió creerlas del todo. Pero lo haría. Sólo tenía que recordarse continuamente que toda la situación era temporal.

-Sí -dijo, levantándose del sofá-. Eso funcionará.

8

-Ha llamado tu abuela -dijo Eileen, asomándose al despacho de Rick, el lunes por la mañana.

-¿En qué línea está? -Rick alzó la cabeza.

-No, ha llamado -repitió ella-. En pasado. Se apoyó en el umbral de la puerta, cruzó los brazos y lo miró-. Me pidió que te dijera que no tenía tiempo de hablar. Ha reservado un viaje de tren de «Paisaje otoñal» de última hora, y tenía que ir a comprarse ropa.

Rick se sonrió. Su abuela nunca cambiaría. Trataba la vida como una aventura. Nunca se preocupaba de planificar nada. Pensaba que las cosas no eran divertidas si no eran espontáneas. A eso se había debido su viaje para ver el lanzamiento espacial y, por lo visto, a ver hojas de otoño.

-¿Cuándo regresará?

-No estaba segura -Eileen soltó una risa-. Me dijo que había intentado convencer a mi abuela para que fuese con ella.

-¿Y va?

-No -Eileen se estiró y fue hacia la mesa-. Cuando mi abuela hace un viaje, le gusta ir a comprar mapas de carreteras y guías meses antes. Dice que la mitad de la diversión está en planificar la ruta.

-Tu abuela planifica, la mía es un espíritu libre -murmuró él. Se recostó en la silla y la miró-. ¿Has pensado alguna vez que quizá nos cambiaron al nacer?

-Es una posibilidad. Yo solía planificar las cosas, pero dejé de hacerlo.

-¿Qué tal has dormido? -preguntó él, con voz tan profunda que Eileen sintió un escalofrío de excitación.

-De maravilla. ¿Tú?

-Fenomenal.

-Bien.

-Bien -repitió él, clavando los ojos en los suyos-. Eché de menos...

Ella contuvo la respiración

-...el desayuno en la cama-acabó él.

-Yo también.

-Contigo, quiero decir -Rick se puso en pie y rodeó la mesa-. Eché de menos un montón de cosas. Como oír tu respiración en la oscuridad.

-Rick...

-Eché de menos estirar el brazo y encontrarte a mi lado, caliente y

dispuesta.

-Ya, bueno -admitió Eileen-. Yo eché de menos que me buscaras.

-Entonces, ¿qué vamos a hacer?

-Supongo que seguiremos con el pacto un tiempo más, ¿no?

-¿Es eso lo que quieres? -preguntó él.

-Depende. ¿Es lo que quieres tú?

Él la agarró de la mano y tiró hacia sí, acercándola lo suficiente para que sintiera la presión de su sexo en el abdomen.

-¿A ti qué te parece? -dijo.

-De acuerdo, entonces -Eileen sintió que su cuerpo estallaba en llamas-. Después del trabajo. ¿En mi casa?

-Después del trabajo -repitió él, soltándola con desgana-. Ahora debería mirar los informes de Baker -dijo, volviendo a su silla.

-Eso es -dijo ella, se dio la vuelta y salió. Notó que él observaba cada uno de sus pasos.

Dos horas después, Rick estaba encerrado un cliente y el teléfono de Eileen sonó.

-Financiera Hawkins.

-¡Hola, cariño!

-Hola, abuela -Eileen sonrió.

-¿Cómo te va?

Eileen abrió la boca, la cerró y se detuvo para pensar. No sabía cómo describir la situación.

-Me va... bien -era una respuesta segura, aburrida y tan alejada de la verdad como era posible. Pero, ¿qué otra cosa podía decirle a su abuela? No podía decir que el sexo con Rick era fantástico. Santo cielo.

Su abuela, cuando se recuperase del infarto, la llevaría arrastras a la iglesia y la obligaría a postrarse ante el altar. No. A veces una mentira cómoda era mejor que la verdad.

-Bien. Sabía que todo iría bien en cuanto fueras capaz de olvidarte del trauma de infancia: «Rick era malo conmigo».

-¿Trauma? -Eileen se apartó el auricular de la oreja y lo miró pensativa, con los ojos entrecerrados. Después lo acercó de golpe-. ¿Has estado viendo ese programa tertulia otra vez?

-El doctor Mike es un hombre muy listo -respondió su abuela.

-Ah, apuesto a que sí -rezongó Eileen con voz seca. El psicólogo de la tele favorito de su abuela, tenía respuestas para todo; desde cómo recuperar el cabello a cómo dejar los pañales, y no tenía reparos en compartirlas con su audiencia. Las mujeres como su abuela lo adoraban.

-Simplemente, intenta ayudar a la gente a que comprenda y se

enfrente a sus miedos -hizo una pausa-. Deberías pensar en verlo alguna vez, cariño.

Eileen suspiró y apartó las manos del teclado. Echó una ojeada a la puerta del despacho de Rick, seguía cerrada.

-No tengo miedos a los que enfrentarme, abuela. Pero gracias por pensar en mí.

-Las personas que sufren de fobia al compromiso siempre dicen eso.

-¿Qué? -se le abrieron los ojos de par en par y Eileen se puso una mano delante, para evitar una nueva búsqueda de lentillas.

-El doctor Mike dice que la gente que tiene miedo de que le hagan daño, debería arriesgarse de todas formas. Es más saludable.

-Al doctor Mike que le den...

-¡Eileen Ryan!

-Abuela -contrita, Eileen recordó dónde estaba y bajó la voz-. Lo siento. Pero, lo digo en serio, deja de intentar curarme viendo la televisión. Y, no necesito cura. No me ocurre nada.

-Nada que un marido y unos hijos no puedan solucionar -discutió su abuela. Eileen se golpeó el pecho con la barbilla, su abuela llevaba unos cuantos años con la misma cantinela.

-No todas las personas tiene que vivir felices y comer perdices, ¿sabes? Algunas no quieren hacerlo.

-Ya, pero tú sí quieres. Sé que te sientes sola, Eileen. ¿Crees que no noto cómo miras a Bridie y a su familia? ¿Crees que no veo las lágrimas en tus ojos cuando tienes en brazos al bebé?

Eileen soltó un suspiro. Era cierto que a veces sentía lástima de sí misma. Pero eso le pasaba a todo el mundo. No la convertía en una cliente potencial del doctor Mike. Sólo demostraba que era humana. Envidiaba un poco la felicidad de Bridie, pero ella también era feliz. Su vida era justo como quería que fuese.

-Mira, abuela -dijo rápidamente-. Tengo que dejarte. Rick necesita algo -se justificó ante los dioses diciendo que era una mentira pequeña, pero sabía que le estaban poniendo una crucecita negra en el alma. Mentir a ancianas dulces y cariñosas se veía con muy malos ojos en el mundo del karma.

-Bueno, bueno, no quiero retenerte -dijo su abuela, con un tono que indicaba claramente que no estaba dispuesta a colgar todavía.

-Te llamaré más tarde. -Ven a cenar.

-Yo... no puedo -rechazó, recordando que iba a estar ocupada después del trabajo-. Pero te llamaré. Lo prometo.

-De acuerdo, pero de veras pienso que deberías...

-Tengo que irme, abuela. En serio -Eileen se inclinó sobre la mesa y siguió hablando mientras bajaba el auricular hacia su base-. De verdad. Tengo que colgar -su abuela seguía hablando-. Adiós.

Colgó el teléfono, sabiendo que más tarde tendría que pagar por hacerlo.

Se recostó en la silla y pensó en todo lo que le había dicho su abuela. Era cierto que a veces se sentía sola, como todo el mundo. Pero, en conjunto le gustaba su vida. Era divertida, intensa. Justo como ella quería. Le gustaba la casa vacía. El silencio. Disponer de su tiempo libremente silencio.

Se preguntó por qué, entonces la alegraba tanto que Rick fuera a ir a verla después del trabajo.

La pequeña casa de la playa era justo cómo Rick había imaginado la casa de Eileen. La parte delantera era de madera y piedra. Debía tener al menos sesenta años, y las barandillas del porche y las balaustradas de piedra, talladas a mano, tenían mucho encanto.

Rick aparcó su lujoso coche y se quedó un momento observando el lugar. A muy pocas manzanas de la playa, la casa estaba rodeada de verdor y flores otoñales Pintada de color amarillo cálido, con remates en verde oscuro, tenía un aspecto muy acogedor. En el porche había muebles de mimbre de color blanco, y la lámpara del techo emitía una suave luz rosada. Era típico de Eileen no poner una simple bombilla blanca, tenía que ir más allá.

Metió la mano en el coche, sacó la botella de vino blanco frío que había llevado y recorrió el sendero bordeado de rosales que llevaba a la casa.

Se encontró preguntándose de que color serían las flores cuando salieran en verano. Inmediatamente, desechó el pensamiento. No alargaría la relación lo suficiente corno para verlo.

Rick sonrió mientras subía los cinco escalones que llevaban a la puerta. El cemento estaba pintado. De alguna manera, Eileen había pintado el porche y los escalones como si fueran una desvaída alfombra oriental de flores. Era fantástico, pero se preguntó cómo se le había ocurrido la idea. Nadie pintaba alfombras en el cemento.

La puerta se abrió. Eileen tenía el pelo suelto, y caía sobre sus hombros en suaves ondas de color rojo dorado. Llevaba una camiseta blanca de tirantes y unos vaqueros cortos. Tenía los pies descalzos y sus piernas parecían increíblemente largas. Empezó a salivar y se olvidó por completo de la alfombra pintada del porche. Se olvidó del nuevo cliente que había conseguido en el almuerzo. Se olvidó del vino

que llevaba en la mano. Sólo podía centrarse en ella y, que el cielo lo ayudara, en el efecto que tenía sobre él.

-Hola -Eileen sonrió y Rick se quedó sin aliento.

-Hola -respondió.

-¿Eso es para mí? -preguntó ella, señalando el vino.

-Sí.

-¿Quieres tomar un poco ahora? -preguntó ella, apartándose para dejarle entrar.

-No tengo sed -dijo él, entrando y cerrando la puerta a sus espaldas.

-Yo tampoco -dijo ella, quitándole el vino y dejándolo en el sofá.

-Me alegro -masculló él, la agarró y la rodeó con sus brazos, como si se le fuera la vida en ello. Y quizá, en ese momento, era verdad.

Ella se puso de puntillas y se encontró con su boca, que bajaba a besarla. Entreabrió los labios y la lengua de él la penetró, exigiendo, desvalijando, llevándola de nuevo a ese umbral de deseo que tan bien había llegado a conocer.

Rick apartó la boca y dibujó un camino de besos calientes y húmedos en su cuello. Ella gimió suavemente, agarrándose a sus hombros y arqueándose hacia él. Sus manos le levantaron la camiseta y agarraron sus pechos; después sus dedos la acariciaron, pellizcaron y cosquillearon con insistencia.

Ella inspiró entre dientes y contuvo el aliento, como si tuviera miedo de no volver a respirar. Rick le mordisqueó la nuca, lamió la vena que latía acelerada en la base de su cuello y sintió cómo su propio corazón se disparaba y acompasaba al ritmo salvaje del de ella.

Alzó la cabeza y siguió acariciando sus pezones, para ver cómo los ojos de ella, resplandecientes, se cubrían con un velo de deseo.

-¿Dormitorio?

Eileen se pasó la lengua por los labios, parpadeó un par de veces, e intentó centrar la vista en su rostro. Alzó una mano y señaló.

-Por allí.

-Vamos -se agachó lo suficiente para colocan un hombro en su estómago. Después se irguió, doblándola sobre su espalda.

-¡Eh! -ella apoyó las manos en su espalda y se irguió-. ¿Qué esto de la vuelta a los tiempos de las cavernas?

-Es más rápido así -replicó él, dándole un azote cariñoso en el trasero.

-De acuerdo -dijo ella, dejándose caer contra su espalda-. Siempre que haya una buena razón.

Rick cruzó la sala sin mirarla. En ese momento, no le interesaba la decoración. Lo único que le interesaba era Eileen. Y la dulce

satisfacción que únicamente había encontrado con ella. La necesitaba, maldita fuera.

No quería eso. No lo había planeado.

Pero el fin de semana se había convertido en algo... importante. La apretó con más fuerza al darse cuenta, pero decidió no considerar las implicaciones que podía haber tras esa palabra, «importante».

Miró a través de una puerta abierta. Azulejos verdes y una cortina de plástico con palmeras y loros. Era el cuarto de baño.

-Gira a la izquierda -dijo ella, al notar que paraba. Él lo hizo-. No, a la otra izquierda -corrigió ella-. Mi izquierda. Esto de dar direcciones boca abajo es un asco.

El entró en el dormitorio, vio la cama de matrimonio, cubierta con una colcha azul y blanca e ignoró todo lo demás. Había una lámpara encendida en la mesilla, que emitía una suave luz amarilla. Se inclinó y la dejó caer sobre el colchón. Ella soltó una carcajada al rebotar un par de veces.

-No hay nada como un cavernícola -dijo, estirándose en la cama como un gato.

-Me alegra que me des tu aprobación.

-Oh, sí.

Eileen lo miró con ojos brillantes de pasión. Tenía un aspecto diferente. Llevaba un jersey negro y pantalones vaqueros; la ropa informal hacía que pareciese más asequible. Los trajes que solía utilizar eran casi como una coraza bien cortada, que lo aislaba del mundo. Por lo visto, esa noche había pasado por casa para cambiarse. Por mucho que apreciara el detalle, quería que se quitara esa ropa. Inmediatamente.

Como si hubiera oído sus pensamientos, él se arrancó el jersey y lo tiró a un lado. La luz de la lámpara definió su ancho pecho y ella sintió un escalofrío. Mientras se quitaba los vaqueros, a Eileen se le aceleró la respiración y su cuerpo se tornó caliente y húmedo, dispuesto para recibirlo.

Él se arrodilló en la cama, junto a ella y la levantó del colchón para quitarle la camiseta. Después se inclinó hacia sus pechos y empezó a besarlos, primero un pezón y luego el otro, probando, lamiendo, iniciando otra larga escalada hacia un placer sin límite.

Eileen gimió, enredó los dedos en su pelo y luego deslizó las manos hacia sus hombros, su espalda. Él alzo la cabeza y la miró a los ojos.

-Te he echado de menos, diablos -admitió-. A pesar de que hemos trabajado juntos todo el día, te he echado de menos.

-Sí -dijo ella, poniendo una mano en su mejilla-. Lo sé. Yo he sentido lo mismo.

-Eso significa que...

-Que me maten si lo sé -Eileen tragó aire cuando él llevó la mano a la cinturilla de sus pantalones cortos. Lo contuvo mientras él desabrochaba el botón, bajaba la cremallera y después los deslizaba, junto con la ropa interior, piernas abajo. Se libró de ambas prendas de una patada. Sólo sé que te deseo. Un montón.

-Ahora mismo estoy contigo, Ranita -dijo él. Sus labios se curvaron con esa sonrisa que enloquecía a Eileen.

Ella se rió mientras él se tumbaba sobre ella. Se abrió para él, dándole la bienvenida. Aún sonriendo, pegó las caderas a las suyas y se rindió al intenso placer que creaba en su interior. Miró sus ojos y vio en ellos algo más que simple deseo. También vio calidez, humor y ternura.

Las sensaciones la recorrieron como un torbellino y, cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, comprendió que Rick y ella habían cruzado una frontera en algún momento. Habían pasado de la mera pasión y deseo a un punto en el que las cosas podían complicarse. Entre ellos había algo más que deseo. No sabía cuánto más.

Él empezó a empujar con más fuerza, más rápido, y se olvidó de pensar. Se concentró en el momento. En los dos, solos, iluminados por una luz suave mientras su cuerpos se reclamaban el uno al otro y sus respiraciones se fundían en una.

Cuando sitió que las primeras llamas incendiaban su sangre, se abrazó a él con fuerza, clavándole las uñas en los hombros. Gimió su nombre y, un momento después, él se puso rígido y encontró su propia culminación. Eileen lo abrazó fuertemente mientras, juntos, iniciaban una infinita caída libre.

Dos días después estaban de nuevo en su dormitorio, como habían hecho en todos los momentos en los que no estaban trabajando. Algo estaba ocurriendo entre ellos, pero ninguno estaba dispuesto a admitirlo y, menos aún, a hablar de ellos. En vez de eso, se dejaban llevar por las fantásticas sensaciones que los rodeaban. Se perdían en la magia. Habían encontrado más de lo que esperaban, más de lo que querían reclamar.

A Rick lo preocupaba que la relación se estuviera complicando demasiado, pero era incapaz de mantenerse alejado de ella. En un diminuto rincón racional de su mente, una vocecita le advertía que debía empezar a distanciarse. A escapar de Eileen y el peligro que representaba.

Pero no podía hacerlo. Aún no.

Lo haría. Tenía que hacerlo. Pasara lo que pasara, no estaba dispuesto a ponerse en una situación en la que una mujer tuviera el poder de aplastarlo de nuevo. Había tiempo. Todavía tenía tiempo para disfrutar de lo que había encontrado, antes de tener que renunciar a ello.

Volvió a moverse en su interior, balanceándose, llevándolos a ambos al límite. Después, con una última embestida, Rick sintió como ella fundía su cuerpo con el suyo, observó sus pupilas dilatarse y oyó cómo susurraba su nombre mientras empezaban sus espasmos; sólo entonces se permitió a sí mismo buscar la cima que necesitaba desesperadamente.

Unos minutos después se dejó caer a su costado y soltó un gruñido.

-Maldición.

Eileen intentaba recuperar el aliento y que los latidos de su corazón volvieran a la normalidad. Se volvió hacia él con una sonrisa satisfecha en el rostro.

-Rick, ¿es posible que algo vaya mal?

-El preservativo se ha roto -dijo él con rostro tenso. Ella abrió los ojos de par en par y la vio palidecer.

- Oh, oh.

-Eso lo dice todo -sentía una opresión en la boca del estómago, pero aún había una esperanza-. Dime que tomas la píldora.

-¿Quieres que mienta en un momento como este?

-Maldición.

-Oye -dijo ella, agarrando la colcha para taparse-, hacía un par de años que no estaba con nadie -lo tapó también a él-. No iba a estar tomando la píldora cuando no había ninguna necesidad.

-Entendido -se pasó una mano por el pelo y apretó la mandíbula-. Vamos a echar cuentas. ¿Cuándo tuviste el periodo la última vez?

Eileen miró el techo e intentó concentrarse. Le resultaba difícil pensar cuando su cuerpo aún no había dejado de vibrar. Pero lo intentó. Mentalmente, contó. Después volvió a contar. Lo hizo una vez más. «Oh, Dios», pensó. Titubeó y comprendió que no había forma fácil de decirlo.

-Fue, erm..., debió empezar hace tres días.

-Oh, oh.

9

-¿Cuánto tarda?

-Tres minutos, ¿vale? -Eileen le lanzó a Rick una mirada peligrosa. Ya se lo había dicho varias veces pero, por lo visto, no tenía efecto. En cierto sentido, lo entendía. Ella también sentía una mezcla de pánico, miedo y nerviosismo e incluso, si era totalmente sincera consigo mismo..., expectación.

Estaba a punto de descubrir si iba a ser madre. Madre. Ella. Había renunciado a ese sueño en concreto cuando se encontró con Robert bailando en horizontal con la chica de la semana. A Eileen le encantaba ser la tía de los hijos de Bridie, y hacía tiempo que se decía que eso era suficiente. Que no necesitaba dar a luz para sentirse realizada. Pero, obviamente, se había engañado, porque estaba allí deseando que la prueba fuera positiva y la aterrorizaba admitirlo. Inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio.

-Tres minutos, repitió.

-Los tres minutos más largos de mi vida -masculló Rick, paseando arriba y abajo por el corto pasillo que había fuera del baño.

-En contra de lo que piensa la gente -dijo ella, observando cómo daba la vuelta de nuevo-, gritarle a la gente no hace que el tiempo vuele.

-Perdona -se detuvo y la miró-. Es sólo que...

-Ya, lo sé -Eileen apoyó un hombro en la jamba de la puerta y, con esfuerzo, se resistió a mirar el test de embarazo que había en la encimera. Pronto lo sabría. Entonces llegaría el momento del pánico, y de tomar decisiones. Quizá, incluso, de levantar a Rick del suelo cuando se desmayara.

Lo vio mesarse el cabello con fuerza suficiente para arrancárselo de cuajo y se dijo que no estaba siendo del todo justa. Podía haberle dicho que era problema de ella y haber desaparecido, pero no había sido así. En lugar de eso, después de descubrir el fallo del preservativo, se había vestido y había ido a la farmacia a comprar un test de embarazo. Y estaba esperando el resultado con ella.

Por supuesto, ella sabía perfectamente la respuesta que esperaba. Casi lo veía recitando fervientes plegarias a todas las deidades de la fortuna.

-Que uno se rompiera, no implica que todos los demás fueran defectuosos -dijo Rick, y ella estuvo segura de que hablaba para sí mismo.

-En cualquier caso, los preservativos no garantizan un cien por cien

de efectividad -contestó.

-Gracias por puntualizar -rezongó él. Eileen encogió los hombros y cruzó los brazos.

-Solo digo que...

-¿Que quizá la tienda de una gasolinera no fuese el mejor lugar donde compra protección? -interrumpió él.

Eileen sonrió. Tenía el estómago atenazado y le temblaban las manos, por eso había cruzado los brazos. No tenía por qué hacer ostentación de su propio nerviosismo.

-Está claro que no sirve de nada arrepentirse ahora. Lo que sea, ya está hecho.

-Lo sé -se volvió hacia ella, apoyó la espalda en la pared y clavó los ojos en la puerta del baño. Cuando saltó la alarma, los dos dieron un salto. Él dio un paso, se detuvo, y la dejó adelantarse. Eileen apretó el botón del cronómetro, porque el zumbido le estaba agujereando la cabeza. Levantó la varilla cuidadosamente, como si hubiera riesgo de explosión.

-¿Miramos juntos? -le preguntó por encima del hombro.

-Juntos -asintió él.

Ella miró el recuadro donde aparecían los resultados y vio la cruz rosa. Se le encogió el estómago. Oyó que él inspiraba con sobresalto. Sus dedos se aferraron al plástico.

-Como es rosa, ¿supones que será niña?

Si Rick hubiera sabido cómo hacerlo con eficacia, se habría dado de patadas en el trasero. Era un estúpido. Estúpido, descuidado y... atrapado.

Sentado a la mesa para dos, observó a Eileen moverse por la pequeña y acogedora cocina. Ya había hecho café y estaba llevando a la mesa tazas y un plato de galletas de chocolate caseras. No había dicho una palabra en quince minutos y el silencio empezaba a resultar incómodo. Rick sabía que no podía culparla por no hablar. Diablos, él tampoco sabía qué decir. No le parecía adecuado disculparse, pero era obvio que darle la enhorabuena estaba totalmente fuera de lugar.

Ella por fin se sentó frente a él, sirvió el café, tomó una galleta y procedió a desmigarla con nerviosismo.

-Tenemos que hablar de esto -Rick estiró el brazo por encima de la mesa y puso una mano sobre la suya.

Ella alzó la cabeza y Rick intentó leer las emociones que reflejaban sus ojos verdes como un prado. Pero cambiaban tan rápidamente que era imposible hacerlo.

-Mira, Rick -dijo ella un minuto después-. Sé que intentas ayudar pero, sinceramente, no quiero hablar de esto ahora.

-Pero tenemos que tomar decisiones.

-No voy a decidir nada esta noche -Eileen negó con la cabeza, sonrió y se recostó en la silla.

-Eileen, esto es serio.

-¿De verdad? -mordisqueó la galleta y tragó-. ¿Quieres decir que estar embarazada no es una broma? ¿Qué no todo es diversión y juegos? Guau. Se lo comunicaré a los medios informativos.

-Muy graciosa.

-No pretendía serlo -se acabó la galleta y tomó otra.

-¿Crees que comer chocolate es la respuesta?

-El chocolate lo soluciona casi todo.

-Esto no.

-He dicho casi. Además, merece la pena probar.

Él empujó su silla hacia atrás y las patas rechinaron contra el linóleo. Se puso en pie, rodeó la mesa, la agarró las manos y la obligó a levantarse.

Tenía los ojos dolidos, preocupados, y eso lo carcomía. Si ella no hubiera ido a ayudarlo, por hacerle un favor, no habrían vuelto a encontrarse y no estaría allí de pie, embarazada.

De su hijo. Esa frase botó en su corazón, estrellándose contra los bordes. Un hijo. Nunca había esperado ser padre. Al menos desde que su esposa lo abandonó. Cuando se casaron, se había convencido a sí mismo de que estaba enamorado. De que Allison y él construirían una familia juntos. Pero en muy pocos meses descubrió que Allison tenía el ojo puesto en su cuenta bancaria, no en su futuro.

Al marcharse, acabó con su sueños. Con las cenizas que quedaron, inició una nueva empresa y una nueva vida. Era una vida más solitaria de lo que había imaginado, pero al menos era justa. Nunca tendría que volver a ver a una mujer desaparecer de su vida.

De repente, las tornas habían cambiado. Una diminuta vida existía en el interior de Eileen, gracias a él. Lo quisieran o no, había ocurrido. Y no podía dejarlo de lado, marcharse. De ninguna manera iba a abandonar a su propio hijo, como habían hecho sus padres con él.

Dado que marcharse no era una opción, sólo podía hacer una cosa.

-Eileen -dijo, mirando esos ojos que lo habían hechizado desde el momento que la vio entrar en su oficina-, cásate conmigo.

-¿Qué? -Eileen parpadeó, sacudió la cabeza y parpadeó de nuevo.

-Me has oído.

-Sé lo que creo haber oído, pero el embarazo debe afectar al oído -intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza-. Estás alterado, no piensas racionalmente.

-¿Tú? -él soltó una carcajada y la dejó libre-. ¿Vas a enseñarme a

mí a pensar racionalmente?

-Alguien tiene que hacerlo -Eileen alzó la mano y se apartó el pelo de la cara. Se sentía atrapada. Con la espalda contra la pared, el frigorífico a un lado, la mesa al otro y Rick bloqueando su escape, le pareció que le faltaba el aire. Emociones reprimidas asaltaron su cuerpo, cerrando su garganta y velando sus ojos de lágrimas que no quería derramar.

Necesitaba tiempo a solas para pensarlo. Para enfrentarse a todo lo que estaba asolando su mente y su corazón. Estaba embarazada. Tenía un bebé en su interior. Vivo, creciendo. ¡Era increíble!

-¿Casarme contigo? -repitió, empujándolo para que la dejara-. Dios, Rick. Llevo unos diez minutos embarazada y tú, ¿quieres organizar una boda?

-Es lo correcto.

-Claro -dijo ella por encima del hombro, entrando a la sala-, si vives en una película de los años cincuenta.

Él estaba justo a sus espaldas y, de repente, la sala le pareció mucho más pequeña de lo normal.

-Eileen, ese bebé que llevas dentro es mío -insistió él, agarrándola del brazo y obligándole a mirarlo.

-Rick, es demasiado pronto para hablar de esto -necesitaba tranquilidad. Necesitaba pensar, planificar. Era increíble, ella, Eileen Ryan, la mujer que no había hecho planes en años, necesitaba hacerlos. Si no tuviera tanto miedo, se habría echado a reír.

-Bien -dijo él, dando un paso atrás, para controlarse y no agarrarla- de nuevo-. Es demasiado pronto. Pero... -esperó a que lo mirara-...necesito saber que hablarás conmigo antes de tomar ninguna decisión.

Tenía los rasgos tensos y Eileen comprendió que sentía el mismo torbellino interior que ella. Sonrió y puso la palma de la mano en su mejilla.

-Lo prometo. Sólo... dame un poco de tiempo, ¿de acuerdo?

Unas horas después, Eileen entró en Larkspur y cerró la puerta a sus espaldas. De inmediato, la envolvió el perfume de crisantemos, rosas, guisantes de olor y otras muchas especies, que llenaban la pequeña tienda.

Sartas de diminutas luces blancas delineaban las dos grandes ventanas que daban a la autopista, y llenaban de sombras la sala. En el centro de la habitación había cubos de metal con agua, llenos de flores que no necesitaban refrigeración para mantenerse frescas. A un lado de la habitación había vitrinas de cristal refrigeradas, en las que rosas, orquídeas y otras flores frágiles esperaban su oportunidad de ser

admiradas.

Apretó el interruptor y los fluorescentes eliminaron las sombras. Eileen fue hacia la habitación trasera, en la que almacenaban los utensilios. Había jarrones de cristal de distintas formas y colores en las estanterías. También había cinta de florista, tijeras, espuma rígida y todo lo necesario para montar los arreglos florales de fantasía que eran el sello distintivo de Larkspur.

Todo estaba perfectamente ordenado. El suelo estaba recién barrido y la basura generada durante el día ya llenaba el contenedor que había tras la tienda.

Eileen encendió la radio y escuchó una triste canción sobre amor y pérdida. Se quitó la sudadera y eligió uno de los jarrones. Trabajar con flores siempre la relajaba, le permitía pensar y dejar que su mente vagara mientras mantenía las manos ocupadas.

Tenía mucho que pensar.

El apartamento de Rick estaba a oscuras. Vacío. Dando la espalda a la sala, miraba el océano. Salpicaban la costa, islotes de perforación petrolífera, iluminados como paraísos tropicales y algunos barcos cabeceaban en la oscura superficie del agua.

El silencio empezaba a irritarlo. Estaba acostumbrado a estar solo y no recordaba que eso lo hubiera molestado antes de que llegaran los últimos diez días.

Desde entonces, siempre que estaba allí, sólo pensaba en marcharse. En ir al trabajo; dónde vería a Eileen, o mejor aún, en ir a su casa, dónde podía estar con ella. Allí, en su casa, se sentía vivo. Había calidez y alegría. Pasaban largas horas acurrucados en el sofá, viendo películas antiguas. Se oía música, que llegaba del patio del vecino y se oía a los niños jugar en la calle.

En cambio, allí… se dio la vuelta y miró la estrecha y medio vacía habitación. Después de su divorcio se había trasladado a ese apartamento, pensando que sería temporal. Pasaron los días y los meses y dejó de pensar en mudarse. Dejó de vivir, excepto para el trabajo. Hasta que llegó Eileen.

El miedo le mordió las entrañas, aunque no se atrevía a admitirlo. Cuando ella se marchara, y se iría, no sólo se llevaría la calidez que él acababa de descubrir, se llevaría a su hijo.

No podía permitirlo.

Tomó un sorbo de whisky y sintió cómo el líquido lo quemaba por dentro, pero supo que el calor no duraría. Desde que se había separado de Eileen, el frío le helaba los huesos.

Y sólo podía empeorar.

-Perdón -la pelota pasó rozando la oreja de su oponente, que agachó la cabeza. Rick hizo una mueca de contrición.

-Dios, ¿a quién intentas matar? -preguntó Mike Taylor-. ¿A mí? ¿O sólo a la pelota?

-Ni una cosa ni la otra -contestó Rick, yendo al lateral, donde había dejado la toalla y una botella de agua.

El partido de tenis no iba nada bien. Había pensado que le aclararía la cabeza. Que sudar un rato lo ayudaría a ordenar sus pensamientos. Pero, diablos, ni siquiera iba ganando. Normalmente a esas alturas iba muy por delante de Mike. En cambio, iba seis puntos por debajo y cayendo en picado.

Se limpió el rostro con la toalla, se la echó al hombro y vio a su amigo acercarse. Mike y él habían sido compañeros de habitación en la universidad. Era lo único que habían tenido en común. Rick estudiaba el mercado financiero y Mike diseñaba motocicletas para ricos ociosos. Era tan bueno en su trabajo, que él mismo se había hecho rico, aunque distaba de estar ocioso. Seguía construyendo las motocicletas él mismo, le gustaba estar activo.

-¿Qué es lo que ocurre? -Mike agarró su botella de agua y desenroscó el tapón.

-Nada.

-Seguro -Mike echó un trago largo y volvió a cerrar la botella-. Nunca juegas tan mal, amigo. Algo te ronda la mente.

-Le he pedido a Eileen Ryan que se case conmigo -contestó Rick, tras mirarlo en silencio. Mike se quedó tan tranquilo que Rick dudó de que lo hubiera oído. Hasta que su amigo le hizo una pregunta.

-¿Estás mal de la cabeza?

-Es muy posible -mascculló Rick.

-Pensé que juraste no casarte de nuevo cuando Allison te dejó, dolido y arruinado.

-Lo hice.

Mike resopló con sorna y se echó la toalla al cuello.

-Pedirle a alguien que se case contigo es una forma muy extraña de evitar el matrimonio, amigo. -Está embarazada.

-¿Estás seguro de que es tuyo? -Mike abrió los ojos azules de par en par y se frotó la mandíbula. Eso era lo único que nunca había preocupado a Rick. Eileen era demasiado honrada y abierta para mentir sobre algo así.

-Sí, segurísimo. -¿Va a tener el niño?

-No lo sé -Rick miró hacia un lado. El gimnasio estaba lleno; todo el mundo intentaba hacer un poco de ejercicio antes de encaminarse

al trabajo. Pero no le importaba lo que había a su alrededor.

Su mente estaba centrada, como había estado toda la noche, en Eileen. Y en su hijo.

Nunca había deseado ser padre, pero desde que el bebé existía, no podía soportar la idea de perderlo. Lo malo era que si ella decidía poner término al embarazo, no podía evitarlo. Cerró los puños con impotencia.

No quería una esposa pero, diablos, quería a su hijo.

Para finales de la semana, Rick estaba intentando controlar su mal genio con mano firme. De una manera u otra, Eileen había conseguido evitarlo esos últimos días. Iba a trabajar todos los días, a la hora justa. Era educada, eficiente y se cerraba por completo cada vez que intentaba hablar con ella del bebé, de ellos. Maldita fuera, siempre que no era un tema de trabajo.

Rick había intentado darle espacio. Se había tragado su impaciencia y sus preocupaciones. Miraba sus ojos verdes y, al ver su neutralidad, no forzaba el tema. No había vuelto a pasar por su casa, aunque lo estaba matando no hacerlo. La echaba de menos. Había pasado con el coche por su calle, lo suficientemente lento para ver sus ventanas iluminadas, pero no se había parado; no sabía si le daría la bienvenida o no. A decir verdad, no sabía si sería capaz de soportarlo si ella abriera la puerta y le dijera que se fuese.

Pero ya había esperado cuanto podía. Ese era el último día que trabajaría para él. El lunes habría una secretaria temporal en la oficina, y Eileen estaría de vuelta en su floristería; tan lejos de su mundo como si estuviera en Saturno.

Era entonces o nunca. Se levantó, cruzó su despachó y se detuvo en el umbral. Eileen sólo llevaba allí dos semanas, pero su presencia se había hecho notar. Había un jarrón de flores en su mesa, cojines de colores en el sencillo sofá color azul oscuro y sobre los archivadores colgaba una pequeña acuarela enmarcada en amarillo. Con unos cambios mínimos, había alegrado su sala de espera, haciéndola mucho más acogedora para los clientes.

Igual que, simplemente por ser quien era, había cambiado su vida.

Solía estar cómodo pasando las tardes solo, planificando el trabajo del día siguiente. Había concentrado todas sus energías en el negocio que era toda su vida. Pero últimamente, cuando no estaba con Eileen, estaba pensando en ella. No dormía por la noche porque su imagen nunca abandonaba su mente. La cama le parecía vacía y el silencio lo ensordecía. Nunca había pensado en tener una familia pero, en cambio, lo preocupaba un bebé que ni siquiera tenía el tamaño de una uña.

Sus ojos se clavaron en Eileen, de espaldas a él, con el auricular del teléfono en la oreja izquierda. El sol de la mañana entraba por los ventanales y la iluminaba con un suave resplandor. Parecía casi la imagen de un sueño. Pero Rick sabía, demasiado bien, lo real que era.

-De acuerdo, Paula -decía ella-. Estaré de vuelta en la tienda el lunes.

«Lunes», pensó él, comprendiendo que eso era casi inmediato. Si no la veía en la oficina todos los días, ¿cómo conseguiría hablar con ella? ¿Cómo podría impedir que se escapara de su vida, llevándose a su hijo?

-¡Eso es fantástico! -exclamó Eileen-. ¿La boda de los Baker? ¡Genial!

Su voz sonaba llena de júbilo, y su risa era como una melodía musical. Rick se cruzó de brazos y se apoyó en el umbral, disfrutando de su sonido. Cuando se marchara, sería imposible llenar el vacío que quedaría detrás. Maldición. Ni siquiera se había ido y ya la echaba de menos.

Eileen se dio media vuelta para tomar una libreta y un bolígrafo. Entonces lo vio.

-Hum, Paula, te llamaré después, ¿de acuerdo? -sonrió al teléfono-. Sí. Eso haré. Vale. Adiós. -¿Paula? -preguntó él cuando colgó el auricular.

-Es la encargada de mi floristería.

A Rick le importaba un cuerno quién fuera Paula, pero al menos Eileen estaba hablándole.

-¿Algún problema?

-No -replicó ella, rebuscando en su mesa. Por fin, encontró uno de los caramelos que Margo había dejado y le quitó el papel. Se lo metió en la boca y continuó-. De hecho, son buenas noticias. Hemos conseguido un contrato para una boda importante.

-Enhorabuena.

-Gracias -sus dedos se curvaron alrededor del envoltorio del caramelo. A Rick le molestó tanto que ni siquiera lo mirara, que estuvo a punto de explotar.

-Soy el jefe aquí -dijo-. No puedes ignorarme.

-No te estoy ignorando -dijo ella, echándole un vistazo-. Simplemente no me centro en ti; es distinto.

-Curioso, a mí me da la misma sensación.

-Ya, supongo que es posible.

Él se acercó a su espalda y empujó la silla con fuerza suficiente para hacerla girar y enfrentarlo a él.

-Habla conmigo.

Ella asintió y se puso en pie. Estaba cerca de él, muy cerca. Atrapada entre la silla y su cuerpo. Como era típico en Eileen, no intentó escapar sino que se encaró a él. Alzó la mano y a él se le paró el corazón, pensando que iba a acariciar su rostro. Pero ella se limitó a echarse el pelo detrás de la oreja, descubriendo sus sencillos aretes de plata que emitieron un guiño con el sol.

-Me estás agobiando -dijo. Con naturalidad, puso una mano en su pecho y lo empujó hasta que se apartó-. Te agradezco que no lo hayas hecho durante la semana, Rick.

-No ha sido fácil.

-Eso ya lo veo -dijo ella, tocando suavemente su mejilla-. Pareces a punto de explotar.

-Falta poco -replicó él, soltando el aire y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

-Pues no lo hagas. Todo va bien. 0... -lo pensó un momento-...irá bien. Voy a tener el niño.

A Rick volvió a latirle el corazón. Sabiendo eso, todo volvería a ocupar su lugar. Iría bien.

-Así que te casarás conmigo.

10

Eileen parpadeó. Durante los últimos días había pensado en poco más que en el bebé que llevaba en su interior y en la proposición que él le había hecho. Estaba convencida de que no había sido más que una reacción de pánico ante una situación que ninguno de los dos había previsto. Las primeras horas, llegó a plantearse cómo habría sido todo si lo hubiera dicho realmente en serio. Si la quisiera. Si se hubieran conocido y enamorado, después se hubieran acostado juntos, se hubieran casado y luego ella se hubiera quedado embarazada.

Había considerado la imagen de Rick, el bebé y ella, viviendo juntos para siempre en su pequeña casa de Laguna. Pero la realidad alzó su fea cabeza y rompió esa imagen en mil pedazos; una aventura temporal no era la mejor base para un matrimonio, incluso si Rick había hecho la oferta en serio.

Y no era así. Había sido una reacción automática. La verdad es que decía mucho sobre su carácter, pero ella no quería convertirse en su buena acción del día.

-Tienes que dejar de decir eso -le dijo.

-Quiero ayudar.

-Ayudar es fregar los platos, no casarte.

-Yo no friego platos.

-Muy agudo -sonrió Eileen-, pero no voy a casarme contigo.

El rostro de Rick se contrajo de frustración, pero sólo unos segundos, inmediatamente probó otra táctica.

-Pero, ¿qué me dices del bebé? ¿Vas a...?

-Voy a criarlo yo -se llevó un mano al vientre, con un gesto protector que él captó perfectamente.

-Me alegro -su rostro se tensó y entrecerró los ojos-. Pero también es hijo mío.

-Sí, pero ahora mismo es más mío que tuyo.

–Y yo no tengo derecho a dar mi opinión.

-No he dicho eso.

-No permitiré que me cierres las puertas, Eileen. Ella se agachó, abrió el último cajón y sacó su bolso. Lo abrió y rebuscó en su interior.

-Los dos entramos en esto diciendo que no habría compromiso. ¿Te acuerdas? Dijimos que cualquiera podía terminar la relación cuando quisiera.

-Eso fue entonces -protestó él-. Ahora es distinto. No somos sólo

nosotros dos. Hay por medio un bebé. Eso sí que es un compromiso.

Ella cerró los dedos alrededor de las llaves del coche y las sacó lentamente del bolso. Alzó la vista y luchó por no pensar en lo que la inquietaba. Pero no podía evitarlo. Una vez más, no la querían por sí misma. Rick no quería casarse porque estuviera locamente enamorado. Ni porque no pudiera soportar la idea de no compartir su cama con ella. No. Sólo la quería porque llevaba a su hijo dentro. Le dolía mucho admitirlo, pero era mejor enfrentarse a la realidad: a nadie podía irle bien un matrimonio de ese tipo.

-Cierto. Pero un bebé no es razón suficiente para casarse.

Él soltó una carcajada amarga, pero sus ojos no expresaron ni un ápice de humor. Se mesó el cabello, dio un par de zancadas y volvió junto a ella. -Curioso. Eso mismo pensaron mis padres.

Eileen hizo una mueca al notar el eco de dolor que teñía su voz. Los ojos de Rick se llenaron de sombras, pero ella percibió que establecía una distancia emocional, no quería su compasión. A pesar de todo, no pudo resistir la oleada de cariño que surgió en ella.

-Rick...

-No se molestaron en casarse. Tampoco se molestaron en criarme -se le tensó la mandíbula mientras seguía hablando. Eileen casi sintió físicamente, cómo se apartaba de él-. Me colocaron con mi abuela y cada uno siguió su camino.

-Rick, lo siento.

-No necesito tu compasión, gracias. Lo que quiero es ser el padre de mi hijo.

Eileen le puso una mano en el antebrazo, deseando tranquilizar al niño que había sido una vez, y al hombre que tenía ante sí.

-Lo serás. Simplemente, no estarás casado con su madre.

Un par de horas después, acurrucada en su sofá, Eileen volvió a intentar asimilar lo que había ocurrido. En sólo un par de semanas había vuelto a estar en contacto con Rick, había encontrado al amante de sus sueños y había acabado embarazada. Era todo un récord.

Hundió la cuchara en el enorme helado de chocolate con nata que se había preparado y saboreó el dulce y suave sabor. Se preguntó por qué tenía que haber sido ella la que establecía ese tipo de récord; habría resultado más cómodo saltar a la comba durante ciento ochenta y siete días.

Volvió a hundir la cuchara en el helado y recordó el rostro de Rick cuando ella salió de la oficina, dejándolo solo. Al ver la soledad y resignación de sus ojos, casi estuvo a punto de volver a su lado. A punto.

Pero recordó algo importante. Él no la quería por sí misma, la

quería por el bebé. Sintió la desilusión como una puñalada. Quizá si se lo hubiera pedido de otra manera. Quizá si le hubiera dicho que lo que había entre ellos era algo más que físico. Quizá si...

Oyó un golpe en la puerta y se retorció en el asiento. ¿Sería Rick? Se le contrajo el estómago y se debatió entre el placer y la impaciencia, al pensar que iba a su casa a insistir de nuevo. No quería seguir negándose, pero tampoco podía decirle que sí a un hombre que no la quería a ella. Volvieron a llamar a la puerta, con más insistencia, y Eileen decidió ignorarlo. Al fin y al cabo, no tenía por qué abrir.

-¡Eileen Honora Ryan! -la voz de su abuela resonó alta y clara-. Abre la puerta inmediatamente. Eileen dejó el helado en la mesa y corrió hacia la puerta. La abrió de golpe y estuvo a punto de que Maggie Ryan la golpeara en la nariz con los nudillos.

-¿Abuela? ¿Qué ocurre?

La anciana tenía el rostro teñido de rubor y sus ojos destellaban. Entró en la casa y le lanzó a Eileen una mirada que ella no había visto desde que estaba en el colegio y forró el coche de su profesora de Historia con papel higiénico.

-¿Abuela? -sus ojos siguieron a la anciana que entró a la sala, se volvió y la miró con furia.

-¿Qué es eso de que no vas a casarte con Rick Hawkins?

Eileen cerró la puerta, conteniéndose para no dar un portazo. El muy chivato había jugado sucio. Ir a decírselo a su abuela era indigno, y él lo sabía.

-Te lo ha contado.

-Ha hecho lo honorable -la abuela se puso las manos en las caderas y golpeó el suelo con el zapato-. Ha visitado a tu familia, ha explicado la situación y dice que quiere casarse contigo.

-Por el bebé.

-Precisamente.

-De ninguna manera -Eileen tragó saliva, pero no estaba dispuesta a rendirse-. No voy a casarme con un hombre que no me quiere. Sólo lo preocupa el bebé. Esto no tiene nada que ver conmigo -alzó la mano y tocó la goma que sujetaba su coleta de caballo. Echó una ojeada a su abuela-. Es una repetición de Robert, abuela. Él me quería para que lo mantuviera, Rick quiere al bebé.

-Ah..., creo que entiendo -los ojos de su abuela se suavizaron.

-¿Qué? -Eileen la miró inquieta. Ese cambio de actitud sólo podía indicar que había pensado en una táctica de ataque mejor. Había que tener mucho cuidado con Maggie Ryan.

-Bueno, si no lo quisieras, te casarías con él -su abuela se encogió de hombros-. Es un hombre rico, guapo, amable con el que

obviamente compartes... afecto. Si tu corazón no estuviera de por medio, aceptarías su oferta, porque no estarías arriesgando nada -sonrió y cruzó los brazos-. Pero te importa y no quieres arriesgarte a sufrir. Es obvio que lo quieres o, al menos, te estás enamorando de él.

Ella se tambaleó un poco, como si la hubiera golpeado. ¿Amor? Nadie había hablado de amor en momento alguno.

-Eso es ridículo -Eileen rodeó el sofá; se dejó caer y tomó el helado de nuevo. ¿Amor? El le gustaba, bastante, a decir verdad. Le hacía reír. Era divertido, inteligente y buena persona. Pero ella no se enamoraba de alguien que no la correspondía. No volvería hacerlo. Tomó una enorme cucharada de helado e, inmediatamente, sintió dolor de cabeza. Dejó el helado sobre la mesa y se frotó la frente.

-No estoy enamorada de él y no pienso casarme sólo porque a ti te parezca una idea fantástica.

-Te he educado mejor, Eileen -dijo su abuela con voz suave y desilusionada-. Tu bebé se merece más.

-Mi bebé me tendrá a mí, y a ti, y a Bridie -sabía que a Bridget le encantaría ocuparse de un bebé que no tuviera que traer ella al mundo.

-¿Y su padre? ¿Qué me dices del padre del bebé?

Eileen pensó que cuando pillara al padre del bebé, iba a hacerle pagar muy caro su juego sucio.

Antes de abrir la puerta, Rick supo que era Eileen. Cuando había ido a visitar a Maggie después del trabajo, lo había hecho sabiendo que supondría un enfrentamiento endiablado con Eileen. Pero, aunque estaba preparado, el brillo peligroso de sus ojos lo sorprendió. Ella entró a la sala y se detuvo en el centro de la habitación.

-Eso ha sido un golpe bajo, Hawkins -dijo Eileen, girando en redondo-. Ir a ver a la abuela ha sido una guarrada.

-Ya, lo sé -él cerró la puerta y se metió las manos en los bolsillos, para no rendirse a la tentación de agarrarla-. En situaciones desesperadas...

-Juegas sucio -cortó ella-. Tendré que recordarlo.

-No me has dejado otra opción -Rick habría utilizado cualquier arma para convencerla. No iba a dejar las cosas como estaban. No podía irse y simular que no había ocurrido nada.

-¿Ir a ver a la abuela? Nunca habría pensado que... -dejó de hablar y miró a su alrededor. Él vio la habitación con sus ojos, muebles sencillos y prácticos, paredes vacías, ningún detalle hogareño-. Esto es horrible.

-Sí, fui a ver a tu abuela; y el sitio no es tan horrible.

-Deberían pegarle un tiro al decorador.

-No utilicé a ningún decorador.

-¿Tú has hecho esto? -giró en redondo y sacudió la cabeza con incredulidad-. Es como una habitación de hotel, no ni siquiera; las habitaciones de hotel tienen algo de color -lo miró fijamente-. Estás llevando ese mundo gris que te rodea demasiado lejos.

-No paso mucho tiempo aquí.

-Menos mal. Acabarías con la cabeza en el horno.

-Es eléctrico.

-Probablemente sea más seguro -movió la cabeza otra vez y volvió al tema-. En cualquier caso, no pienso casarme contigo sólo porque me hayas echado a la abuela encima.

-Diablos, Eileen -dijo él, acercándose, incapaz de mantener la distancia o controlar el genio-. No quiero que mi hijo nazca bastardo.

-Esa es una palabra muy fea -ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró boquiabierta-. Y pasada de moda.

-Es fácil decirlo para alguien como tú -Rick soltó una carcajada ronca y rasposa.

-¿Qué?

-Tu abuela os crió a Bridget y a ti. Pero tus padres estaban casados, os querían. La única razón por la que no crecisteis con ellos es que murieron.

Eileen respingó ante ese doloroso recordatorio.

-Vuestros padres os querían. Estaban casados. Comprometidos el uno con el otro y con sus hijas -Rick sabía, por propia experiencia, lo crueles que podían ser los demás niños-. Tú no sabes nada. La palabra no está pasada de moda, se utiliza.

-Nuestro hijo estará bien. Tendrá cariño. No importará...

-Me importa a mí -gruñó él-. Y créeme, también le importará a él cuando los demás niños lo insulten.

-No lo harán.

-Claro que sí -la miró a los ojos y tragó saliva, la amargura atenazaba su garganta-. No sabes lo que es, Eileen. Yo sí. Me acuerdo. No permitiré que un hijo mío pase por esa maldita experiencia.

-Rick...

-Estar casada conmigo no sería tan terrible -dijo él, empeñado en convencerla. Era rico, podía darle cualquier cosa que deseara-. Podría ayudarte a ampliar la floristería...

-No necesito...

-Comentaste que os habían encargado una boda importante... -siguió él, animándose. Si no conseguía que se casara con él por el

niño, quizá lo haría si le demostraba lo que podía hacer por ella. Diablos, Allison se había casado con él por dinero. ¿Por qué no Eileen?

Pero no funcionaría. Eileen no se parecía en nada a Allison. Le daba igual que fuera pobre o rico. Era tan lista, divertida e independiente que no lo necesitaba en absoluto. El dinero no la convencería, pero quizá se casara por el bien del bebé. Sabía que ella no se quedaría con él para siempre. Aun así, podían casarse y dar un nombre a su hijo, antes de que ella se marchara. Eso lo protegería de los insultos de otros niños.

-También podría ayudarte en eso. Financiarte para que pudieras especializarte en organizar bodas. Se te daría muy bien.

-Rick -suspiró ella-. Me gusta mi negocio tal y como es.

Él siguió hablando de todas formas, enumerando las ventajas que supondría casarse. No le resultó fácil, dado que su propia experiencia no había sido espectacular.

Eileen lo escuchó y, sobre todo, lo oyó. Hablaba tan rápido que estaba segura de que ni él mismo estaba convencido de todo lo que decía. Pero lo entendió. No era sólo el bebé lo que lo motivaba. Había más. Sabía por qué estaba empeñado en casarse con ella. Lo supiera él o no, ella le importaba. Aunque no lo admitiría, era así. Se veía en sus ojos, al igual que se veía el miedo que tenía de perderla.

Igual que había perdido a todo el resto de la gente en su vida. Excepto la abuela que lo había criado, nadie que él quisiera se había quedado con él.

Ni sus padres, ni su ex esposa. Ahora estaba seguro de que ella también iba a dejarlo.

Por eso estaba protegiéndose a sí mismo y a su hijo de la única forma que sabía. Le dolió el corazón al comprenderlo todo. Quizá su abuela tenía razón. Era posible que sí lo quisiera. Si no fuera así podría casarse con él con la conciencia tranquila, convertirlo en una especie de acuerdo de negocios.

¿Si lo quería, no podía casarse con él? Sin duda, necesitaba algún tipo de terapia psicológica. Empezaba a estar demasiado confusa. Él no le ofrecía amor porque no creía en él. No le ofrecía estar con ella para siempre porque estaba convencido de que lo abandonaría.

Sólo tenía una opción, decir que sí. La única manera de convencerlo de que se quedaría, sería casarse con él y probarlo. Rick se permitiría amarla sólo si ella le demostraba que era seguro.

Uno de los dos tenía que arriesgarse y, por lo visto, iba a ser ella.

-De acuerdo -dijo, interrumpiéndolo.

-¿De acuerdo? -la miró con sospecha en los ojos.

No iba a ser fácil pero, una vez tomada la decisión, Eileen supo

que era la correcta.

-Me casaré contigo -dijo-. Con una condición.

–¿Cuál? -preguntó él, inquieto.

-Que sea un matrimonio de verdad. En todos los sentidos.

Él sacó las manos de los bolsillos y las extendió hacia ella. Las puso sobre sus hombros, la miró a los ojos y asintió con la cabeza.

-Un matrimonio de verdad. El tiempo que dure.

-Bueno, ya salió tu vena optimista de nuevo -dijo ella, mientras él la rodeaba con sus brazos. Eileen apoyó la cabeza en su pecho, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas estar haciendo lo correcto.

La boda fue corta y dulce. Lo que le faltó de magia, lo tuvo de extravagante.

Había lazos de plástico en los «bancos» y se oía música de ambiente por los altavoces. Varias parejas felices hacían cola en el vestíbulo, esperando su turno ante el «altar», un arco de mimbre decorado con flores de seda, al final de una estrecha alfombra roja. El pastor era bajo y rechoncho, con gafas con montura de metal y una larga barba blanca. De hecho, podría haber pasado por Santa Claus, excepto por la camisa de flores, los vaqueros desgastados y las sandalias.

Las dos abuelas estaban allí, junto con Bridie y su marido. Habían dejado a los tres niños con la madre de él, para poder disfrutar de un fin de semana largo en Las Vegas.

Todo iba como debía ir. Hasta que «Santa» preguntó «¿Quieres a este hombre como tu legítimo esposo?»

Eileen tuvo un momento de auténtico pánico. Todo en ella gritaba que debía reconsiderar la situación. Sólo habían pasado dos semanas desde la proposición de Rick, y estaba segura de que se estaban lanzando a ciegas hacia algo que tenía muchas posibilidades de romperles el corazón y dejarlos derrumbados.

Tragó con fuerza y miró a su familia por encima del hombro. La abuela, tranquila y majestuosa como siempre, parecía confusa vestida con su traje azul marino y su broche de plata en la solapa. Bridie, con el pelo rojo brillando bajo las luces, estaba colgada del brazo de su marido y le hacía señas con los ojos, como si le ordenara a Eileen que dijera algo. La abuela de Rick, con una larga trenza plateada sobre el hombro derecho, canturreaba en silencio.

-Eileen... -susurró la abuela, intentando sacar a Eileen de su trance.

-¿Va todo bien? -la voz de la abuela de Rick se oyó por encima del hilo musical.

«¿Bien?», pensó Eileen. Se dijo que probablemente no. Tenía la sensación de que esa boda iba a crear más problemas de los que iba a resolver. No entendía qué estaba haciendo allí.

Miró al pastor y seguidamente a Rick. Se le hizo un nudo en el estómago. Una mirada de él hizo que se derritiera por dentro y perdiera el aliento. Sus ojos marrón oscuro se encontraron con los de ella y vio una mezcla de tristeza y aceptación brillando en sus profundidades. Él esperaba que se arrepintiera. Estaba preparado para verla marchar. Demonios, se diría que una parte de él contaba con que iba a dejarlo plantado ante el altar.

Eso, más que nada, la convenció de que estaba haciendo lo correcto.

-Sí, quiero -dijo.

Un destello de sorpresa iluminó los ojos de Rick, mientras le ponía un anillo de platino con un diamante de cuatro quilates en el dedo. Eileen dejó escapar un suspiro al sentir el peso del anillo en su mano. En su mente resonaron las promesas que no había esperado hacer nunca. Intentó dilucidar como un trabajo temporal se había convertido en un compromiso de por vida. Se preguntó si, años atrás, cuando Rick Hawkins se había dedicado a hacerla rabiar y a decapitar a su muñeca Barbie, el destino ya había decidido que acabarían juntos. ¿Estaba predestinada a un futuro con Rick, o era sólo una mala pasada?

Contempló los destellos de la luz en la superficie del diamante mientras el pastor seguía hablando. En silencio, prometió a la criatura que llevaba en su interior que haría todo lo posible para que el matrimonio funcionara. Encontraría la manera de convencer a Rick Hawkins de que lo amaba.

El mundo se detuvo a su alrededor. Lo amaba. No era afecto, ni cariño.

Estaba enamorada. Por primera vez en su vida. Y de un hombre que estaba seguro de que iba a abandonarlo.

11

-Puede besarla, hijo -dijo el pastor, y el tiempo volvió a ponerse en marcha.

Rick giró su rostro hacia ella y bajó la cabeza hasta que sus narices se tocaron. Ella aguantó el aliento y sintió la caricia del suyo en las mejillas. De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear para contenerlas. La música siguió sonando y la familia aplaudió.

-Gracias por esto, Ranita -susurró él en su oído, antes de besarla.

En el momento en que sus labios tocaron los suyos, a Eileen se le aceleró el corazón. Era magia. Allí había truenos, relámpagos y una oleada de sangre que le nublaba la cabeza. El amor llenó su corazón y alzó los brazos, rodeándole el cuello. La fuerza cálida y sólida de su cuerpo, apretándola, hizo que se sintiera muy bien. Se entregó al beso que le quemaba el alma y le hacía desear más. Eileen quería su amor. No sólo su apellido, no sólo su hijo.

Quería que la amara. Poder creer en la vida que construirían juntos.

Rick, ignorando a la audiencia y al grupo de parejas que esperaban para casarse, se tomó su tiempo besándola. Entreabrió sus labios con la lengua y ella se fundió con él, saboreando el destello de fuegos artificiales que sintió en la sangre y el latido atronador de su corazón. Se agarró a él y le entregó cuanto podía dar, volcando corazón y alma en el beso... con la esperanza de que él lo sintiera, lo percibiera y supiera que no iba a dejarlo. Nunca.

-Bueno, amigos -dijo el pastor con voz ronca-. Tengo cinco parejas más que casar antes de la cena, así que moveos, ¿de acuerdo?

Rick interrumpió el beso y alzó la cabeza para mirarla. Durante un minuto, Eileen vio algo en sus ojos que hizo que se sintiera mejor sobre la boda.

Mientras aceptaba las felicitaciones y abrazos de su abuela y su hermana, se agarró a la esperanza que había visto en sus ojos y se dijo que, al menos, era un principio.

Por la noche, Las Vegas resplandecía como un cuenco negro lleno de gemas preciosas. Luces rubí, esmeralda, zafiro y diamantino encendían la oscuridad, convirtiendo la noche en día, cubriendo la ciudad con un manto de belleza.

Los turistas caminaban por las aceras y el tráfico llenaba la carretera. En una calle se veía la torre Eiffel, el centro de Nueva York

y un trocito de Italia. Se podían visitar las pirámides y la Europa medieval. Multitudes de personas se movían rápidamente, con contenedores de plástico llenos con monedas y los restos de sus esperanzas. Los que soñaban con hacerse millonarios cruzaban las calles, en busca del siguiente casino.

Pero la vista desde la suite del ático era fantástica.

Eileen dejó de mirar por la ventana y se volvió hacia Rick, que cerraba la puerta a espaldas del camarero. Ahora que estaban solos, mientras su familia andaba divirtiéndose en la ciudad del pecado, el silencio resultaba ensordecedor.

-¿Tienes hambre? -preguntó él, alzando la tapa de metal de una de las bandejas del carrito.

-En realidad no -dijo ella, frotándose los brazos con las manos.

-Yo tampoco -afirmó él, volviendo a tapar la bandeja. Agarró la botella que había en la cubitera de hielo y empezó a abrirla-. Tomaremos un poco de esto.

-Seguramente no debería -musitó ella. Pensó que era una lástima, porque nunca había necesitado una copa tanto como en ese momento.

-No hay problema -Rick arrancó el alambre y lo echó en el carrito-. Es sidra.

Eileen soltó una risa. No debería haberse sorprendido. Por supuesto, Rick no había olvidado que no debía beber vino y siendo como era, Don Organizado, había pedido algo apropiado.

-¿Sidra? -preguntó sintiendo una oleada de cariño.

-No puede ser muy mala -comentó él, encogiéndose de hombros.

-Pronto lo averiguaremos -mientras él se ocupaba de la botella, echó un vistazo a la habitación. Era una suite de un dormitorio, con un salón gigantesco, en la planta treinta del hotel Sandalwood. Había dos sofás uno frente al otro y, entre ambos, una mesa ancha con un centro de rosas frescas y aromáticas. En una pared había una chimenea de gas, cuyas falsas llamas bailoteaban en el suelo. Unos ventanales de suelo a techo se abrían hacia la noche y, aún a esa altura, las luces de la ciudad teñían la habitación con un suave resplandor, que hacía innecesario encender las lámparas.

Eileen miró la puerta entreabierta que daba al dormitorio, donde la enorme cama doble ya estaba abierta y lista para ellos. Sintió cosquillas en el estómago al imaginarse dando vueltas sobre el ancho colchón con Rick. Era una tontería, pero estaba nerviosa. Rick ya había visto y explorado cada centímetro de su cuerpo, así que no había razón para sentirse como una tímida recién casada. Por lo visto la lógica no tenía nada que ver con lo que estaba sintiendo.

El corcho saltó, rebotó en el techo y cayó en uno de los sofás;

Eileen se sobresaltó y se puso una mano en el pecho, diciéndose que debía controlarse. Un minuto después, Rick se dirigió hacia ella, con dos copas de cristal llenas de burbujeante sidra, y el corazón volvió a darle un vuelco.

-Por nosotros -dijo él, entregándole una de las copas y chocándola suavemente con la suya.

Ella lo miró a los ojos y deseó que lo dijera de verdad. Deseó que él creyera que eso era el principio para ellos, en vez de el principio del fin. Deseó que creyera que podían construir una familia juntos; que todo era posible si había amor. Pero sólo podía esperar que él aprendiera. Poder ser capaz de convencerlo de que el futuro era posible y que podía permitirse amarla sin temor.

Roma no se construyó en un día, así que tendría que ir despacio e intentar no perder la paciencia. Pero tenía la impresión de que Rick sería mucho más duro de pelar que cualquier cosa a la que tuvieran que enfrentarse los romanos.

-Sí. Por nosotros -asintió y tomó un largo sorbo, dejando que la espumosa sidra se deslizara por su garganta. Sus ojos se clavaron en la sencilla alianza de oro que le había puesto en el dedo y sintió un pinchazo de preocupación en el estómago.

Rick observó el cambio de emociones que reflejaban sus ojos. No por primera vez, desde que entró en su vida, se preguntó qué estaría pensando. ¿Estaría arrepintiéndose ya de haber accedido? ¿Estaría haciendo las maletas mentalmente?

En realidad, no debía importarle. Estaban casados y su hijo estaba protegido. Nadie podría llamarlo bastardo. Incluso si Eileen se marchaba esa misma noche, el certificado de matrimonio sería como un escudo protector para su hijo.

No quería que se fuera. Sólo pensar en que Eileen podía alejarse de su vida abría un negro agujero de vacío en su interior. Cuando Allison lo dejó, Rick había sobrevivido. Lo había herido y desilusionado, pero su corazón quedó intacto.

Si Eileen se marchaba, se llevaría su corazón con ella. Pero en ese momento estaba allí, y era su esposa. Estaban en su noche de bodas.

Le quitó la copa y la dejó, con la suya, sobre una mesa. Volvió a su lado y puso la mano en su mejilla.

-¿Te he dicho lo guapa que estabas hoy?

-Creo que no -sonrió ella.

-Lo estás -dijo él, mirándola de arriba abajo, apreciando su belleza tanto como había hecho cuando entró en la capilla. El vestido amarillo limón que llevaba era como la luz del sol. Brillante y cálido, el tejido caía formando una falda suelta que le llegaba por encima de las

rodillas y se movía con cada paso. El escote era amplio, enmarcando sus clavículas y la fina columna de su cuello a la perfección. Al verla había sentido una cuchillada de metal al rojo vivo. Cuando ella movió la cabeza y su fantástico cabello revoloteó a su alrededor, deseó que hubiera dragones que matar por ella.

Cuando caminó por el corto pasillo hacia él, Rick se dijo que debía disfrutar de su imagen. De la felicidad y expectación de su rostro, a pesar de las dudas que sabía tenía. Se dijo que debía grabar ese recuerdo en su mente, y todos los demás, para que siguieran siempre allí, como un ensueño.

Ella sonrió a las familias mientras iba a reunirse con él y, cuando lo hizo, sintió un agudo y dulce pinchazo de desconsuelo. Tristeza porque ese momento no pudiera durar eternamente.

Rick ya sabía que su matrimonio acabaría, así que le resultaba difícil agarrarse a cualquier rayo de esperanza, por tentador que resultara. Ya había sido aplastado por tener esperanzas vanas. Mucho tiempo antes, había decidido que no seguiría el sendero de los sueños imposibles.

A pesar de todo, cuando le puso el anillo en el dedo, comprendió con tristeza que nunca antes había estado tan cerca del amor verdadero. Pero era una sensación demasiado tenue para mantenerla, y sabía que ya estaba deslizándose entre sus dedos como arena fina.

Ella iba a marcharse. Si no ese día, pronto. No podía permitirse el lujo de amarla. Aun así, podía dejarse llevar por el deseo que lo consumía. Por la necesidad de tocarla, acariciarla, reclamarla. Deslizó el pulgar sobre su boca y su cuerpo se tensó. Con la mente disparada, el pulso acelerado y casi sin aliento, Rick observó cómo ella cerraba los ojos y se rendía a su caricia. Sus dedos tocaron su piel suave y lisa. Bajo el reflejo de las luces de neón, que llegaban de treinta pisos más abajo, su tez era como miel dorada y la deseó como si hubieran pasado años desde la última vez que la tocó.

-Te necesito -dijo suavemente, sin saber si había dicho las palabras en voz alta, porque eran un eco que su mente repetía una y otra vez.

-Yo también te necesito -dijo ella, apretándose contra él, inflamándolo.

-Ahora -Rick tomó su rostro entre las manos, enredó los dedos en los mechones sueltos que enmarcaban sus sienes, y el cabello rojo dorado le pareció seda.

La besó, tomando su boca, saqueando su calidez y atrayéndola a su interior, intentando caldear las oscuras y frías esquinas que residían en su corazón. La abrazó con fuerza, como si pudiera fundirla con su cuerpo, hacerla parte de él.

Ella se acercó aún más, como si adivinara su necesidad y la compartiera. Apoyó la palma de su mano en la nuca y le devolvió el beso, demostrándole su hambre, su deseo. Deslizó las manos por su espalda, acariciándolo, y Rick sólo pudo pensar una cosa: demasiada ropa se interponía entre ellos.

Llevó las manos a su espalda y le bajó la cremallera del vestido. Mientras el tejido caía, recorrió su columna vertebral con los dedos. No llevaba sujetador, su única ropa interior era un diminuto trozo de elástico con pedazo de encaje. Un segundo después, había desaparecido; rompió el elástico en su premura por tocarla. Por reclamarla y hacerla suya una vez más. Por volver a sentir lo que sólo había sentido en sus brazos.

-Rick... -ella rompió el beso con gemido y susurró su nombre con una suavidad que lo desarmó por completo. Después, deslizó las manos hacia su pecho y le quitó la chaqueta. Sus dedos se concentraron en los botones de su camisa y él dio un paso atrás para ayudarla, tardaba demasiado y ansiaba sentir el contacto de su piel. Compartir su calor; contrastar blando y duro, áspero y suave.

Se quitó la camisa de un tirón y soltó una carcajada al ver su sonrisa, sintiendo que algo cálido y peligroso recorría todo su cuerpo. Ella era mucho más que buen sexo. Mucho más que la mujer que llevaba a su hijo. Era luz, calor, sonrisas y risas. Era todo lo que siempre había soñado tener y sabido que no podría conseguir. La quería con una desesperación que no había sentido nunca antes en toda su vida.

Se quitó el resto de la ropa, la abrazó y la apretó contra sí, deslizando las manos por su cuerpo.

-Me encanta sentirte -murmuró, inclinando la cabeza para besar la curva de su hombro. Ella echó la cabeza hacia atrás, dándole acceso a su cuello y suspiró.

-Rick, es fantástico sentirte junto a mí. Me vuelve loca. Adoro cómo me besas -alzó la cabeza y buscó sus ojos. Se pasó la lengua por el labio interior-. Me encanta sentirte dentro de mí. Me encanta lo que me haces sentir -admitió.

Él notó que la sangre tronaba en sus oídos. No podía respirar y le daba igual. No le importaba. Ella era lo único importante. La siguiente caricia, el siguiente beso, saborearla una vez más.

Estaba excitado y no podía esperar un segundo más. La tumbó sobre la mullida alfombra, ante los ventanales, y deslizó las manos por su cuerpo. La besó, se hundió en su boca, probándola, acariciándola, explorando sus secretos y exigiéndole cuanto podía dar.

Eileen, abrazada a él, aceptó y devolvió cada embite de su lengua.

Mientras sus manos incendiaban su sangre y su cuerpo, plantó los pies en la suave alfombra y alzó las caderas suplicante. Lo quería en su interior. Necesitaba sentir que la llenaba.

Él deslizó las manos hacia abajo y la tocó. Eileen gimió al sentir los diminutos espasmos que se iniciaban en su cuerpo.

-Sí -susurró, restregando las manos por su pecho, acariciándolo-. Tócame, Rick. Tócame. -Siempre -murmuró él, obedeciéndola. Introdujo un dedo, y luego dos, en su interior, y los movió marcando un ritmo que la hipnotizaba y llegaba a lo más profundo de su alma.

Eileen sintió un intenso vínculo que la unía a él y deseó que él también lo percibiera. Que sintiera que le estaba entregando todo su ser. Deseó que pudiera llegar a confiar en ella. Él empezó a acariciar el punto más sensible de su cuerpo con el pulgar y sus pensamientos se perdieron en un espacio infinito.

-Rick, necesito…

-Lo sé, cariño -susurró él, acariciándola con su aliento-. Lo sé.

-Dentro de mí -gimió ella-. Te necesito dentro de mí.

El apretó la mandíbula pero se movió, se colocó sobre ella y segundos después estaba en su interior, reclamándola, llevándola a alturas insospechadas. Se movió con él, meciendo las caderas, siguiendo su ritmo, sin dejar de mirarlo a los ojos. Hasta que sintió que la primera explosión se iniciaba en su interior. Eileen gritó su nombre y lo abrazó con fuerza mientras cabalgaba en la ola de sensaciones que la desbordaba. Un momento después, él se unió a ella en la cresta de esa ola y, juntos, iniciaron el regreso a la realidad.

-Feliz boda, Rick -musitó Eileen cuando el mundo dejó de girar y recuperó el aliento.

-Lo mismo te digo -replicó él, mirándola.

Ella sintió una punzada de dolor en el corazón: estaba enamorada de un hombre que nunca creería que lo amaba. Pero calló, no dijo nada.

12

Un mes después, Eileen seguía sin saber si había hecho lo correcto o no. Estaba casada, desde luego. Tenía fotos que lo probaban.

Sencillamente, le hubiera gustado sentirse casada.

No era fácil, cuando su recién adquirido y flamante esposo insistía en tratarla como una compañera de piso temporal. Una compañera de piso con la que, sin duda alguna, disfrutaba de una fantástica vida sexual. Pero no había comunicación fuera de la cama. El apenas pasaba tiempo en casa, estaba casi todo el día en la oficina, incluso los fines de semana. Y ya ni siquiera lo veía allí, la agencia de empleo temporal, cumpliendo su promesa, le había enviado una secretaria hasta que regresara Margo. Entre el tiempo que Eileen pasaba trabajando en Larkspur y el que él pasaba en la oficina, sólo se encontraban en la cama. Y una vez que acababa el sexo, él se dormía, apartándose de ella como si siguiera esperando que lo dejara. No había ratos abrazados ni conversaciones susurradas sobre el futuro. No podía haberlas, él no pensaba que tuvieran un futuro juntos.

Eileen había intentado mantener la alegría. Día a día, quería demostrarle que no iba a marcharse.

Pero veía en sus ojos que él no podía, o no quería, fiarse.

-¿Cómo va la casa nueva?

-¿Qué?

-¿Hola? -Bridie sonrió y agarró una galleta.

La cocina de Bridie, cálida y acogedora, olía a galletas de canela recién hechas. Noviembre daba paso a diciembre y, aunque el tiempo era frío y desapacible, estar allí ayudaba a Eileen ha disipar la sensación helada que sentía en su interior.

-Tu nueva casa -insistió Bridie-. ¿Cómo va?

La casa. Era otro punto de fricción. Eileen arrugó la frente. Rick había comprado una enorme casa de estilo español situada en un acantilado sin siquiera consultarla. Había dicho que quería sorprenderla, pero Eileen pensaba que en realidad intentaba ofrecerle una jaula dorada. Comprarle una casa grande era su manera de intentar que se quedara, de darle algo que ella no podía conseguir por sí misma.

Pero la casa no era un hogar. No era acogedora y pequeña como su casita de la playa. Era vacía y estéril; de momento no era exactamente un lugar en el construir sueños. Solía vagar por la enorme casa sola, y ni siquiera había logrado convencerlo de que la ayudara a elegir los

muebles.

-No va -contestó por fin, admitiendo la verdad.

-¿Qué quieres decir?

Eileen agarró una galleta y se reclinó en la silla.

-Ni siquiera tenemos muebles. Parece un almacén. Las pocas cosas que llevé de mi casa apenas llenan una esquina.

-Por Dios santo, Eileen. Tómate algo de tiempo libre en el trabajo y amuéblala.

-No quiero hacerlo sola, Bridie -desmigó la galleta lentamente, observando cómo los pedacitos rebotaban sobre la mesa-. Es nuestra casa. O eso se supone. Rick debería ser parte de ella.

-Pero...

-Pero... -Eileen quería desahogarse con su hermana. Necesitaba hablar con alguien. Pero, al mismo tiempo, le parecía desleal hablar de Rick a sus espaldas. Maldijo al hombre para sí, no entendía por qué no se daba cuenta de que lo amaba. Por qué no veía que su rechazo la estaba distanciando.

-Sigo sin creerme que te hayas casado con mi antiguo novio -comentó Bridie, como si se hubiera dado cuenta de que Eileen necesitaba cambiar de tema.

Eileen se lo agradeció. No quería pensar en sus problemas. En ese momento sólo quería disfrutar del ambiente alegre de la casa de su hermana. Pensó que así debería ser; así deberían estar viviendo Rick y ella. Con desorden, risas y el ruido de los niños. En vez de eso, estaba rodeada de vacío y silencio.

-Vaya, muchas gracias -Eileen agarró otra galleta y esa vez la mordisqueó-. ¿En qué convierte eso a Rick, en un desecho de segunda mano?

-Por favor -Bridie puso los ojos en blanco-. Veamos, rompimos en el último año de instituto, así que yo diría... no.

-Es verdad -Eileen se enderezó en la silla, los recuerdos surcaron su mente como nubes. Mientras su mente trabajaba, recorrió la cocina blanca y azul con la vista, como si buscara algo. Se fijó en los dibujos de los niños, pegados a la nevera, las huellas de dedos en las puertas correderas que daban al patio y en los lápices de colores y libros que había sobre el brillante suelo de madera.

Pero en realidad no veía nada. Estaba rebuscando y recordando algo que había olvidado hacía mucho.

-Tú no rompiste con él, verdad. El te dejó a ti.

-Sí -dijo Bridie-. Y justo antes del baile de inicio de curso, menuda rata -sonrió-. Pero ha tenido suerte, he decidido perdonarlo.

-No, ¿no lo entiendes? -Eileen negó con la cabeza y se inclinó hacia

delante y apoyó los codos en la mesa de roble-. Rompió contigo antes de que tú pudieras romper con él.

-Y eso significa... ¿qué exactamente? -su hermana la miró confusa.

Eileen abrió la boca para responder, pero la interrumpió una nenita pelirroja que irrumpió en la habitación con el rostro surcado de lágrimas.

-Mamá, mamá -Becky, de tres años, corrió hacia su madre y se agarró a su rodilla-. Jasón no quiere dejarme que vuele con él.

-Cariño, Jasón no puede volar. El... -Bridie abrió los ojos de par en par y se puso en pie de un salto-. ¿Volar? -corriendo hacia el jardín trasero, gritó por encima del hombro-. Volveré en seguida.

-Los niños son tontos -Becky se subió al regazo de Eileen, tomó una galleta y se recostó en ella. -Te lo recordaré dentro de diez años -dijo Eileen, acariciándole el cabello y dándole un beso en la coronilla.

La niña no le hizo caso. Se bajó de su regazo, se tumbó en el suelo y agarró un lápiz de color morado, su favorito. Observando a su sobrina, Eileen sonrió.

-Nada de volar, a no ser que estemos en un avión, ¿de acuerdo? -susurró para sí, dándose una palmadita cariñosa en el vientre.

Su sonrisa se disolvió cuando volvió a pensar en Rick. Años antes, había roto con Bridie para evitar que ella rompiera con él. Se preguntó si su primer matrimonio no habría acabado porque había mantenido a Allison a distancia, sin entregarse. Exactamente como estaba haciendo con ella.

No la había dejado, exactamente. Pero era casi igual. Apenas pasaba tiempo en la enorme e impersonal casa que había comprado para ella. Mantenía la distancia emocional y no conseguía conversar con él. Rick ni siquiera quería hablar del bebé ni hacer planes, como si supiera que él no tendría cabida en el futuro de Eileen.

Veía en sus ojos que ella le importaba. Por la noche la abrazaba; le entregaba su cuerpo, pero no su corazón. En todo lo demás, era como un fantasma en su vida.

Estaba allí pero no conectaba. Presente físicamente, pero emocionalmente inasequible, sin formar parte de nada. Mantenía una muralla alrededor de su corazón para protegerlo. No se daba cuenta de que esa muralla no daba paso al amor. Estaba impidiéndole que formara parte de su vida, para no sufrir cuando lo abandonara.

No sabía cómo derrumbar sus defensas.

Dos días después, nada había cambiado y la legendaria impaciencia de Eileen se acercaba al punto de implosión. No podía dejar pasar un día más sin hablar. Esperar, poner a prueba su paciencia, no estaba sirviendo de nada. Una vocecita susurraba en su

cabeza que quizá nada serviría.

Tenía que intentarlo y como él se marchaba a San Francisco cuatro días, en un viaje de negocios, podía hablar o seguir esperando.

Decidió hablar.

Citando Rick bajó las escaleras, Eileen estaba vestida y esperándolo en la cocina. Oyó sus pasos en la escalera de roble mucho antes de verlo.

Toda la casa era como una caja de resonancia. Grandes ventanas que ofrecían una vista del océano, habitaciones vacías, suelos desnudos, paredes sin adornos. Parecía una casa abandonada.

Llevaba dos días rumiando el tema, sin poder dormir; había llegado el momento de enfrentarse a él. Tenía que obligar a Rick a que hablara con ella. Hacerle ver y admitir, al menos ante sí mismo, que estaba cerrándole las puertas.

El se quedó inmóvil al verla. Llevaba un traje azul marino, una impoluta camisa blanca y una corbata roja. A través de la habitación, Eileen percibió el aroma especiado de su loción para después del afeitado, y tuvo que inhalar lentamente para evitar correr hacia él y tirarse a sus brazos.

Sabía que él habría agradecido el abrazo. No había nada mal con la parte física de su relación, exceptuando que era lo único que compartían.

Rick dejó la bolsa junto a la puerta y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

-Creí que ibas a ir a la tienda temprano.

-Llamé a Paula -explicó Eileen, pensando que, al menos, prestaba atención a lo que le decía-. Irá ella a atender a los proveedores -tomó un largo trago de café y dejó la taza sobre la encimera-. Le pedí que me ayudara porque necesitaba pasar unos minutos contigo antes de que te marcharas. Tenemos que hablar.

Igual que si alguien hubiera apretado un interruptor, vio como unas persianas, que ya conocía, se cerraban sobre sus ojos. No le hacía falta apartarse físicamente para imponer mayor distancia entre ellos.

-No puedo -replicó él. Echó una ojeada a su reloj de pulsera-. Tengo que irme si no quiero perder el vuelo...

-Rick, no puedes limitarte a ignorarme -interrumpió ella. Sus excusas ya no eran válidas y no estaba dispuesta a permitir que la detuvieran.

-Nadie te está ignorando, Eileen -replicó él. Fue hacia la cafetera y se sirvió una taza. El aroma de su loción la envolvió, pero Rick estaba más lejos que nunca.

-De acuerdo, no he elegido bien las palabras -alzó los brazos y se

apretó la cola de caballo, antes de poner las manos sobre la fría y gris encimera de granito. Gris. No entendía por qué todo lo que rodeaba a Rick era gris-. No me estás ignorando, me estás aplacando.

-¿Qué?

Al menos, había conseguido su atención. Eileen tragó con fuerza, sólo tenía que mantenerla.

-Esta casa, por ejemplo.

-Creí que te gustaba la casa -Rick tomó un sorbo de café.

-Sí, pero no se trata de eso.

-Entonces, dime de qué se trata -pidió Rick, mirándola por encima del borde de la taza.

-Compraste esta casa sin decírmelo -Eileen lo miró fijamente, preguntándose si realmente era tan obtuso como quería hacerla creer.

-Ya hemos hablado de eso -Rick se puso tenso-. Quería darte una sorpresa.

Sí, habían hablado de ello. Cuando a ella le dio un ataque al comprobar que compraba una casa en una colina de Laguna, con la misma tranquilidad con la que otro hombre se compraría una camisa. La había anonadado la belleza del lugar, y le había dolido que ni siquiera la hubiera incluido en la decisión. Pero era difícil seguir enfadada con un hombre porque le había comprado una maldita mansión; incluso a pesar de que echaba de menos su acogedora casita.

-Felicidades. Lo hiciste.

-¿A dónde quieres llegar, Ranita? -preguntó él. Apretó la mandíbula.

Que utilizara el viejo apodo debería haber tranquilizado a Eileen, pero no fue así. Era como tirarle un hueso sin carne a un perro hambriento. Lo utilizaba para simular que estaban unidos; para convencerse a sí mismo de que todo iba bien. Y no era cierto. Ella suspiró, echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

-Tenemos que hablar.

Rick sintió que un puño le apretaba el estómago. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron como si esperase recibir un puñetazo. Hacía tiempo que lo temía. Pero incluso a él lo sorprendía que el momento hubiera llegado tan sólo un mes después de la boda. ,

La miró y le dio un vuelco el corazón. Su pelo rojizo dorado, atrapado en la cola de caballo que siempre se hacía cuando iba a la floristería, se movía como un metrónomo tras su cabeza, marcando el ritmo de cada movimiento. Botaba cuando caminaba, y parecía moverse más cuando estaba enfadada. Era un sutil indicador de su estado de ánimo. Le encantaba cómo se movía. Llevaba puestos unos vaqueros y una sudadera adornada con un Santa Claus tirado en una

mecedora.

Todo en Eileen lo afectaba. Vivir con ella, estar a su lado había sido un paraíso y un infierno. Oír su voz en la oscuridad, saber que sólo tenía que estirar el brazo para tocarla, lo hacía intensamente feliz. Ella cantaba, y muy mal, en la ducha; lloraba al ver algunos anuncios de la televisión y sobrevivía con una horripilante dieta de comida rápida. Cuando estaba contenta, reía con tanto entusiasmo que él envidiaba su júbilo. Había entrado en su vida y la había vuelto del revés.

Saber que todo acabaría, que no se quedaría con él, lo angustiaba día y noche.

Quería disfrutar del tiempo que estuviesen juntos, pero su instinto lo obligaba a mantener la distancia. A mantener su corazón protegido y a salvo. Cuando ella sonreía, la deseaba más y más, cuando suspiraba y se acurrucaba junto a él, dormida, le dolía el alma.

La gota final había sido su desinterés por la casa. Eileen era de esas personas que creaban un nido. Sin embargo, no había hecho nada en la casa. No había cuadros en las paredes, ni cojines, ni plantes. Ni siquiera un ramo de flores en las estériles habitaciones. La monstruosa casa era todo lo contrario de la acogedora casita que ella había abandonado. Le estaba dejando muy claro que consideraba ese lugar como un punto intermedio en su camino hacia otras cosas.

Si todo tenía que acabar, era mejor así. No podía imaginarse una vida allí sin ella, no era capaz ni de intentarlo, pero si Eileen se iba a marchar era preferible que lo hiciera ya. Mientras aún pudiera soportar que lo destrozara del todo.

-De acuerdo -dijo, tomando un largo trago de café que le quemo la garganta. El dolor al menos lo distraería del sonido atronador de su corazón rompiéndose-. Habla.

-Guau -exclamó ella-. Casi se toca el calor.

-Eileen... -Rick apretó los dientes.

-¿Eres mi esposo? -ella alzó una mano para silenciarlo.

-¿Perdona? -eso no era lo que él esperaba oír.

-Mi esposo -repitió ella. Para dejarlo claro, agarró una de sus manos y movió los dedos sobre la palma, como si estuviera utilizando lenguaje de signos para comunicarse-. ¿Eres mi esposo o sólo un amigo y compañero de cama?

Él liberó su mano, la dejó caer al costado y frotó los dedos unos con otros, para saborear la calidez que su tacto le había hecho sentir.

-¿Adónde quieres llegar con esto?

-No, la pregunta correcta es: ¿dónde has estado? ¿Dónde estás ahora?

-Estoy aquí, de pie. Escuchando tus insultos -dijo Rick, apartándose del mostrador. Vio que a ella se le encendía el rostro, pero sus ojos no mostraban humor. Eso era un signo seguro de que las cosas iban a ponerse difíciles.

-¡Entonces, es una gran ocasión! Es la primera vez que has estado aquí. Conmigo. Desde que nos casamos.

Rick no estaba dispuesto a aceptar eso. Estaba allí noche y día. Lo sabía, se había acostumbrado a vivir envuelto en una tensión equivalente a la de estar agarrado a un cable soportando su descarga.

-¿De qué estás hablando? Los dos vivimos aquí.

-No -contraatacó ella. Sacudió la cabeza y su cola de caballo dibujó una amplia onda-. Yo vivo aquí, tú no eres más que el fantasma del lugar.

Pasó juntó a él y cruzó la cocina, sus tacones resonaron en las baldosas de terracota. La cola de caballo osciló con furia y, a pesar de la tensión del ambiente, Rick no podía dejar de mirarla. Eileen giró hacia él y la emoción de sus ojos le dolió.

-Rompiste con Bridie -lo acusó ella.

El la miró un momento y sacudió la cabeza, como si quisiera aclarársela. No entendía cómo habían pasado de hablar de ellos a su ruptura con Bridie, que había ocurrido más de diez años antes.

-¿Qué?

-Mi hermana. Bridie.

-Sé quién es Bridie -escupió él-. Lo que no entiendo es de qué diablos estás hablando.

-¿En serio no lo entiendes? -preguntó ella, sintiendo que su ira se escapaba como gotas de lluvia deslizándose por un cristal.

-Acláramelo.

-Con gusto -ella se puso las manos en las caderas y se enfrentó a su mirada-. El último año de instituto, rompiste con Bridie antes del baile de principio de curso.

-Y eso es importante, ¿por qué?

Ella sonrió, pero fue una sonrisa tan débil y triste que a él le dolió el corazón.

-Dios, Rick. Ya lo estabas haciendo entonces, y todavía no te has dado cuenta.

-No sé de qué estás hablando -protestó él. No estaba dispuesto a soportar un intento de psicoanálisis. Fue al fregadero y dejó dentro la taza.

-Rompiste con Bridie para impedir que ella rompiera contigo.

Rick sintió un pinchazo. Se preguntó si tenía razón y decidió que no era así.

-Rompí con Bridie porque no podía permitirme el lujo de tener novia.

-No, no podías -comentó ella, con voz baja y tensa-. Igual que ahora no puedes permitirte una esposa.

-Me tienes perfectamente analizado -dijo él, airado-. Oigámoslo.

-De acuerdo -se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se inclinó hacia delante y hacia atrás-. Tenías miedo de querer demasiado a Bridie, así que rompiste con ella. Igual que ahora te aterroriza amarme, y por eso simulas que no estoy aquí.

-Se acabó -sus palabras se acercaban demasiado a la realidad. Sintió un nudo en el estómago y que un fuerte puño le apretaba el corazón. Alzó las dos manos-. No tengo tiempo para esto. Hablaremos cuando regrese de San Francisco.

Ella se interpuso ante él. Sacó las manos de los bolsillos y las apoyó en su pecho para detenerlo.

-No, no hablaremos, porque tú no hablas.

-¿Ah, no? -contraatacó él, intentando no sentir la calidez de sus manos, que penetraba su piel hasta el corazón-. ¿Qué le llamas a esto? ¿Qué estamos haciendo ahora?

Ella ignoró el comentario.

-Esto no está bien -dijo-. No es suficiente.

-¿Qué es lo que no es suficiente? -replicó él rápidamente, sabiendo que luchaba una batalla perdida pero incapaz de rendirse-. Me casé contigo. Me comprometí.

-Ni siquiera eres capaz de comprometerte para comprar un sofá, Rick.

-Ya te lo he dicho -Rick se mesó los cabellos-. Compra los malditos muebles. Lo que quieras. Tienes las tarjetas de crédito, utilízalas.

Ella le dio un empujón que no consiguió moverlo un milímetro, después dejó caer las manos y dio un paso atrás.

-¿No lo entiendes? Se supone que esta es nuestra casa. Si la amueblo yo, es mi casa. Quiero que estés aquí, Rick. Quiero que este sitio, y yo, importemos.

-Maldita sea, Eileen, sí que importas. Llevas a mi hijo en tu interior.

Ella dejó escapar una carcajada corta y áspera; se le escapó una lágrima que se deslizó por su mejilla.

-Esto no es sobre el bebé. Es sobre nosotros. O sobre el nosotros que debería haber sido.

-Dios -él sintió que el frío radiaba de su corazón y le helaba la sangre. Hizo un esfuerzo para no tiritar-. ¿Estás diciéndome que vamos a pasar de no tener muebles a un divorcio?

Ella movió la cabeza con tristeza y se restregó los ojos con un gesto impaciente.

-Lo de la casa vacía es una metáfora. ¿No lo entiendes? ¿No lo ves? Nosotros también estamos vacíos, Rick. Y siempre lo seremos hasta que me dejes acercarme a ti. Pero no lo harás, ¿verdad?

El estiró un brazo hacia ella pero lo dejó caer y cerró la mano. Sujetarla no era la respuesta; no podría hacerlo con la fuerza suficiente para retenerla.

-¿Podemos hablar de esto cuando regrese? -masculló, con desaliento y dolor.

-Diablos, ¿por qué molestarte en volver, Rick? ¿Por qué iba estar yo aquí? -lo miró a los ojos y él sintió que caía en esas profundidades verdes. Deseó intensamente poder hacerlo. Rendirse a la necesidad de ser parte de ella y ocupar un lugar profundo en su corazón. Pero el dolor era buen maestro y lo tenía atado. Los recuerdos inundaron su cerebro, recordándole lo que era perder lo que más se valoraba. Ese recordatorio fue suficiente para evitar que la tocara, que hundiera su rostro en la curva de su cuello e inhalara su dulce perfume floral.

-Esta es una casa vacía, Rick -dijo ella, con voz baja y aguda, como si estuviera teniendo que forzar cada palabra a través de un nudo de emoción-. Y siempre estará vacía, porque es lo que tú quieres.

Él dio un respingo, como si lo hubiera golpeado. Pero fue un golpe más intenso y doloroso que si lo hubiera abofeteado. Eso sólo habría sido físico, lo que estaba ocurriendo le dolía hasta en el alma.

-No quieres arriesgarte -dijo ella, rodeándolo para agarrar las llaves del coche del mostrador-. Quieres encerrarte hasta que nadie pueda tener acceso a ti -clavó los ojos en los suyos y leyó la tristeza que expresaban-. Bueno, eso es seguro, pero solitario. ¿Intentas estar solo durante el resto de tu vida?

Rick había dejado de escuchar cuando dijo «¿Por qué iba estar yo aquí?» Implicaba que ella iba a dejarlo, justo como había temido. Todo había acabado y se preguntó por qué le dolía tanto. El dolor martilleaba su cuerpo con fuerza suficiente para inutilizarlo. El se había protegido para evitar ese dolor. Había mantenido la distancia, y no se había atrevido a admitir cuánto le importaba.

Y ya no lo haría nunca.

No volvería a permitirse pensar en la palabra amor, porque saber que la había amado y la había perdido, lo destrozaría.

Ella se encaminó hacia la puerta. Rick la siguió, escuchando el sonido de sus pasos, que resonaban en el silencio como un corazón a punto de estallar. Dejó que saliera y recorriera la mitad del camino antes de hablar.

-Yo sabía que te irías.

13

Ya en el coche, Eileen dio un golpe en el salpicadero, indignada consigo misma.

-Maldición. ¡Me he marchado! -había cumplido sus expectativas. Había hecho exactamente lo que él había creído que haría desde el primer momento. Había cumplido su predicción a pesar de sus intenciones-. No me lo puedo creer. ¿En qué estaba pensando?

No tenía ninguna respuesta a su propia estupidez. Se frotó el rostro con las manos, como si así pudiera borrar la memoria de los últimos minutos.

-Lo abandoné. Lo dejé allí de pie, solo en esa casa grande y vacía. Estúpida, estúpida, estúpida. Su abuela solía decir que un día su impaciencia la perdería. A pesar de que la irritaba profundamente admitirlo, su abuela había acertado. Se había dejado llevar por su frustración y su furia, y ya no podía dar marcha atrás. Aunque lo intentara, no la creería. Cada vez que la mirase la recordaría alejándose de él; nunca dejaría de esperar que volviese a ocurrir.

Pero ya que estaba hecho, no podía regresar disculpándose y haciéndole promesas. Ya le había hecho una promesa: el día de su boda. Si no la había creído entonces, no tenía por qué creerla ahora.

Decidió quedarse sentada en el coche. Esperaría a ver si salía a buscarla. Descubriría si estaba dispuesto a luchar por ella. Por los dos. Los segundos lentamente se convirtieron en minutos y sólo se oía su propia respiración y el viento azotando el coche.

Rick no iba a salir, y ella no podía volver adentro. Al menos de momento.

-Por Dios santo, Eileen -exclamó, encendiendo el motor y echando a la casa una última ojeada-. Te casaste con él porque tenías la esperanza de convencerlo de que no te irías -arrancó él jeep y fue hacia la carretera-. Buen trabajo.

La última noche de su viaje de trabajo, Rick parecía un hombre poseído. No podía mantener la mente en el trabajo. No tenía paciencia para tratar con clientes malhumorados que sólo se preocupaban de las fluctuaciones del mercado.

-¿Qué diablos importa el mercado? -gruñó, dejándose caer sobre la cama del hotel y agarrando el teléfono-. Nada importa -se contestó a sí mismo, marcando el número de la casa de Laguna-. Nada importa excepto Eileen.

Llevaba fuera cuatro días. Preguntándose dónde estaba ella y qué

hacía. Qué pensaba. El no había dejado de pensar desde que ella salió por la puerta aquella mañana.

Tenía razón, en todo.

Rick había roto con Bridie y con otras como ella, a lo largo de los años, para evitar que rompieran con él. Era un patrón que ni siquiera había visto. No tenía sentido entonces, y tampoco lo tenía en el momento actual. Pero no quería volver a cometer el mismo error... Había en juego mucho más que un baile de principio de curso.

Una y otra vez, su mente había revivido la imagen de Eileen alejándose de él. Una y otra vez había oído el ruido del motor de su coche al arrancar.

No había ido tras ella. Se había quedado quiero, como un estúpido, observándola marchar.

En sus sueños, todo era distinto. En sus sueños corría tras ella y la alcanzaba antes de que abriera la puerta del coche. La abrazaba y le decía que la amaba. Suplicaba que se quedase. Le pedía que lo amara y se quedara con él. Que no lo abandonase nunca.

Y en sus sueños ella sonreía y regresaba con él. Pero cuando se despertaba, estaba en el hotel, solo.

Escuchó el teléfono sonar y sonar en la casa vacía. No estaba allí. Se había marchado y no regresaría. Se imaginó la casa vacía. Las enormes habitaciones y el silencio. Comprendió que si Eileen no estaba con él, siempre lo rodearía el vacío, viviera donde viviera. El silencio lo seguiría año tras año. Vería a su hijo crecer con el cariño de su madre y sería consciente de que él podría haberlo compartido todo, formar parte de algo maravilloso. En cambio, estaría en el exterior, como siempre, mirando el amor, deseándolo, sin conseguirlo.

Y la causa habría sido su cobardía, el miedo a arriesgar su corazón.

Colgó el teléfono. Se volvió hacia el espejo que habría sobre la cómoda y miró sus ojos.

-¿Qué vas a hacer al respecto, idiota?

Se levantó de un salto, fue hacia el armario y empezó a llenar la maleta. Si tenía suerte, podría regresar a casa antes de tiempo. Y si tenía mucha suerte... encontraría a Eileen dispuesta a hablar.

Llovía. El coche de Eileen estaba ante la casa y el corazón de Rick se disparó. Miró la imagen borrosa del jeep, a través de la cascada de agua que se estrellaba contra el parabrisas. Se dijo que no debía tener demasiadas esperanzas. No había contado con encontrarla allí, había pensado que tendría que ir a Larkspur y obligarla a que lo escuchara.

Pero era mucho mejor así. Era preferible hablar con ella en la casa que él deseaba que ambos considerasen su hogar.

Aparcó el coche, salió y corrió a la puerta delantera. Cuando llegó

al porche, estaba empapado. Apenas podía respirar. La desesperación le daba fuerzas, lo sabía, era capaz de admitirlo. Aunque era demasiado tarde, por fin podía decirlo y creerlo. La amaba. Totalmente. Y quizá esa fuera su última oportunidad de convencerla de ello.

Abrió la puerta y entró en un lugar desconocido.

De pie en el vestíbulo, Rick se apartó el pelo húmedo de la frente. Cerró la puerta detrás de él, sin dejar de mirar la habitación que tenía ante sí.

Había varias alfombras sobre el nudoso suelo de pino. Las lámparas que había sobre las brillantes mesas de roble iluminaban la habitación con un suave resplandor dorado. El fuego chisporroteaba en la chimenea de piedra; las llamas bailaban sobre los troncos de madera que había tras una pantalla negra de hierro fundido. Había dos sofás tapizados con tela de flores, uno frente a otro, y en medio una mesa de roble con un jarrón de flores frescas.

En las paredes había docenas de cuadros, y bajo las ventanas había un macetero con helechos y plantas de flores, que caían hacia el suelo.

Rick aguantó el aliento, las lágrimas le nublaron la vista; parpadeó y se frotó la boca con la mano. Entró en la habitación dubitativo, casi con miedo, por si todo fuera una alucinación que se desvanecería con el movimiento.

Pero todo siguió allí.

Desde la cocina, le llegó el delicioso aroma de una salsa para pasta. Se le hizo la boca agua, pero no sólo por el delicioso olor de la comida. Era la promesa de mucho más. Se preguntó dónde estaba Eileen.

Se detuvo para escuchar, intentando oír algo que lo guiara hacia ella. Entonces oyó la radio. Una canción sobre el viento de verano.

Dejando manchas de agua tras de sí, Rick fue hacia la escalera y dos pasos después, empezó a correr. Se agarró a la barandilla y subió los escalones de dos en dos y de tres en tres.

Corrió por el pasillo. A su paso, vio que las habitaciones, antes vacías y cavernosas, ahora había un hogar. Flores frescas en todos sitios, muebles, alfombras, cuadros... y todo lo que había anhelado. Todo lo que siempre había querido.

Siguió el sonido de la música, se detuvo ante la puerta del cuarto del niño y vio a la mujer que se lo había dado todo, a pesar de que se había comportado como un estúpido. De espaldas a él, se balanceaba al ritmo de la música. A Rick se le estabilizó el ritmo del corazón, a punto de estallar, cuando miró la habitación en la que viviría su hijo. El techo azul estaba salpicado de nubes blancas y una de las paredes

estaba decorada con un mural de un jardín. Los muebles blancos contrastaban con las telas de colores y los cojines que había en la mecedora, lista para acoger a madre e hijo.

-Has vuelto.

Ella, que intentaba colgar en la pared un cuadro de un conejo, lo miró por encima del hombro.

-Vaya, me alegro de verte -dijo con una sonrisa-. Hace falta una persona alta para colgar esto. A él se le cerró la garganta y, en vez de intentar hablar, Rick cruzó la habitación, le quitó el cuadro y lo colgó cuidadosamente.

-Ya está. Terminado -ella alzó los ojos hacia él-. ¿No ha quedado fantástico?

-Fantástico ni siquiera se acerca -murmuró él, agarrándola-. Estás aquí. No puedo creer que estés aquí. Dios, Eileen. Te necesito tanto. Yo... -la rodeó con sus brazos y la sujetó con fuerza, por si acaso se arrepentía en el último minuto y corría hacia la puerta.

Deseaba estar más cerca. Sospechaba que nunca podría abrazarla lo suficiente como para satisfacer su necesidad de ella. Eileen le devolvió el abrazó y después echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

-¿Sorprendido?

Rick colocó una mano en su mejilla y la recorrió con la vista, convenciéndose de que era real y de que estaba allí, entre sus brazos.

-Oh, sí.

-Bien. Entonces mi trabajo aquí ha terminado.

-No te vayas -exclamó él, sintiendo una punzada de pánico.

-¿Qué?

-No te vayas Ranita. No me dejes nunca.

-No voy a ningún sitio, Rick -dijo ella, su voz se suavizó y las lágrimas llenaron sus ojos-. Te quiero, tontorrón.

El soltó una carcajada y se sintió feliz. Todo le parecía bien de repente. Había pasado días entregándose a su dolor, alimentándolo. Diciéndose que no había solución. Pero al mirar sus ojos y ver el amor que brillaba en ellos, supo que el dolor nunca volvería a tocarlo.

-Te quiero -dijo, y esperó a que sus ojos reflejaran que lo había entendido-. Ya no me da miedo decirlo. Antes sí. Dios mío, Eileen; creía que te amaba demasiado.

Ella sonrió y él se sintió como si todo su mundo se enderezara y volviera a ponerse en su sitio.

-Nunca se ama demasiado.

-Creo que ahora ya lo sé -dijo-. Pero te quiero tanto que me aterrorizaba perderte. Y, estúpido que soy, estuve a punto de echarte de mi lado.

-No tenías ninguna posibilidad, Rick -Eileen movió la cabeza y tomó su rostro entre las manos. No pienso irme a ningún sitio.

-Lo sé -dijo él, percibiendo que años de frialdad se dispersaban en la calidez que inundaba su alma-. Lo supe en cuanto vi la casa y lo que habías hecho con ella. Una parte de mí también lo sabía antes. Simplemente, tenía demasiado miedo de creerlo -deslizó las manos por sus brazos y luego le acarició el rostro y el cabello. No creía poder cansarse nunca de tocarla.

-Anoche llamé aquí. Quería hablar contigo... necesitaba hablar contigo; pero nadie contestó y yo...

-Ayer pintaron el cuarto del niño y el olor me revolvía el estómago, así que me quedé con la abuela.

-El cuarto del niño -repitió él, saboreando las palabras. Las imágenes que sugerían. Eileen y él. Su hijo. Y los que vendrían después. Podía imaginárselos, creciendo y cambiando con los años.

Dio gracias a Dios por haberle concedido a un tonto otra oportunidad de disfrutar del amor. Eileen rodeó su cuello con los brazos y sonrió.

-Bienvenido a casa, Rick. Bienvenido a casa. Después lo besó y él supo que por fin había encontrado un hogar. Allí, con Eileen, su secretaria temporal y su amor para el resto de la vida.

Epílogo

Cinco años después...

-Papá, ¿dónde esta mami?

-Shh -susurró Rick, mientras Ryan, su hijo de cuatro años trepaba al sofá-. Despertarás a la nena. Ryan estiró una mano regordeta para darle una palmadita al bebé que había sobre el pecho de su padre.

-Kerry no está dormida.

-Se dormirá si no hacemos ruido -dijo Rick, apartando el pelo de la frente sudorosa de su hijo. El niño había pasado un buen rato corriendo con su perrito por el jardín. Ahora el cachorro descansaba, agotado, sobre la alfombra, pero agotar a Ryan no era fácil. Afortunadamente, la otra niña, Katie, de dos años, mucho más difícil de manejar que él, dormía plácidamente en su habitación, arriba.

Si Rick conseguía que Ryan bajara el tono de voz, tenía la esperanza de que Kerry también durmiera la siesta. Pero, a los seis meses, esta no quería perderse nada, y casi nunca cerraba sus enormes ojos verdes.

-¿Cuándo va a volver mamá? -preguntó Ryan, con un intento de susurro que se habría oído desde la calle.

-Dentro de poco -replicó Rick, sintiendo una oleada de amor por ese hijo y las dos niñas con las que Eileen y él habían sido bendecidos. Tenía todo lo que siempre había deseado-. Ha ido de compras, ¿te acuerdas?

-¿A comprarme algo? -Ryan se sentó junto a Rick y jugueteó con la manita de su hermana. -Probablemente -admitió Rick, sonriente. Las navidades estaban a la vuelta de la esquina, y Eileen había ido a disfrutar un rato en el centro comercial con su hermana. A Rick no le molestaba. No había cosa que le gustara más que pasar tiempo con sus hijos.

-Pero, ¿cuándo va a volver? -Ryan echó la cabeza hacia atrás para mirar a su padre-. ¿Estamos preocupados?

-No, no estamos preocupados -Rick se inclinó y besó la rubia coronilla con una sonrisa-. Mamá está divirtiéndose con la tía Bridie.

-El primo Jasón dice que va a enseñarme a volar.

Rick puso los ojos en blanco y tomó nota, mentalmente, de hablar muy en serio con su sobrino.

-Nada de vuelos para ti, amigo. ¿Está claro?

-Claro. ¿Cuándo va a volver mamá?

Rick soltó un suspiro. Kerry se revolvió en su pecho, alzó la cabeza

y le ofreció una sonrisa que le derritió el corazón.

-Se pasó la hora de la siesta, ¿eh? -comentó, risueño. Justo entonces oyó el ruido de un motor de coche-. Eh, chico. Mamá está en casa.

-¡Yupi! -gritó Ryan. Bajó del sofá de un salto y corrió hacia la puerta. Rick lo siguió, acunando a su hija pequeña entre los brazos.

Abrió la puerta y vio a Ryan correr a recibir a su madre. Rick se conformó con quedarse en el porche y ver a esa preciosa pelirroja bajar del jeep y tomar a su hijo en brazos para darle un beso. Iluminada por el sol, se volvió hacia él y sonrió. Rick volvió a dar gracias a Dios por haberlo tratado tan bien.

-Eh -llamó Eileen-. Necesito ayuda con estas bolsas.

Él asintió y bajó los escalones para reunirse con ella. Le entregó el bebé y se inclinó para darle un beso.

-¿Me has echado de menos? -bromeó ella, apartando el flequillo rojizo de la frente de la niña.

-Siempre -musitó él.

-Pero no estábamos preocupados -apuntó Ryan.

-¿No? -preguntó ella, sonriente.

-No -afirmó Ryan con seguridad-. Mi papá dice que las mamás siempre vuelven a casa.

Los rasgos de Eileen se suavizaron y su boca se curvó cuando Rick se inclinó para besarla de nuevo. Sus bocas se unieron firmando una promesa de que habría más después.

-Bienvenida a casa, Ranita -murmuró Rick, guiñándole un ojo.